

TEATRO
ROMÁNTICO

JAE

228





JAE
228

860-2 "18"

TEATRO ROMÁNTICO

286947000001

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
TOMO IX

TEATRO ROMÁNTICO

SELECCION HECHA POR
JOSE R. LOMBA Y PEDRAJA



MADRID, MCMXXVI

INSTITUTO — ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

R: 4283



ADVERTENCIA

El primitivo plan de este libro asignaba el primer lugar entre los dramas románticos extractados al *Don Alvaro o La fuerza del sino*, de don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, al cual seguían, por orden cronológico de sus respectivas apariciones en el teatro, *El Trovador*, de García Gutiérrez; *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y *El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla. Inesperadamente para nosotros hubo de surgir una oposición, que vino a resultar irreductible con sentimiento nuestro y a pesar de esfuerzos que hicimos por aplacarla, a la publicación del extracto del *Don Alvaro*, por parte de los herederos de su ilustre autor, y a consecuencia de esto, plan y contenido de nuestro pequeño volumen han debido sufrir el cambio que el lector echará de ver. Lo tenemos, ciertamente, por lamentable; pero no ha estado en nuestra mano evitarlo.



EL DUQUE DE RIVAS CON SU FAMILIA.

Autorretrato del tiempo aproximadamente en que fué escrito
Don Alvaro o la Fuerza del sino.



EL DUQUE DE RIVAS

Don Angel Saavedra y Renírez de Baquedano, más tarde Duque de Rivas, nació en Córdoba, en 10 de mayo de 1891. Recibió en sus primeros años una educación esmerada, así literaria como artística, en que tuvieron parte importante algunos emigrados franceses, arrojados de su patria por la Revolución de 1789. La guerra de la Independencia, en que sirvió a la causa nacional con arrojo y gloria, interrumpió sus estudios, mas no impidió que muy pronto comenzase a dar muestras de aficiones literarias activas en géneros poéticos variados y principalmente en el lírico, en el épico y en el dramático. Como todos los poetas españoles contemporáneos, inspiraba por entonces sus producciones en modelos de la escuela llamada clásica. Una residencia de cinco años (1825-30) en la isla de Malta, a que vicisitudes políticas le obligaron, le puso bajo influencias literarias distintas, gracias a relaciones amistosas que allí sostuvo con ilustres personalidades británicas y en especial con sir John Hookham Frere. Su inspiración cambió de rumbo cuando el conocimiento que hubo alcanzado de obras de poe-

EL DUQUE DE RIVAS

tas extranjeros modernos, principalmente ingleses, y de la literatura antigua española, abrió a su fantasía horizontes más anchos. Comenzaba a penetrar en España el Romanticismo y el Duque llegó a tiempo de alzarse gloriosamente con la bandera y la jefatura de la escuela invasora, con dos obras que dió al público casi al mismo tiempo, llenas de brío y de inspiración: *El Moro Expósito* (1834), narración épico-novelesca sobre un antiguo tema popular español y *Don Alvaro o la Fuerza del Sino* (1835), drama revolucionario, atrevido, primero cronológicamente entre nuestros dramas románticos y primero —es probable— por su mérito literario también.

Aunque no puede afirmarse que *Don Alvaro o La Fuerza del Sino* lograra un triunfo bien claro y definitivo a su aparición en la escena —por falta acaso de preparación en el público para juzgar de sus innovaciones audaces—, es innegable la importancia que tuvo en el triunfo del teatro romántico y su influjo fué bien visible en los poetas que le siguieron.



ABEN HUMEYA O LA REBELIÓN DE LOS MORISCOS

DRAMA HISTÓRICO

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de arquitectura arábiga de la casa de campo de ABEN HUMEYA, en las cercanías de Cádiar; está adornada decentemente, pero con mucha sencillez, y vense en las paredes aprestos y despojos de montería. A mano derecha de los espectadores habrá una ventana, y enfrente de ella una puerta; también habrá otra en el foro, por la que se sale a una especie de azotea con vistas al campo. Hasta la escena séptima todos los actores se presentan vestidos a la española, excepto las mujeres, que tendrán un traje bastante parecido al de las moras, con un gran velo blanco.

ESCENA PRIMERA

ABEN HUMEYA, ZULEMA.

(ABEN HUMEYA estará sentado, componiendo una ballesta; ZULEMA se levanta, deja en su silla unos bordados que tenía entre manos, y se acerca a él.)

ZULEMA. ¡No, querido Fernando; el corazón de una esposa no se engaña nunca...! De algún tiempo a esta parte noto que estás inquieto, caviloso, acosado de tris-

tes pensamientos... Sin duda guardas en tu pecho algún secreto grave; y lo que más temes, al parecer, es que tu Leonor llegue a descubrirlo.

A. HUMEYA. ¿Y qué secreto pudiera yo ocultarte...?

ZULEMA. No lo sé, y cabalmente esa misma duda es la que aumenta mi desasosiego... Te veo en un estado muy parecido al que me causó tantos días de pesar cuando acabábamos de unirnos en Granada; pero entonces yo misma me anticipaba a disculparte; te hallabas en la flor de la mocedad, veías oprimida a nuestra raza, y la sangre real de los Aben Humeyas hervía en tus venas con sólo ver al vencedor... Ese fué, y no otro, el motivo que me estimuló a salir cuanto antes de aquella ciudad cautiva, llena de memorias amargas, que mantenían tu ánimo en un estado de tristeza y de irritación que me puso en mucho cuidado... Después llegué a lisonjearme, te lo confieso con franqueza, de haber logrado mi objeto desde que fijamos nuestra morada en estas sierras... Al ver que ibas recobrando la paz del alma, me sentía envanecida con mi triunfo, y si tenía que compartirlo, sólo era con mi hija... Me parecía que su presencia serenaba tu co-

razón, y los delirios de la ambición no perturbaban ya tu sueño... pero, te lo repito, de algún tiempo a esta parte...

A. HUMEYA. ¿Qué has notado...? Dílo.

ZULEMA. ¿Qué he notado...? Todo cuanto puede afligirme... Evitas con el mayor cuidado desahogar tu corazón conmigo, y hasta parece que temes que se encuentren nuestras miradas... Cuando mi padre, participando también de mis recelos, ha procurado tantear la herida de tu alma para procurarle algún alivio, has escuchado sus consejos con tibieza y desvío, al paso que te veo rodeado de los más discolos de nuestras tribus, refugiados en las Alpujarras; de cuantos sufren con mayor impaciencia el yugo del cruel Felipe... ¡Guárdate, Fernando mío, guárdate de dar oídos a sus imprudentes consejos; escucha más bien la voz de tu esposa, que te pide por su amor, por nuestra hija, que no expongas una vida de que pende la suya!

A. HUMEYA. Tus temores no tienen ni el menor fundamento y tu mismo cariño te hace ver mil riesgos, que no existen sino en tu fantasía. Estoy triste, no lo niego; mi corazón está lleno de amargura... ¿Tengo acaso motivos para estar alegre...?

Tú misma me despreciarías si me vieras contento.

ZULEMA. No, Fernando; yo no me alucino respecto de nuestra situación; sé bien los nobles sentimientos que te animan; y yo propia, así cual me ves, no he nacido tampoco para ser esclava... Pero ¿qué podemos nosotros, débiles y miserables, contra los decretos del destino...? Si hubiéramos nacido algunos años antes, si me hubiera visto siendo tu esposa cuando el trono de Boabdil aún se mantenía en pie contra todas las fuerzas de Castilla, ¿crees, por ventura, que hubiera yo entibiado tu aliento, detenido tu brazo...? Pero cuando la ruina de nuestra patria se ve ya consumada; cuando no queda arbitrio, recurso ni esperanza...

A. HUMEYA. ¡Debo yo estar alegre!

ZULEMA. (*Después de una breve pausa.*) Y ¿de qué sirve atormentarte con ese torcedor...? Aun en medio de tantas desdichas, no te faltan motivos de consuelo: ves correr tus días en el seno de tu familia; vives en la tierra de tu predilección; esperas mezclar tus cenizas con las cenizas de tus padres... A veces suelo, cuando me hallo más decaída de ánimo, trepar hasta la cumbre de estas sierras.

y desde allí me parece que diviso a lo lejos las costas de Africa... ¿Crearás lo que me sucede...? Como que siento entonces aliviarse el peso que oprimía mi corazón, y me vuelvo más tranquila, comparando nuestra suerte con la de tantos infelices arrojados de su patria y sin esperanza de volverla a ver en la vida... ¡Esos sí que son dignos de lástima!

A. HUMEYA. (*Levantándose de pronto.*) No son tan afortunados como nosotros.

ZULEMA. Pero ¿de dónde proviene esa agitación, que intentas en vano ocultarme...?

A. HUMEYA. ¡Yo...! Estoy tranquilo... ¿No lo ves...?

ZULEMA. ¡Ah!, esa misma tranquilidad es la que me hace estremecer.

A. HUMEYA. Sí, estoy tranquilo; y sin embargo veo el trono de mis mayores hollado por el insolente español; nuestras mezquitas convertidas en polvo, nuestras familias esclavas o proscritas... ¿Qué más quieren de mí...? Yo propio, indigno de mi estirpe, blanco de la ira del cielo y del menosprecio de los hombres... ¿Qué digo...?, ni aun puedo volver los ojos sobre mí sin sentirme cubierto de vergüenza.

ZULEMA. Sosiégate, Fernando...

A. HUMEYA. Muy desgraciados son, haces bien en compadecerlos, muy desgraciados son los que pueden todavía, a gritos y a la faz del cielo, aclamar el nombre de su patria y maldecir a sus verdugos; los que adoran al Dios de sus padres; los que conservan sus leyes, sus usos, sus costumbres... ¡Cuánto no deben envidiar nuestra dicha...! Nosotros vivimos con sosiego bajo el látigo de nuestros amos, adoramos su Dios, llevamos su librea, hablamos su lengua, enseñamos a nuestros hijos a maldecir la raza de sus padres... pero, ¿por qué te has inmutado?

ZULEMA. ¡Si te oyese alguien...!

A. HUMEYA. Tienes razón; se me había olvidado: los viernes no nos permiten nuestros amos ni aun cerrar nuestras puertas... Quieren accechar hasta los votos que dirigimos al cielo en este día, consagrado por nuestros padres... han menester, para saciar su rabia, escuchar los ayes de las víctimas.

ZULEMA. Por Dios, Fernando; aguarda un instante; al punto vuelvo...

(Va a cerrar la puerta a tiempo que entra FÁTIMA, turbada y sin aliento, y se arroja en los brazos de su madre; trae un velo en la mano.)

ESCENA II

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FÁTIMA.

- FÁTIMA. ¡Madre mía...!
- ZULEMA. ¿Qué es eso?
- A. HUMEYA. ¡Elvira!
- ZULEMA. Habla, hija; explícate... ¿Por qué vienes tan azorada...?
- FÁTIMA. Ya nada temo...; me hallo en vuestros brazos.
- ZULEMA. Pero ¿qué te ha sucedido? ¿No ibas con tus esclavas?
- FÁTIMA. Sí, madre mía; con ellas salí esta tarde para ir a ver la fiesta de Cádíar... mi querida Isabel venía también conmigo, y su hermana nos seguía de cerca...; íbamos tan contentas, tan alegres...! Casi estábamos ya a las puertas del pueblo, cuando me dió un vuelco el corazón al divisar soldados castellanos...
- A. HUMEYA. ¡Siempre, siempre castellanos!
- FÁTIMA. Íbamos a pasar junto a ellos con los ojos clavados en el suelo, y ya nos estrechábamos las tres para salvar al mismo tiempo las puertas, cuando oímos de pronto un grito y vimos a los soldados abalanzarse y arrancarnos los velos que nos cubrían el rostro...

- A. HUMEYA. ¡Eso han hecho, hija mía!
- ZULEMA. Escucha, Fernando, siquiera...
- FÁTIMA. Yo desprendí al punto mi velo, viéndoles desgarrar el de Isabel, que cayó medio muerta del susto...
- ZULEMA. Y ¿qué ha sido de ella...? ¿Cómo te salvaste tú sola...?
- FÁTIMA. Ni aun yo misma lo sé...; ¡estaba tan turbada! Por fortuna vi venir a mi abuelo, que acudió a nuestro socorro... Le he dejado en medio de los soldados; acababan de pregonar un nuevo bando; no se oían más que ayes y murmullo... Ni aun la cara me atreví a volver, creyendo ver a los soldados seguirme y alcanzarme... ¡Nunca más en mi vida me volveré a apartar de mi madre!
- ZULEMA. Sí, prenda de mi alma... ..Pero ve y da un beso a tu padre... ¡No estaré con sosiego hasta que te vea en sus brazos!
- FÁTIMA. (*Al dar un beso a Aben Humeya.*) ¡Estáis también temblando!
- A. HUMEYA. ¡No, hija, no...; los hombres no tiemblan jamás!
- ZULEMA. ¡Así callas, Fernando, y recibes con tanta tibieza las caricias de tu Elvira!
- A. HUMEYA. (*Besándola en la frente.*) Al contrario... Mira cómo la beso.
- FÁTIMA. Ya todo se me pasó; no hay para qué

afligiros...; ¡estoy viendo que se os saltan las lágrimas...!

ZULEMA. ¡Llora! ¡Perdidos somos!

ESCENA III

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FÁTIMA, MULEY CARIME.

M. CARIME. Hijos míos, llegó el día de la prueba y es necesario desbaratar, a fuerza de prudencia, las tramas de nuestros enemigos.

ZULEMA. ¿Que nueva calamidad nos amenaza?

M. CARIME. Ya sabréis lo que ha pasado con nuestra Elvira... El cielo mismo me condujo a Cádiar cuando acababan de publicar un nuevo edicto contra nuestra nación. Quieren borrar con el hierro hasta el rastro de nuestro origen; nos prohíben el uso de nuestra habla materna, los cantares de nuestra niñez, hasta los velos que cubren el pudor de nuestras esposas e hijas... No queua ni asomo de duda: su intención es apurar nuestra paciencia, para tener ocasión de agravar más su yugo... ¡El cielo nos libre de caer en semejante lazo!

ZULEMA. ¡Dios de clemencia, escucha la voz de mi padre!

M. CARIME. Mi presencia en aquel punto, me atrevo

a decirlo, no ha dejado de ser de provecho... Advertí que se reunían grupos de gente en los contornos de la plaza... reinaba en ella un profundo silencio... todos se apartaban, con ceño airado, al acercarse los castellanos... ni una sola ventana estaba abierta. Temí entonces que algún grito imprudente, alguna muestra de descontento y odio provocase el furor de la soldadesca y atrajese al pueblo mil desastres... Al punto me aboqué con nuestros amigos; les pedí por cuanto aman en el mundo que se volvieresen a sus casas, y que sobrellevasen con resignación las nuevas plagas con que Dios nos anuncia su ira...

ZULEMA. (A ABEN HUMEYA.) Ni siquiera dices una palabra...

A. HUMEYA. (*Está sentado como pensativo y caviloso y contesta con frialdad.*) Estoy escuchando.

M. CARIME. ¡Cuánto me alegré de que no te hallases en medio del bullicio...! A cada instante temía encontrarte en aquel tropel, y sobre todo lo temí al ver a nuestra Elvira, que iba huyendo con otras muchachas de la tropelía de los soldados...

FÁTIMA. (A MULEY CARIME.) ¡Qué gesto tan terrible tenían...!

M. CARIME. Yo me puse de por medio, para atajar sus pasos... "No iréis más allá, sin barrer antes el suelo con mis honradas canas..." Les dije estas palabras con acento tan firme, tan resuelto, que al punto se pararon... No se atrevieron a hollar a un anciano, que acudía al socorro de unas inocentes.

ESCENA IV

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FÁTIMA, MULEY CARIME,
ABEN FARAX.

A. FARAX. ¿Lo estáis viendo...? Nuestros recelos no llegaban, ni con mucho, a la realidad. Aún no conocíamos a fondo a nuestro tiranos; con nuestra baja sumisión hemos acrecentado su avilantez, y en desvanecimiento de su triunfo, hasta privarnos quieren del aire mismo que respiramos.

ZULEMA. Por compasión siquiera... Mira que tiene mujer, que tiene hijos...

A FARAX. También tengo yo mujer, también tengo hijos; pero antes que deshonorados, prefiero verlos muertos.—Aún no era bastante tolerar tanto vilipendio y ultraje, ver nuestras personas y bienes pen-

dientes de su antojo; se atreven a mirar con ojos licenciosos a nuestras esposas e hijas... ¡Hay algo en el mundo que respeten ellos!

M. CARIME. ¿Y crees que el mejor medio de evitar tantos males es soltar la rienda a la ira...? Eso es lo que desean nuestros enemigos.

A. FARAX. ¡Nos han hecho ya tan felices, que nada tenemos que temer!

M. CARIME. Ayer..., ¿qué digo...?, hoy mismo, creíamos que nuestras desgracias habían llegado a su colmo... Buen cuidado han tenido ellos de desengañarnos.

A. FARAX. ¿Y qué les queda ya por hacer...? Acaban de agotar hasta los recursos de su odio. Prepáranse a penetrar en nuestras casas; van a contar, en el seno mismo de nuestras esposas, el número de nuestros hijos, o, por mejor decir, de sus esclavos; aun corren voces de que intentan arrebatárnoslos y llevarlos al corazón de Castilla...

FÁTIMA. (*Cogiendo la mano de su padre.*) ¡Eso no...! ¿Quién en el mundo podrá arrancarme de vuestros brazos...?

ESCENA V

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FÁTIMA, MULEY CARIME,
ABEN FARAX, ABEN ABÓ, EL PARTAL y otros caudillos.

ABEN ABÓ. (*All entrar.*) Hijo de Aben Humeya, ¿sabes ya tu afrenta?

A. HUMEYA. Acabo de saberla.

ABEN ABÓ. ¿Y todavía estás indeciso?

A. HUMEYA. Aún no es tarde...

ABEN ABÓ. ¡Aún no es tarde!... Si hubiéramos levantado el brazo de venganza antes de recibir las postreras injurias; si no hubiésemos contenido, por una culpable flaqueza, el alzamiento de cien tribus, prontas a sacudir el yugo de nuestros tiranos, ¿hubieran éstos llevado a tal extremo su opresión y sus demasías...? No, por cierto; antes bien, hubieran disfrazado su miedo con capa de benignidad; no habrían sacrificado tantas víctimas, ni osado sepultar en un calabozo al descendiente de nuestros reyes!

A. HUMEYA. ¿Qué dices?

ABEN ABÓ. Pues ¿ignoras la desgracia de tu padre?

A. HUMEYA. ¡De mi padre!

ABEN ABÓ. Sí, Aben Humeya, sí; ya está cargado de cadenas, y no aguarda sino la muerte.

A. HUMEYA. (*En un arranque de cólera.*) Se acabó.
¡Sangre, amigos, sangre...! Estoy de
ella sediento.

ZULEMA. ¡Esposo mío!

M. CARIME. ¡Fernando...!

A. HUMEYA. ¡Dejadme..., dejadme todos...!

ZULEMA. Mira a tu hija cómo se echa a los pies
de su padre...

A. HUMEYA. ¡De su padre...! También tengo yo el
mío...; también le tengo, y voy a ven-
garle.

M. CARIME. Pero deja que a lo menos sepamos de
cierto...

ABEN ABÓ. ¡Ah!, demasiado cierto que es... El va-
liente Alí Gomel acaba de llegar de Gra-
nada, de donde destierran del modo
más cruel un gran número de nuestras
familias; las arrojan, so pena de muer-
te, de sus pobres hogares; las entregan
a la miseria; las impelen a la desespera-
ción y a los delitos, para tener pretextos
de castigarlas... Tres días ha que ha
salido de la ciudad el Marqués de Mon-
déjar al frente de sus tropas, y va a
penetrar en estas sierras, para asegurar
el cumplimiento de esos decretos bárba-
ros... Le prescriben esta sola respues-
ta: "Los Moriscos están a nuestros
pies..., o ya no existen."

- A. FARAX. ¿Qué aguardamos, pues; qué aguardamos para dar a nuestros hermanos la señal, que ha tantos años nos demandan? (*Clavando los ojos en ABEN HUMEYA.*) ¿Habremos menester, para que nuestro valor se reanime, que la sangre de nuestros padres haya teñido ya el cadalso?
- A. HUMEYA. ¡No, amigos, no; el día de la venganza nos está ya alumbrando!
- ZULEMA. ¡Desdichada Leonor, todo se acabó para ti!
- M. CARIME. ¡Hija...!
- ZULEMA. ¡Ven, Elvira; ven...; ya no le queda a tu madre más consuelo que tú!
- M. CARIME. Apenas puedes mantenerte en pie... Tranquilízate, mi querida Leonor...; El brazo de Dios nos servirá de escudo!
(*ZULEMA se encamina a su aposento, descacciada de ánimo y de fuerzas, sosteniéndola su padre y su hija.*)

ESCENA VI

ABEN HUMEYA, ABEN ABÓ, ABEN FARAX, EL PARTAL
y los otros caudillos.

(*Durante esta escena el teatro se va oscureciendo insensiblemente.*)

A. HUMEYA. ¡Quédense los lloros para viejos y mujeres; las injurias que se hacen a hom-

bres esforzados no se lavan sino con sangre!

PARTAL. Al oír esas palabras ya te reconocemos, Aben Humeya...

LOS OTROS CAUDILLOS. Ya te reconocemos.

A. HUMEYA. ¡Sí, amigos míos; no ha sido un vil temor el que me ha impedido por tan largo espacio desnudar el acero; he sufrido en silencio tantos ultrajes, he ahogado en el pecho mis quejas, por no dar esa satisfacción a nuestros tiranos; pero entre tanto el odio se arraigaba más y más en mi alma, y nunca ha llegado la noche sin que haya ido a jurar sobre las tumbas de mis padres vengarme hasta la muerte...; Mas no bastaba saber que nuestros amigos y hermanos sufrían a duras penas el yugo y ansiaban sacudirle; era más acertado aguardar, que no arriesgar imprudentemente la suerte de esta comarca, la existencia de tantas familias, la última esperanza de la patria... Harto seguro estaba yo de que la opresión de nuestros tiranos agotaría nuestra paciencia; y les dejé a ellos mismos el dar la señal del levantamiento... pues ya la han dado, de cierto será oída.

PARTAL Y LOS OTROS CAUDILLOS. Sí, lo será. (*Manifiestan temor de que los sorprendan;*

uno de los caudillos se asoma a la puerta, y prosiguen luego el diálogo con más precaución y recato.)

ABEN ABÓ. ¿Y qué duda pudiera quedarnos en virtud de los avisos que acabamos de recibir...? ¡Todos nuestros pueblos están prontos! ¡Por toda la costa, en la serranía de Ronda, en la vega de Granada, hasta en el seno de la ciudad y en medio de nuestros enemigos, nuestros hermanos aprestan ya las armas y aguzan los puñales.

A. FARAX. Creían nuestros opresores habérselos arrancado de la mano... Los hallarán en su corazón.

A. HUMEYA. ¡Logre yo ver ese día, y muero satisfecho...! Pero no perdamos en vanas amenazas momentos tan preciosos. Corramos ahora mismo a congregarnos a nuestros parciales; confiémosles nuestro designio; reunámonos al punto para poner término a nuestra servidumbre... Hasta el mismo cielo parece que nos brinda con la ocasión más favorable; cabalmente esta noche celebran nuestros tiranos el nacimiento de su Dios; y mientras estén ellos arrodillados en sus templos o entregados a la embriaguez en licenciosos festines, evitaremos su vista

a favor de la oscuridad, buscaremos un asilo en las concavidades de estos montes, y sacaremos del seno de la tierra las armas de nuestros padres, tantos años ha consagradas a la venganza!

A. FARAX. Donde debiéramos reunirnos es en lo hondo del precipicio, en la cueva del Alfaquí...

PARTAL. ¡Vamos a la cueva del Alfaquí!

ABEN ARÓ. Justo es que ese anciano venerable, pontífice de nuestra ley y predilecto del Profeta, sea quien reciba nuestros juramentos... ¡Sólo él no ha doblado la rodilla ante nuestros tiranos; más bien ha preferido renunciar a la luz del día!

A. HUMEYA. Vamos, pues, que la noche nos ampara, a reunirnos en esa cueva, donde nunca ha penetrado la vista de nuestros enemigos... ¿No vienen ellos a marcarnos con el hierro de esclavos? Pues reconozcan en nosotros sus antiguos señores... Antes que el relámpago brille, les habrá herido el rayo.

(Vanse todos por la puerta del foro.

ABEN HUMEYA se detiene un instante, volviendo la vista hacia el aposento de su mujer, y después se va con los demás.)

ESCENA VII

EL ALFAQUÍ.

Se muda la decoración. El teatro representa una vasta caverna, cuya bóveda está sostenida por informes peñascos, de los cuales penden grupos de estalactitas. Todo el ámbito del teatro, casi hasta el proscenio, está lleno de rocas apiñadas. En el segundo término a mano izquierda se ve una concavidad en la roca, la cual sirve de aposento al Alfaquí. Una lámpara de hierro alumbraba escasamente esa especie de gruta, mientras lo restante del teatro aparece sombrío. El Alfaquí está sentado con un libro delante.

ALFAQUÍ. “El poderío del infiel está cimentado en arena, y su dominación pasará más rápida que el torbellino en el desierto... Día vendrá en que los hijos de la tribu escogida sentirán entibiarse su celo, y la coyunda de la servidumbre pesará sobre su cerviz...; pero al verse en tan amargo trance, volverán los ojos al Oriente, y el rocío de consolación bajará del séptimo cielo.” (*Al cabo de unos instantes de meditación sale fuera de la gruta.*) ¡Lo sé, gran Dios, lo sé; tus promesas no pueden fallar; tienen un apoyo más firme que los cimientos de la tierra... Pero yo, pobre viejo, cuya vida va a apagarse al menor soplo, quizá antes que esa luz..., ¡yo bajaré a la huesa sin haber presenciado tu triunfo...! Y, sin embargo, esa era la única esperanza

que me hacía sobrellevar la vida... ¡Ni un solo día ha transcurrido, durante tantos años, sin que haya esperado ver el rescate de tu pueblo; y cada día veo acrecentarse su envilecimiento y sus desdichas... ! Quizá no habré yo comprendido bien tu revelación misteriosa, y no era suficiente renunciar al trato de los hombres, por no abandonar tu ley santa. Hubiera debido proclamarla en alta voz, en medio de los verdugos, y reanimar con mi ejemplo la fe de estos pueblos, próxima ya a extinguirse... Así es como el Alfaquí de Vélez..., me parece que le estoy viendo... y aún era yo muchacho... no hacía sino repetir el nombre de Alá, al subir con pie firme a lo alto de la hoguera; y aún volvía los ojos al templo edificado por el hijo de Abraham, cuando las llamas de los idólatras envolvían ya su cuerpo. (*Antes de concluirse esta escena se ve al pastorcillo que baja a la cueva.*)

ESCENA VIII

EL ALFAQUÍ, EL PASTORCILLO.

PASTORC. (*Mostrando contento.*) ¡Ya estoy aquí!
 ALFAQUÍ. Bien venido seas, hijo...

- PASTORC. He tardado mucho... ¿no es verdad...?, pero no ha sido culpa mía... Hasta he tenido que correr porque no estuviéseis con cuidado.
- ALFAQUÍ. Ya te se conoce; vienes muy cansado... vamos, ven aquí, cerca de mí... Yo no tengo más consuelo en el mundo que verte estos cortos momentos.
- PASTORC. Ni yo sé cómo he podido venir... fui hoy al pueblo con otros pastores... iban a celebrar la Nochebuena y se empeñaron en que me quedase con ellos..., ¡tenían unos instrumentos tan lindos!; pero yo me escapé sin que ellos me vieses, para traeros estas frutas... (*Saca del zurrón un panecillo y unas frutas secas que coloca sobre una peña, a la entrada de la gruta.*)
- ALFAQUÍ. ¡A las claras estoy viendo que el Dios de Ismael no me ha abandonado, pues que te envía a socorrerme como un ángel consolador!
- PASTORC. Mi padre fué quien me mandó que lo hiciese así, encargándomelo mucho a la hora de su muerte.
- ALFAQUÍ. ¡Yo le debo la vida, hijo mío... era el único amigo que ya me quedaba...! Obedecía al precepto de Dios, y no temía la ira de sus enemigos.

- PASTORC. Algunas veces le acompañaba yo cuando venía aquí... ¿Lo habéis olvidado?
- ALFAQUÍ. No, por cierto... Y también es necesario que no olvides tú los consejos que te daba tu padre...
- PASTORC. ¿Olvidarlos yo...! Así que veo a un castellano, vuelvo al otro lado la cara... Hoy mismo he dado un gran rodeo por no pasar por la plaza... ¡había en ella tantos soldados!
- ALFAQUÍ. Han llegado, sin duda, desde la última vez que te vi...
- PASTORC. De seguro..., ¡y si supiérais las voces que corren...! Dicen que vienen a impedirnos el cantar nuestros romances tan bonitos, y hasta el bañarnos... Yo lo siento por los demás: ¡pero por mí..., yo cantaré en la cresta de los montes y me bañaré en el río!
- ALFAQUÍ. ¡Qué feliz eres, hijo, de no sentir aún el peso de nuestras desdichas...! (*Vense aparecer sucesivamente algunos Moriscos, que van bajando a la cueva.*)
- PASTORC. ¿No es verdad que esos soldados me harían mucho mal si supieran que vengo aquí...? Pero no importa; yo no os he de abandonar en mi vida.
- ALFAQUÍ. No, hijo, no vuelvas más... ¡Yo nada tengo ya que esperar en el mundo; y

tú puedes disfrutar todavía de tiempos más felices...! Alza la cabeza, ¿por qué lloras?

PASTORC. Si lo estoy viendo... ya no me queréis como antes... ¡Dejaros yo morir! (*Se echa en sus brazos.*)

ALFAQUÍ. No es eso, hijo mío, vendrás cuando quieras... pero deja a lo menos que se vayan esos castellanos... ¡Aún no los conoces tú bien...! ¿Adónde vas? (*El Pastorcillo hace como si ha oído ruido y da algunos pasos; pero al ver a los Moriscos vuélvese asustado y se esconde en lo hondo de la gruta.*)

PASTORC. ¡Ah...!

ESCENA IX

EL ALFAQUÍ, EL XENIZ, EL DALAY, otros muchos Moriscos.

(*Así éstos como los que luego van llegando, vienen ya vestidos con el traje de moros, con alquiceles, albarnoces, etcétera. Todos ellos traen sables y puñales, y algunos hachas o teas encendidas, que colocarán en las hendiduras de las rocas.*)

ALFAQUÍ. ¿Quién sois...? ¿Qué venis a buscar en el seno de la tierra...? ¡Es un sueño, Dios mío!

- DALAY. No, venerable Alfaquí; son vuestros amigos, vuestros hijos, que se acogen a vuestro amparo, como se busca el de un padre en los días de tribulación.
- ALFAQUÍ. ¡Vuestro padre yo! Los esclavos no tienen sino amos.
- XENIZ. A pesar de tantas desdichas, aún no hemos merecido ese nombre.
- ALFAQUÍ. ¿Y cuál es el que merecéis? Habéis renegado el Dios de vuestros padres; dejáis esclava a vuestra patria, que ellos ganaron a costa de su sangre; compráis a fuerza de oprobio el derecho de servir a vuestros verdugos... Escoged, escogedle vosotros mismos: ¿qué nombre debo daros...?
- DALAY. Harto hemos merecido hasta ahora vuestras reconvenciones; y aún más amargas todavía nos las ha hecho nuestro corazón, mientras hemos sufrido tan dura esclavitud... mas ya llegó a su fin.
- ALFAQUÍ. ¿Qué dices...? ¡Será cierto!
- DALAY. Sí, amado del Profeta, no osaríamos comparecer a vuestra vista si hubiésemos de ir desde aquí a tomar otra vez nuestros grillos.
- ALGUNOS MORISCOS. ¡Jamás!
- UN NÚMERO MAYOR. ¡Jamás!

ESCENA X

Los dichos. ABEN ABÓ, ABEN FARAX, EL PARTAL
y otros *Moriscos.*

- A. ABÓ. Esos acentos, este traje, estas armas os ponen de manifiesto nuestra firme resolución: acabamos de arrojar la indigna máscara que nos envilecía a nuestros propios ojos, y hemos vuelto a empuñar el acero de nuestros padres, teñido tantas veces con sangre de nuestros tiranos.
- A. FARAX. Alzados están ya cien mil brazos prontos a descargar el golpe, a la primera señal...
- A. ABÓ. Y esa va a darse al punto.
- PARTAL. No aguardamos sino al hijo de Aben Humeya...
- ALFAQUÍ. ¡El hijo de Aben Humeya...! ¡El poster vástago de la palma real, el descendiente del Profeta!
- PARTAL. El mismo: su tío Aben Juhar, los principales de su tribu acaban de condescender con nuestros deseos... Todos ellos van a reunirse aquí, ansiosos de compartir nuestros riesgos y nuestra suerte.

ESCENA XI

Los dichos. ABEN HUMEYA, ABEN JUHAR y otros
Moriscos de su tribu.

VARIOS MORISCOS. (*A la entrada de la caverna.*) ¡Ya
está aquí!

MUCHOS MÁS. ¡Ya está!

ALFAQUÍ. ¡Ven en buen hora, descendiente de cien
reyes, ven!

(*Muestras generales de entusiasmo.*)

A. HUMEYA. ¡Venerable Alfaquí, amigos míos, her-
manos; con sólo hallarme en medio de
vosotros me parece que ya respiro el
aura de la libertad! ¡Cuánto se ha he-
cho desear este feliz momento! ¡Nun-
ca han visto mis ojos a uno de nuestros
tiranos sin desearle la muerte; nunca
he puesto el pie en el templo de los in-
fieles, sin señalarlos en mi corazón co-
mo las primeras víctimas que allí de-
bieran inmolarse!

ALFAQUÍ. El mismo celo muestra que desplegaron
sus mayores... ¡Con él renacerán!

A. HUMEYA. Yo os veía a todos animados de los
mismos sentimientos; sabía vuestros
deseos; pero era menester aguardar el
momento oportuno, y que el golpe pre-

cediese al amago... Tan feliz momento es llegado ya.

DALAY Y OTROS. ¡Sí!

GRAN NÚMERO DE MORISCOS. ¡Sí!!!

A. JUHAR. Puesto que me conocéis, amigos míos, mal pudiera tener reparo en alzar la voz en medio de vosotros, cabalmente en ocasión tan crítica, como que de ella va a pender nuestra suerte... No creáis que el peso de los años haya helado la sangre en mis venas, ni que me haga mirar con indiferencia la servidumbre y la ignominia... tan al contrario es, que por eso mismo estoy más impaciente de que acaben cuanto antes nuestras desdichas, para disfrutar al menos un solo día feliz... ¿Mas a qué fin despertar a nuestros opresores, y que se apresten a la defensa, antes de que hayamos concertado todos los medios para darles el golpe mortal...?

A. ABÓ. (*Interrumpiéndole.*) ¡Tenemos las armas en la mano y aguardaremos como viles siervos...!

A. FARAX. ¿Habremos de ver por más tiempo profanados nuestros hogares...?

DALAY. ¿Insultadas nuestras esposas...?

PARTAL. ¿Esclavos nuestros hijos...?

GRAN NÚMERO DE MORISCOS. ¡No!

TODOS. ¡No!!!

A. HUMEYA. ¿Y qué medio más eficaz que nuestro mismo levantamiento, para apresurar la llegada de los socorros de Africa, y alzar a un millón de nuestros hermanos en todo el ámbito del reino...? Cuando vean a nuestra raza empeñada en una guerra a muerte, ¿permanecerán indecisos un solo instante, o se negarán a tendernos una mano aniga...? Nosotros somos (¿el corazón leal no nos lo está anunciando?...) nosotros somos los que destina el cielo para dar a nuestros hermanos la señal y el ejemplo... Al abrigo de esta región fragosa, resguardada la espalda con el mar, y dando casi la mano a nuestros hermanos de Africa, nosotros sí que podemos provocar impunemente a nuestros contrarios, y empeñarlos en una larga lucha, sin que puedan prometerse buen éxito, ni provecho, ni gloria... Cuando tienen por todas partes émulos y enemigos, ¿podrán ver sin temor ni recelo cundir el incendio a sus propios hogares...? ¡No, no; temblarán a su vez por sus esposas, por sus hijos, así como nosotros hemos temblado por los nuestros; recejarán de espanto, al ver que ante sus pies vuel-

ve a abrirse el abismo, que ha tragado sus generaciones por el trascurso de ocho siglos!

ALFAQUÍ. El cielo acaba de hablar por tu boca, descendiente de los Abderramanes... ¡Sin duda te ha escogido para ser el ministro de su venganza y el libertador de tu Patria! Oíd, hijos míos, oíd: quizá sea ésta la postrera vez que escuchéis mis acentos; mi hora final está ya muy cercana, y no entreveo lo por venir sino al pisar los límites de la eternidad...

PARTAL. ¡Silencio, compañeros, silencio!

ALFAQUÍ. No basta que rompáis vuestras cadenas; es preciso que levantéis otra vez el trono de Alhamar... Y, no lo habréis olvidado, sin duda, el que destina el cielo para cimentarle de nuevo es un caudillo de sangre real y de la misma estirpe del Profeta...

PARTAL. ¡No puede ser otro sino Aben Humeya!

MUCHOS MORISCOS. ¡El es...! El es...!

A. ABÓ. ¡Aún no hemos desenvainado el acero y ya buscamos a quien someternos!

A. FARAX. No faltarán valientes que nos guíen a la pelea; ¿hemos menester más?

A. ABÓ. Cuando hayamos borrado, a fuerza de

honrosos combates, las señales de nuestros hierros; cuando seamos dueños de algunos palmos de tierra en que zanjar a lo menos nuestros sepulcros, cuando podamos siquiera decir que tenemos patria, los que logren sobrevivir a tan larga contienda podrán a su salvo elegir rey... y aun entonces no debiera ser la corona ciego don del acaso, sino premio del triunfo.

A. HUMEYA. Por mi parte, Aben Abó, ni aun aspiro a ese premio, y puedo de buen grado cederle a otros... Los Aben Humeyas tienen su puesto seguro; siempre son los primeros en las batallas.

A. ABÓ. Y nunca los Zegríes han sido los segundos.

ALFAQUÍ. Templad, hijos, templad ese ardor belicoso que centelca en vuestros ojos e inflama vuestras palabras... ¡Reservadle contra nuestros contrarios! Cuando tenemos en nuestra mano la libertad o la esclavitud de nuestros hijos, la suerte de la Patria, la exaltación o el vilipendio de la religión de nuestros padres, ¿pudiéramos, sin cometer el mayor crimen, escuchar la voz de las pasiones...? ¡Ah! ¡no se trata por cierto de dar en el palacio de la Alhambra la

corona de oro y pedrería que el indigno Boabdil no supo conservar sobre sus sienes; en medio de estos precipicios, amenazados por nuestros contrarios, casi en el borde del sepulcro, sólo una espada podemos dar al que elijamos hoy por nuestro supremo caudillo; no se verá a mayor altura que los demás, sino para estar más próximo al rayo!

PARTAL. Hablad, intérprete del Profeta; pronto estamos a obedeceros.

ALGUNOS CAUDILLOS. ¡Todos lo estamos, todos!

ALFAQUÍ. El cielo ha hablado ya por sus pronósticos y portentos; pero aún va a manifestaros su voluntad con un signo glorioso. (*Encamínase arrebatado de entusiasmo hacia lo hondo de la gruta. La turba de Moriscos, que le habrá dejado libre paso, manifiesta sorpresa y admiración en tanto que aguarda su vuelta.*)

DALAY. ¿A dónde va el venerable Alfaquí...?

XENIZ. El fuego de la inspiración relumbraba en su frente...

PARTAL. ¡Aguardemos, compañeros, aguardemos con silencio religioso a que nos dicte las órdenes del cielo!

ALFAQUÍ. (*Desplega a la salida de la gruta un estandarte viejo de seda carmesí, galoneado de oro y sembrado el campo de*

medias lunas de plata.) ¡Mirad, nietos de Muza y de Tarif, mirad...!

A. JUHAR. ¡Es el estandarte del reino!

DALAY. ¡La enseña de Alhamar!

XENIZ. ¡Segura es la victoria!

MUCHOS MORISCOS. ¡Ya nos salvamos!!!

ALFAQUÍ. El cielo nos le ha conservado a fuerza de prodigios, cual prenda de su protección... y en él está cifrada la suerte del imperio.

PARTAL. Extended cuanto antes, extended en medio de nosotros el estandarte real de nuestros padres... A su sombra sagrada vamos a proclamar nuestro monarca... ¡Viva el ilustre nieto de los reyes de Córdoba y Granada!

TODOS LOS MORISCOS. (*Excepto Aben Abó, Aben Farax y los de su bando, que formarán un grupo al lado del teatro.*) ¡Viva Aben Humeya!!!

A. HUMEYA. Por favor, amigos, por favor siquiera, oídme unos instantes... Yo no tengo más que una diestra, un corazón de que disponer, y ha largo tiempo que son de mi Patria; ¿qué más pudiera ofrecerle...? Pero si sólo se necesitan diestra y corazón para pelear, para reinar no bastan...

- XENIZ. (*Interrumpiéndole.*) Ante los ojos tiene el ejemplar de sus mayores...
- DALAY. Será, cual ellos, nuestro libertador...
- PARTAL. Hasta su nombre será un símbolo de unión para estos pueblos, un presagio del triunfo... (*Aben Humeya se muestra confuso, y parece que intenta con su gesto y ademán calmar el entusiasmo de la muchedumbre.*)
- ALFAQUÍ. Basta ya, amado del Profeta, basta de indecisión... Cuando el cielo dicta sus órdenes, al hombre no le toca sino cerrar los ojos y obedecer.
- A. HUMEYA. (*Arrodillándose ante El Alfaquí.*) Lleno de confianza me someto a su voluntad suprema... y aguardo saber de vuestro labio sus sagrados decretos.
- ALFAQUÍ. (*Con tono pausado y grave.*) El Dios de Ismael no te ha reservado en estos días de prueba un tronc de delicias... antes bien, va a depositar en tus manos la suerte de un pueblo desventurado, cautivo, reducido a forcejear entre los brazos de la muerte... Sirvele de apoyo en la tierra... El Eterno vela en su guarda... y también es juez de los reyes.
- A. HUMEYA. Yo juro, ¡oh, sagrado Pontífice!, a la faz del cielo y de la tierra, regir estos

pueblos en paz y justicia, y derramar mi sangre en su defensa... ¡Ojalá que suban mis palabras al trono del Altísimo, y que el Dios de Ismael las acoja propicio!

ALFAQUÍ. Escritas están ya por su diestra omnipotente en el libro de tu destino... Al fin del mundo, cuando haya desaparecido el mundo, las hallarás ante tus ojos. (*Levántase Aben Humeya, y después de un instante de pausa, prosigue El Alfaquí en estos términos:*) A confiarte voy, en el nombre del Todopoderoso, este sacro estandarte, que ha servido para la coronación de veinte reyes, desde Alhamar hasta Muley Hacén... Nunca se ha visto humillado ante la cruz del infiel, y todavía ha de ondear en la gran mezquita de Granada. (*Aben Humeya empuña el estandarte.*) Hijos míos, ved aquí vuestro rey... Que el jefe más antiguo de estas tribus le reconozca por tal a nombre de todos.

A. JUHAR. Por nuestro rey te reconocemos, ilustre nieto de los Abderramenes. (*Inclinase contra el suelo y besa la tierra en el mismo paraje en que tenía Aben Humeya su pie derecho.*)

CASI TODOS LOS MORISCOS. ¡Viva Aben Humeya!!!

ALFAQUÍ. Musulmanes, el curso de la luna señalaba hoy el día santo, consagrado por la ley a las abluciones y a la oración, y aún no habéis satisfecho deuda tan sagrada... Pero hallándoos ahora lejos de la vista de nuestros opresores, vuestros acentos se elevarán más puros al cielo en el silencio augusto de la noche, y los primeros instantes de vuestra libertad serán ofrecidos en holocausto a su divino Autor. (*Vuélvense todos hacia el Oriente, y así que empieza la música entonan el siguiente*)

CANTO MUSULMÁN.

ALFAQUÍ.

—¡Al Eterno ensalza, musulmanes!

TODO EL CORO.

—¡No hay más Dios sino el Dios de Ismael!

I.ª PARTE DEL CORO.

—“Dios me envía”, clamaba el Profeta,
“y su labio ha dictado esta ley”.

2.ª PARTE DEL CORO.

—A su acento los ídolos caen.
Sumergidos en sangre se ven.

I.ª PARTE DEL CORO.

—El Profeta gritó a las naciones:

“Dios lo manda; ¡morid o creed!”

2.^a PARTE DEL CORO.

—Y su diestra extermina al rebelde,
y la tierra se postra a sus pies.

ALFAQUÍ.

—¡Al eterno ensalzad, musulmanes!

TODO EL CORO.

—¡No hay más Dios sino el Dios de Ismael!

1.^a PARTE DEL CORO.

—Dios es grande, y abarca el espacio;
Dios es fuerte, su rayo temed.

2.^a PARTE DEL CORO.

—Dios es Dios...

(Suena a lo lejos el toque de una campana; cesa de pronto el canto, y los moriscos se muestran pasmados y suspensos.)

ALFAQUÍ.

¿No escucháis...? ¿No escucháis...? ¡Hijos de Ismael, los infieles os llaman para ir a idolatrar en su templo.

A. HUMEYA.

No; ¡es la hora de la venganza y la voz de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

¡La muerte!!!

ALGUNAS VOCES.

(Desde lo hondo de la cueva.) ¡La muerte...! *(Sa-*

can todos el sable; algunos vuelven a tomar las hachas y teas encendidas.)

A. HUMEYA.

Corramos, amigos, corramos sin tardanza...; penetremos en la villa, por mil puntos a un tiempo; entremos a hierro y fuego sus templos y moradas... ¡En el seno de sus esposas, al pie de sus altares, en el asilo de nuestras casas, por todas partes hallen la segur de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

¡La muerte!!!

A. HUMEYA.

¡Ni perdón ni piedad... tenemos que vengar en breves instantes medio siglo de esclavitud! (*Abalanzándose en medio de la turba con el estandarte desplegado.*) ¡A las armas, musulmanes!

TODOS LOS MORISCOS.

¡A las armas! (*Salen de tropel blandiendo los aceros y sacudiendo las antorchas; el Alfaquí los acompaña hasta el pie de la subida, exhortándolos con la voz y el gesto.*)

ALFAQUÍ.

¡Hijos de Ismael, herid y matad! El Dios de Mahoma os está mirando, y el ángel exterminador va delante!

TODOS.

¡A las armas!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO



LA CONJURACIÓN DE VENECIA

Año de 1310.

DRAMA HISTÓRICO

[El primer acto de este drama transcurre todo en el palacio del embajador de Génova en Venecia y presenta al espectador una tenebrosa conjuración de nobles venecianos contra el gobierno de la ciudad: entre los conjurados a Rugiero.]

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el panteón de la familia Morosini: vense a entrambos lados varios sepulcros, con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla, cerrada con una verja de hierro y alumbrada con una lámpara: habrá varias puertas y ventanas.

ESCENA PRIMERA

PEDRO MOROSINI, *dos espías con caretas y dominó negro.*

(Abrese una puerta en el fondo y entran con el mayor silencio.)

MOROSINI. Aquí no tendremos más testigos que los restos de mis mayores... Ellos me enseñaron a velar noche y día por la salud de la república.

ESPÍA I.º (*Descúbrense ambos.*) Hoy hemos seguido también los pasos de Rugiero; mas no mostraba inquietud ni recelo, y se ha encaminado en derechura a la boda del senador Barozzi.

MOROSINI. ¿Mas estáis ciertos de que fuese él, y no otro, quien entró anoche en el palacio de Génova?

ESPÍA 2.º No nos queda ni la más leve duda; apenas le dejamos allí, dimos por cien partes el aviso oportuno; y no se le perdió de vista a la vuelta, hasta que entró en su casa.

MOROSINI. ¿Con qué personas ha hablado estos últimos días?

ESPÍA 2.º Dos veces ha ido disfrazado al palacio Querini...

MOROSINI. ¡Al palacio Querini...!

ESPÍA I.º También ha recibido hoy en su casa al aya de vuestra sobrina, que después de permanecer con él unos cortos momentos, se volvió aquí en la góndola de vuestro hermano.

MOROSINI. (*Después de una pausa.*) ¿Con quién vive Rugiero?

ESPÍA I.º Desde que llegó a Venecia vive solo, sin más que uno de los extranjeros que siguen sus banderas.

MOROSINI. ¿No habéis hallado medio de ganarle?

ESPÍA I.º Ninguno.

MOROSINI. (*Con tono severo.*) Yo buscaré quien cumpla mejor con su obligación.

ESPÍA 2.º Sólo hemos podido sonsacarle algunas expresiones sueltas, en medio de la embriaguez y valiéndonos de su manceba.

MOROSINI. ¿Y qué es lo que habéis inferido?

ESPÍA I.º Que se trama algún atentado contra la república y que Rugiero cuenta con los suyos.

MOROSINI. ¿Cuántos salieron con él del palacio del embajador...?

ESPÍA I.º Salió solo, con precaución y recato; mas serían unos doce los que allí se reunieron.

MOROSINI. ¿Estáis seguro de que iba también Thiépolo con ambos Querinis...?

ESPÍA 2.º Por lo menos, una persona que se le asemejaba mucho entró con ellos en el palacio; y a los pocos instantes vimos el reflejo de una luz en la galería que conduce a su habitación.

MOROSINI. ¿Qué ha avisado hoy el proscrito, que se halla refugiado en el palacio del embajador...?

ESPÍA I.º Sólo ha confirmado lo que ya sabíamos; pero ofrece revelar hasta lo más mínimo, para ganar su indulto.

- MOROSINI. ¿Se ha mudado ya Gritti a la casa antigua?
- ESPÍA I.º Y de día y de noche está siempre en acecho.
- MOROSINI. Ignora, sin duda, que hay otros que tienen también ese encargo...
- ESPÍA I.º Está muy ufano creyendo ser él solo; y no sabe que le observan a él mismo en su propia casa.
- MOROSINI. (*Dándole un papel.*) Bien está. Llevad esta orden mía al alcaide de los subterráneos, y que deje entrar a uno de vosotros hasta el calabozo de Beccario, cual si fuese enviado por el tribunal para asistirle en sus dolencias... Conviene mostrarle compasión y ganar su confianza, a fin de averiguar cuanto sepa acerca de la conjuración... Tal vez sería oportuno darle por supuesto que ya está descubierta y presos entrambos Querinis... Que a uno de los cómplices por haber confesado la verdad, se le ha conmutado en destierro la pena de muerte; que él puede esperar igual gracia si se anticipa a otros; pero que mañana tal vez será ya tarde.
- ESPÍA I.º No se omitirá medio alguno para sondearle hasta el fondo del corazón.
- MOROSINI. Al clarear el día, me daréis parte de las resultas, a la entrada del tribunal... lo

que no haya logrado la persuasión, lo arrancará el tormento. (*Oyese el ruido de una llave, como queriendo abrir con secreto una de las puertas; y quédanse suspensos, en ademán de escuchar.*)

MOROSINI. ¿Qué ruido es ese...?

ESPÍA 2.º Parece como que intentan abrir la puerta inmediata.

MOROSINI. ¿Quién puede ser a estas horas y en este sitio...? Mas ocultémonos, antes que entren, detrás de este sepulcro. (*Se ocultan los tres: ábrese la puerta y aparece Laura, vestida de blanco, suelto el cabello y con una lámpara antigua en la mano.*)

ESCENA II

LAURA. ¡Qué silencio, Dios mío...! hasta el ruido de mis pasos me infunde pavor... ¡Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho...! ¿Por quién en el mundo haría yo otro tanto...? ¡Yo tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardín, atraveso ahora a media noche las galerías y salones, y oso penetrar en este sitio..., donde todo anuncia la muerte. (*Coloca la lámpara sobre el sepulcro en que están ocultos, y mira a todas partes con asombro.*) La vista de estos sepulcros me intimida aún

más que otras veces; me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan... ¡Laura, infeliz Laura...! (*Oyese hacia el fondo un débil eco que repite: ¡Laura!*) ¡Válgame Dios...! Creí que repetían mi nombre, y es, sin duda, el eco de estas bóvedas... La sangre toda se me ha helado en las venas, y el cabello se ha erizado en mi frente... ¡Infeliz Laura! ¿Qué será de ti...? Un presentimiento fatal me estrecha el corazón y ni me deja respirar siquiera... Ven, esposo mío, ven; cerca de ti nada temo en el mundo. (*Abre una ventana y asómase.*) No descubro ningún objeto... ¡está la noche tan obscura...! Ni una estrella se divisa en el cielo; y sólo se oye el murmullo del viento en este canal solitario... ¡Si no vendrá...! ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia...! ¡No, Dios mío, no; harto infeliz es ya! (*Dirígese con el mayor abatimiento hacia la capilla y se arrodilla delante de la verja.*) Tú eres mi solo consuelo, protectora de los desdichados; tú ves con piedad estas lágrimas que corren de mis ojos, y no me negarás tu amparo... no, Virgen Santa, no; yo no tengo más madre que tú... Pero si hemos me-

recido por nuestra triste unión el castigo del cielo; si somos los únicos en la tierra que no alcancen con el llanto su perdón y misericordia... caigan sobre mí, sobre mí sola, cuantos males puedan amenazarnos... Yo me resignaré a mi suerte, sin quejarme siquiera, y te bendeciré, Virgen santa, hasta mi última hora. (*Levántase después de unos instantes.*) Siento más desahogado mi corazón, y mi pecho late más tranquilo... (*Volviendo el rostro a la capilla.*) Hasta las lágrimas son dulces, madre mía, cuando se derraman en tu seno. (*Encamínase hacia la ventana.*) No puede tardar... ; Quizá en este instante me estará ya esperando; y yo no habré oído el canto que me da la vida... ! (*Asómase y escucha atentamente.*) Me parece que oigo a lo lejos como ruido de remos. ; Si será ilusión?... No, no hay duda; los latidos de mi corazón me anuncian ya mi dicha y el temblor se apodera de todos mis miembros... ; El es... ! ; él es... ! Voy a verle, a oírle, a estrecharle en mis brazos; ; qué mujer en la tierra más dichosa que yo... ? (*Canta a lo lejos los versos que siguen, acrecentándose cada vez más la voz.*)

En hora fatal, Leandro,
cruzaba una noche el mar,

diciendo a las recias olas,
dejadme llegar allá;
que la prenda de mi alma
esperándome estará.
Si queréis mi triste vida,
a la vuelta la tomad...
(Va apagándose el canto.)
Dejadme llegar...
Dejadme...
verla y expirar...

LAURA. *(Con la mayor alegría.)* ¡Es la voz de su barquero...! ya llegan. *(Hace una seña con un pañuelo blanco, y arrojan desde afuera una escala de cuerda, que ella ata a la ventana.)* ¡Cuidado, Rugiero, cuidado... más despacio, mi vida... dame ya la mano!

ESCENA III

LAURA, RUGIERO.

(Entra Rugiero por la ventana, descubriendo bajo la capa un vestido lujoso de baile; arrójase en los brazos de Laura.)

RUGIERO. ¡Laura mía...! ¿Por qué lloras...?

LAURA. ¡No lloro, Rugiero, no lloro...; estas lágrimas que ves son de ternura... de

- alegría... tanta dicha no cabe en mi alma!
- RUGIERO. Serénate, amor mío... ¿Hace mucho que me aguardabas...?
- LAURA. No; pero cada instante me parecía un siglo... ¿Quieres que te confiese también mi flaqueza...? hasta tenía miedo.
- RUGIERO. ¿De veras?
- LAURA. ¡Es este panteón tan triste..., tan sumamente triste, que me parece de mal agüero sólo el pisar sus losas.
- RUGIERO. Desecha esos vanos temores; a mí me parece, a tu lado, la mansión de los cielos.
- LAURA. A mí también, Rugiero; pero cuando me veo sola se apodera de mí una tristeza, una angustia, que ni soy dueña de mí misma. Estos días, no sé por qué, me siento también más abatida... ¡Me cuesta tanto mostrarme alegre, y ocultar lo que pasa en mi corazón... Habrá apenas dos horas, ¡me acariciaba mi padre con una bondad, con una ternura, que hasta el alma se me partía...! ¡Si le hubieras oído todo lo que me decía para alegrarme... sus proyectos, sus esperanzas...! No tiene en su vejez más apoyo, más consuelo que yo; ¡y voy a hacerle infeliz en los últimos años de su vida!
- RUGIERO. ¿A qué te afliges ahora...? ¿Quieres

amargar estos instantes, los únicos que gozamos de dicha...?

LAURA. No, Rugiero...; ya me ves; estoy más alegre... A tu lado olvido hasta mis propios remordimientos.

RUGIERO. ¡Remordimientos...! ¿Y de qué? ¿Te pesa el amar a tu esposo...?

LAURA. ¡Pesarme...! Yo no vivo sino para ti; yo no pienso sino en ti; yo no pudiera existir ni un solo día, si llegara a perderte... ¡Pero engañar a un padre tan bueno; recibir de sus labios mil elogios, que estoy tan lejos de merecer; haber dispuesto de mi mano sin su voluntad, exponiéndome a su enojo, y tal vez a su maldición... ¡antes morir, Dios mío!

RUGIERO. ¿Ves, Laura, lo que haces...? Estás toda trémula, demudada, tan pálida... Ven aquí, bien mío... Descansarás unos instantes reclinada tu cabeza contra mi pecho. *(La acerca a un sepulcro situado hacia el promedio del teatro, poco levantado del suelo, con dos figuras esculpidas groseramente en mármol, ya carcomido por los años.)*

LAURA. ¿Ahí? ¡No, Rugiero, no, por nada del mundo!

RUGIERO. ¿Y por qué?

LAURA. ¡Los que yacen en ese sepulcro fueron

- muy desgraciados, y nosotros lo somos también!
- RUGIERO. Tú no perdonas medio alguno de atormentarte...
- LAURA. ; Si supieras la historia de esos esposos...! Se amaron muchos años, llenos de desdichas; el mismo día de sus bodas los separó la suerte; y sólo lograron reunirse en ese sepulcro... Mas, ¿por qué me miras así?
- RUGIERO. Yo no; te estaba meramente escuchando.
- LAURA. ; Fijabas en mí los ojos con una mirada tan triste...!
- RUGIERO. Es aprensión tuya, Laura mía; yo nunca estoy triste a tu lado. Ven, yo te lo ruego; aquí estarás mejor... ¿No quieres darme ese gusto...?
- LAURA. Yo no tengo más voluntad que la tuya. (*Siéntase a los pies del sepulcro.*)
- RUGIERO. Así, Laura, a mi lado... (*Cógela la mano y la besa con la mayor ternura.*) ¿Quién podrá separarnos, quién?
- LAURA. Nadie en el mundo.
- RUGIERO. Ni la misma muerte.
- LAURA. Razón tenías, Rugiero; cerca de ti estoy más tranquila.
- RUGIERO. ¿Lo ves?
- LAURA. ; Pero se me representó tan al vivo la historia de esos esposos...! ; La he oído

- contar tantas veces desde que era niña...!
- RUGIERO. Aleja de tu alma tan tristes pensamientos...; no siempre hemos de ser desgraciados.
- LAURA. Tú mismo no lo esperas; y sólo me lo dices por consolarme.
- RUGIERO. No, Laura, no; mi corazón me anuncia que van a cesar nuestras penas.
- LAURA. ¿Lo crees así, Rugiero?
- RUGIERO. Sí.
- LAURA. ¡Y yo te llamaré mi esposo, y no nos separaremos ni un instante, y todas las mujeres me tendrán envidia...!
- RUGIERO. ¡Laura mía...! ¡Si vieras esta noche lo que me he acordado de ti... He asistido a la boda del senador Barozzi; y estaban todos tan contentos, que su misma alegría me lastimaba el alma... Cuando oí los acentos de la música..., cuando vi a Leonor dar la mano a su esposo ante un ministro de Dios, rodeada de toda su familia... ¿Te enterneces, Laura?
- LAURA. Y su madre la bendijo... ¿no es verdad? La bendijo mil veces, y ella lloró en sus brazos, y no podían separarlas...
- RUGIERO. Cálmate, amor mío...; ¿por qué te afliges hasta ese punto?
- LAURA. ¡Mi madre...! ¡mi pobre madre...! ¡qué diría la infeliz si viviese!

RUGIERO. Tendría lástima de nosotros y nos perdonaría... Tú, por lo menos, tienes el consuelo de haberla conocido, de haber pasado tu niñez a su sombra; tú recuerdas su rostro, su acento, sus caricias...; a la hora de su muerte te dejó en los brazos de un padre...; ¡pero yo, yo, infeliz de mí, desde que abrí los ojos no he tenido en el mundo a quién volverlos!

LAURA. ¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero...! Deja, déjame, yo las enjugaré con mi mano...

RUGIERO. Solo, huérfano, sin amparo ni abrigo... sin saber a quiénes debo el ser, ni siquiera la tierra en que nací... ¿Por qué me amas, Laura, por qué me amas? Basta que seas mía para que seas desgraciada.

LAURA. Más quiero contigo todas las desdichas juntas, que lejos de ti todos los bienes de la tierra... Mira, Rugiero, con toda mi alma te lo digo: quizá no te amaría tanto si fueras feliz... Pero cuando oía referir tus desgracias y escuchaba los elogios que de ti hacían, tu valor en los combates y tu clemencia con los vencidos..., yo no sé lo que sentía; pero antes de conocerte ya te amaba. Yo nací para ti, Rugiero, para consolarte en tus penas, para hacerte olvidar tu orfandad y llenar el vacío de

tu corazón... ¿Qué te falta, di, adorándote yo? (*Le echa los brazos al cuello.*)

RUGIERO. Tú no eres una mujer, eres un ángel; el cielo te ha enviado para hacerme sobrellevar la vida. (*Quédanse unos instantes en silencio con las manos entrelazadas.*)

LAURA. Cuando estemos así delante de mi padre... y nos llame a los dos, hijos míos..., y nos contemple enternecido con las lágrimas en los ojos... ¿Crees tú que llegará ese momento?

RUGIERO. Sí, Laura, y antes que imaginas.

LAURA. Yo conozco su mucha bondad y el cariño que me tiene; hasta su vida daría por mí... pero temo que nos engañemos, Rugiero; vivimos en Venecia, y mi padre anhela como el que más el lustre de su familia... Quizá por sí propio haría en favor nuestro el mayor sacrificio; pero temerá el desaire de los otros nobles, el menoscabo de su influjo, las reconvencciones de su hermano... Tú no conoces a éste, y yo sí: justo y virtuoso; pero mirando hasta la piedad como una flaqueza, trata a los demás hombres con la misma severidad que a sí propio... No amó nunca, Rugiero. ¿Cómo quieres que nos mire con indulgencia y lástima?

- RUGIERO. Pues cabalmente en él tengo mi mayor confianza...
- LAURA. ¡En él!
- RUGIERO. Sí, Laura, en él; quizá mañana mismo me deba hasta la vida.
- LAURA. (*Con sorpresa y pasmo.*) ¿Qué me dices?
¡Rugiero!
- RUGIERO. ¿Y por qué tiembles tú...? No tienes por qué azorarte; sosiégate; no voy a correr ningún riesgo...
- LAURA. ¡Ninguno...! Pues bien, Rugiero; estoy pronta a creerte; pero sólo exijo una cosa.
- RUGIERO. Todo cuanto quieras.
- LAURA. Ven, y júramelo por mi vida ante aquella divina imagen... (*Le mira de hito en hito.*) No bajas los ojos, no los bajas; en tu cara estoy leyendo lo que pasa en tu corazón.
- RUGIERO. ¡Laura mía...!
- LAURA. ¡Deja, déjame...!
- RUGIERO. No quisiera, ni una sola vez, mentirte y engañarte; pero temo que diciéndote la verdad te aflijas sin motivo.
- LAURA. ¿Y prefieres dejarme en esta incertidumbre...? Haz lo que quieras; yo sé ya cuál va a ser mi suerte...
- RUGIERO. No llores, Laura, no llores y escúchame...; voy a darte una prueba de lo que

te amo; ;pero, por Dios, te pido que me creas, y no te hagas más infeliz...! Yo no voy a correr ningún riesgo; te lo repito una y mil veces... Todo está previsto, y el éxito es seguro; en un solo momento va a cambiarse la suerte de Venecia, y pasado mañana eres mía a la faz del mundo... ¿No te alegras de oírlo...? Alza la frente, Laura... ;tienes la mano helada, con un sudor tan frío...!

LAURA. ;Y me decía que me amaba tanto..., y que nunca más expondría su vida..., y que sería siempre mi apoyo, mi consuelo... ;Padre mío!, ¿qué va a ser, en faltándole tú, qué va a ser de tu hija...?

RUGIERO. ;Por Dios, Laura, por Dios...; cada palabra tuya se me clava en el alma! (*Quédanse un momento silenciosos, y empieza a oírse el susurro del viento.*)

LAURA. Un solo favor quisiera pedirte...

RUGIERO. ¿Qué quieres?

LAURA. El primero... y el último que te pediré ya en mi vida.

RUGIERO. ¿Qué quieres, Laura...? Dílo.

LAURA. Tú vas a perderte..., a perderte... tú no conoces la tierra que pisas, y hasta la pasión que me tienes contribuye a cegarte...

RUGIERO. No, Laura; no lo creas; los hombres de

más cuenta, los patricios más graves, se hallan decididos, prontos a salvar a Venecia... Todo está calculado para evitar el derramamiento de sangre, y hasta el mismo Dux, sorprendido en su palacio, no recibirá daño ni insulto en su persona... Yo temí... ¿cómo podía olvidarte...?, temí que en medio de la confusión intentase alguno vengar en tu tío la muerte de propios o de extraños... ¡es tan aborrecido...! Por eso me he encargado de cerrar con mis tropas las avenidas del tribunal, y de velar en guarda de los jueces... ¿Qué tienes que temer...? Yo estaré a la vista de tu propia casa; yo defenderé a tu familia; yo tendré la satisfacción de que me deban algo los que tienen tu misma sangre... ¿no los oirás con gusto manifestarme su agradecimiento...? No me respondes, Laura; y ni aun parece que me escuchas... ¿Qué tienes, mi vida...? ¡Llora si quieres, llora en los brazos de tu esposo, que te ama más que a su corazón! (*Reclínase Laura en el hombro de Rugiero.*) Así, Laura, así, no te reprimas.

LAURA. ¡Rugiero..., Rugiero...!

RUGIERO. ¡No puedes ni aun hablar...; los sollozos te ahogan!

- LAURA. ¡No me abandones..., ten lástima de esta infeliz!
- RUGIERO. ¡Abandonarte y o...! ¿Puedes imaginarlo?
- LAURA. ¡Si te sobreviniese algún daño en medio del tumulto..., si cayeras en las garras de ese tribunal, que ni olvida ni perdona...! ¡Rugiero, Rugiero mío, no te apartes de mí!
- RUGIERO. Serénate, Laura, serénate...
- LAURA. ¡Por Dios te lo pido, Rugiero...! no me dejes en este estado, si me amas todavía. El día que te suceda una desgracia será el último día de mi vida... ¡Qué es eso! ¿Por qué vuelves el rostro...?
- RUGIERO. No es nada, Laura...
- LAURA. Me pareció que había oído como un murmullo...
- RUGIERO. Es el viento que zumba en estas bóvedas... ¿No ves cómo ha arreciado...? *(Sueña más fuerte el viento.)*
- LAURA. Sí, ya lo oigo..., y hasta ese ruido tan triste aumenta mi terror... La noche en que estuve a la muerte sonaba así también... ¡No me dejes, por Dios, no me dejes; si te vas, me muero!
- RUGIERO. ¿Por qué tiembles ahora...? ¿No estoy yo a tu lado...? *(Uno de los espías apaga*

*de pronto la lámpara y vuelve a escon-
derse.)*

LAURA. *(Levantándose de espavorida.)* ¡Dios
mío...!!!

RUGIERO. El viento la ha apagado, sin duda... voy
a encenderla en la capilla, y vuelvo al
instante...

LAURA. Yo iré también contigo .. yo no me que-
do sola...

RUGIERO. ¿Tienes miedo, mi vida?

LAURA. No sé, Rugiero, no sé lo que pasa por
mí... pero temo apartarme de ti ni si-
quiera un momento... me parece menti-
ra que he de volver a verte... *(Rugiero
se encamina a tomar la lámpara, y Laura
le acompaña; al llegar junto al sepulcro,
salen de improviso los dos espías enmas-
carados, se arrojan sobre Rugiero y le
ase cada uno de un brazo.)*

ESCENA IV

LAURA, RUGIERO, *los dos espías.*

RUGIERO. ¡Perdidos somos!

LAURA. *(Da un grito, y cae desvanecida junto a
la puerta por donde entró.)* ¡Ay!

RUGIERO. ¡Laura...!!!

ESPÍA I.º *(Presentándole una daga al pecho.)* Si des-
pegas los labios aquí mismo mueres.

RUGIERO. ¡Laura!!!

ESPÍA 2.º (*Foniéndole un pañuelo en la boca.*) Ya acabaste de hablar en tu vida. (*Le conducen con violencia hacia la puerta por donde entraron, y sale Morosini de detrás del sepulcro.*)

ESCENA V

LAURA, PEDRO MOROSINI.

MOROSINI. (*Se acerca a su sobrina, la levanta y la contempla unos instantes en silencio.*)
¡Imprudente...! ¡Cuántas lágrimas va a costarte tu loca pasión.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO III

ESCENA III

JUAN MOROSINI, PEDRO MOROSINI.

JUAN M. Quisiera hablar contigo unos instantes... sobre un asunto que me importa mucho.

PEDRO M. Di lo que quieras, pero no tardes; dentro de una hora tengo que estar de vuelta en el tribunal. ¿Por qué te detienes...?

JUAN M. ¡Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas a comprenderme!

PEDRO M. ¿Y a qué son esos preámbulos...? Nunca los has usado conmigo.

JUAN M. Es que nunca me he visto en la aflicción de hoy... (*Enjégase una lágrima de los ojos.*) ¡No mires, Pedro, no mires mi flaqueza..., acabo de recibir un golpe mortal y al fin soy hombre... (*Serénase un poco.*) Yo no tengo más que una hija, único fruto de una unión desgraciada... tú conociste a su madre y sabes el extremo con que yo la amé... En mi hija veía el retrato de mi pobre Constanza, y su inocencia y sus caricias me consolaban de todas mis penas... Yo la he criado a mi lado, a mi vista, sin apartarme de ella un solo día, hasta que el peligro de mi patria me impuso el sacrificio de separarme de ella... ¡parece que el corazón me daba que aquella ausencia iba a costarme muchas lágrimas!...

PEDRO M. ¿De qué sirve afligirte en esos términos...?

JUAN M. Volvi al fin después de tantos infortunios, sin más anhelo que abrazar a mi hija; la hallé aún más bella que antes, admirada, querida de todos; y cada día fundaba en ella mayores esperanzas... Todas se han desvanecido hoy: ¡Dios lo ha querido así...! Mi hija es ya esposa.

Pedro, ni te pregunto si lo sabías, ni menos intento disculparla..., quiero sólo que lo oigas de mi propia boca para que veas cuál es mi situación.—Laura es ya de Rugiero; el Señor ha bendecido su unión en su santo templo... y sólo la muerte puede ya separarlos... Mi hija ama a su esposo con toda su alma y yo no puedo vivir si me falta ella... No te digo más.

PEDRO M. Pero, ¿qué es lo que quieres de mí?

JUAN M. Rugiero ha desaparecido desde anoche, y tú sabes de cierto dónde está.

PEDRO M. ¡Yo!... ¿Soy yo acaso su guarda?

JUAN M. No, Pedro... mas no olvides que eres mi hermano. (*Pedro Morosini baja los ojos y callan ambos por un momento.*) A media noche, en nuestra propia casa, sin quebrantar las puertas ni causar el ruido más leve, dos hombres apostados han arrancado a Rugiero de entre los brazos de mi hija; y ella se ha visto trasladada, sin saber cómo, desde el panteón a su propio lecho... Yo sé el terrible ministerio que ejerces; conozco a Venecia muchos años ha, y me consta que en ella no respira nadie sin que tú lo sepas... ¡Sácame, Pedro, sácame, por Dios, de esta duda, para que pueda dar

algún consuelo a mi hija...! (*Observándole que calla.*) ; Bien te lo decía yo, bien te lo decía antes... ¿cómo has de comprender mi dolor si no tienes hijos...? Pero recuerda que tuviste uno, y que pudiste hallarte en el mismo caso que yo... También yo te he visto llorar... (lo tengo presente cual si fuese hoy) cuando supiste que tu esposa y su tierno niño habían muerto a manos de los infieles, sin tener siquiera el consuelo de poder rescatar sus cadáveres...

PEDRO M. ¿Y a qué me lo recuerdas?

JUAN M. Yo te veía afligido y no me apartaba un instante de ti, y hasta dormía al lado de tu cama... Cuando te veía descansar de tus penas daba gracias a Dios y le pedía que te hiciese feliz, aunque fuese a costa de mi vida.

PEDRO M. No lo he olvidado, Juan; ni era menester que me lo trajeses a la memoria... ¿Te he dado nunca el menor motivo de queja?

JUAN M. No; pero lo que a ti te basta, no me basta a mí... No te enojés si te hablo con toda la ingenuidad que debe mediar entre nosotros; ;hasta mi mismo dolor me da derecho a ello!... No sé si atribuirlo a aquella desgracia tan grande que

te dejó como solo en el mundo... o a tu larga ausencia durante tu gobierno en Candía... o tal vez a ese terrible ministerio, que te hace ver a todas horas correr las lágrimas de los infelices... lo cierto es que no hallo en ti aquel afecto, aquella ternura que mi corazón te está pidiendo... no parece sino que el tuyo se ha secado! Hoy mismo, hoy mismo acudo a ti, lleno de amargura, como al mejor amigo que Dios me ha dado, y en vez de abrirme los brazos y de ofrecerme el más leve consuelo, has oído mi desgracia cual si fuese la de un extraño.

PEDRO M. No, Juan; no me hagas ese agravio: amo a mi familia, como es justo, y a ti como a un hermano... mas no por eso olvido lo que debo a mi patria, y que Dios un día ha de pedirme cuenta...

JUAN M. ¿Qué me dices?... (*Con suma viveza.*)

PEDRO M. (*Respondiendo con frialdad.*) Yo no te he dicho nada; contesto meramente a tus quejas. También pudiera a mi vez hacerte a ti reconvenciones sobre ese carácter débil y condescendiente que quizá ha contribuido a la perdición de tu hija y a la desgracia que lloras hoy...; pero no es ocasión de aumentar tus pesares, cuando ya no tienen remedio.

- JUAN M. ¿No queda ninguno?... (*Pedro Morosini señala con la mano al cielo y hace ademán de retirarse.*) ¡Aguarda!... oye siquiera... ¡no te pido más!
- PEDRO M. No exijas, por Dios, no exijas de mí lo que no puedo hacer. (*Se detiene y le alarga la mano.*)
- JUAN M. Dime una sola cosa... ¿vive Rugiero?...
- PEDRO M. (*Después de vacilar unos instantes.*) Vive.
- JUAN M. ¡Gracias a Dios!
- PEDRO M. Pero no lo digas a tu hija.
- JUAN M. ¿Por qué?
- PEDRO M. Porque tendría que llorarle dos veces. (*Vase pausadamente; Juan Morosini permanece sobrecogido y confuso.*)

ACTO IV

El teatro representa la plaza de San Marcos iluminada; en el fondo el palacio ducal, en cuyos salones se ve circular la gente, resonando de tiempo en tiempo los ecos de la música; a la puerta una guardia.—En la plaza se descubren las dos famosas columnas, y todo el ámbito aparece lleno de grupos de gente, paseándose y divirtiéndose, la mayor parte con máscaras y disfraces, así como los conjurados y algunos soldados de la república.

ESCENA I

EL COMANDANTE DE LA GUARDIA. (*A un grupo de gente, parado ante la puerta del palacio.*)
Divertirse, amigos, divertirse; pero sin estorbar el paso. (*Sepárase el grupo.*)

UN MAR. ¿Qué rezas ahí entre dientes?

UN ART. ¿Yo? nada. (*Acércase y le dice con el mayor misterio.*) Según van estos nobles, hasta la tierra les va a venir estrecha.

MARINERO. ¿No sabes que soy sordo?

ARTESANO. ¿Y de cuándo acá?

MARINERO. Si tienes secretos que decir, puedes buscar otro confesor.

ARTESANO. ¡Calle...! ¿tienes miedo?

MARINERO. Lo que es miedo, no... pero hace tres noches que sueño con aquellas columnas... ¿no sabes tú lo que hacen allí con los habladores...? (*El otro vuelve la cara azorado.*) No vuelvas la cara, tonto; no te agarra nadie. (*Echase a reír y se va.*)

ESCENA II

PRIMER CONJURADO. (*Mirando un listón que lleva otro al brazo.*) ¿Amigo?

2.º CONJ. Las doce.

1.º CONJ. ¿Color?

2.º CONJ. Azul.

1.º CONJ. ¿Caudillo?

2.º CONJ. Mafei.

1.º CONJ. ¿Ha entrado ya en el palacio?

2.º CONJ. Hace más de una hora.

1.º CONJ. ¿Y los demás?

2.º CONJ. También.

- 1.º CONJ. Adiós.
2.º CONJ. El sea con nosotros. (*Danse la mano, sepáranse y mézclanse con la turba.*)

ESCENA III

- UNA MUJER DEL VULGO. No tienes que cansarte; no me marchó de aquí en toda la noche.
- MARIDO. ¿De veras?
- MUJER. Desde la fiesta me voy a tomar la ceniza.
- MARIDO. ¿Sabes que puede ser que no necesites al cura?
- MUJER. ¿Por qué?
- MARIDO. Porque yo te la pondré en la frente.
- MUJER. Miren un marido galán... y de novio parecía un cordero...
- MARIDO. ¡Chito...!
- MUJER. Pero Dios me libre de aguas mansas...
- MARIDO. ¡Chito...!
- MUJER. Y de hombre sin pelo de barba...
- MARIDO. ¡Chito!!! ¿No has de poder con esa lengua...? (*A un máscara que los observa.*) Y tú, estafermo, ¿qué haces donde no te llaman...?
- MÁSCARA. Estoy viendo una cosa curiosa.
- MARIDO. Pues aquí no hay nada que ver.
- MÁSCARA. ¡Muchachos, venid... aquí hay un marido enfadado en Carnestolendas!... (*Acude la turba alborozada.*)

- MARIDO. (*Al irse.*) Diviértete esta noche, hija... mañana nos veremos las caras.
- COMANDANTE DE LA GUARDIA. (*Acercándose al grupo.*) ¿Qué era eso?
- MÁSCARA. Nada; un matrimonio bien avenido... (*Gritando a la gente.*) ¡Quién se casa...! (*Sepáranse.*)

ESCENA IV

- UN MÁSCARA. (*Llamándole aparte.*) ¡Capitán! (*El máscara entrecabre el dominó y deja ver una medalla al cuello.*)
- COMAND. ¿Sois vos?
- MÁSCARA. ¿Cuántos han entrado ya con el listón al brazo?
- COMAND. Hasta ahora unos ochenta.
- MÁSCARA. Entrar, todos; salir, ninguno.
- COMAND. El que salga del palacio no ha de ser por la puerta, sino por el *punte de los Suspiros*.
- MÁSCARA. ¿Ha llegado ya la demás tropa?
- COMAND. Y toda está ya oculta.
- MÁSCARA. Así que desemboque el refuerzo de las islas, tomad las avenidas de enfrente y que nadie escape.
- COMAND. En cuanto suene la señal de la caza... ya será buena la batida (*Apártanse a un lado y hablan unos instantes en secreto, al*

ver venir una cuadrilla de máscara, que se pone a bailar en medio de la plaza.)

ESCENA V

- DAURO. *(Disfrazado de bastonero de la cuadrilla.)* ; A un lado...! ; a un lado...! Si no hay espacio ¿cómo han de bailar? *(Sepárase la gente y forma al rededor una media luna; principia el baile.)*
- UN CONJURADO. *(Dando la mano a Dauro.)* ¿Se ha recibido alguna noticia de Rugiero?
- DAURO. ; Pues qué! ¿no ha parecido?
- CONJUR. Hasta ahora no.
- DAURO. ¿Qué será...?
- CONJUR. ¿Quién puede saberlo?
- DAURO. El no es capaz de esconderse a la hora del peligro.
- CONJUR. Sea lo que fuere, ya no es tiempo de volver atrás.
- DAURO. Más vale morir matando que a manos del verdugo. *(Volviéndose a los músicos de la cuadrilla.)* ; Más vivo, más vivo...! si se duermen ya, ¿qué será después? *(Continúa el baile más alegre.)*
- CONJUR. Adiós; no olvides mi encargo, si me sucede una desgracia...
- DAURO. Ni tú tampoco el mío; escríbele al instante a mi hermano y que venga a consolar a mi pobre madre... *(Sepáranse.)*

ESCENA VI

OTRO CONJURADO. (*Al Espía 1.º con dominó negro.*)
¿A qué me miras tanto si no me conoces...? (*El Espía le indica con la cabeza que sí.*) Pues bien, dime quién soy. (*Le contesta que no.*) Una seña a lo menos... ¿Cuántos disfraces he mudado? (*Le señala con los dedos que tres y vasc al instante.*) Aguarda, escucha... yo he de saber quién eres. (*El Conjurado va a seguirle; el espía 2.º le sale de pronto al encuentro, se interpone entre ambos y le detiene.*)

DAURO. (*Dando un golpe en el suelo.*) Basta; dejemos el lugar a otros.

ESCENA VII

(*Cesa el baile y se aleja la cuadrilla a tiempo que entran por el otro extremo de la plaza dos peregrinos de Jerusalén uno más anciano que otro.*)

UNO DEL PUEBLO. ¡Buena va la danza... hasta los peregrinos andan esta noche de huelga.

EL MARINERO. ¿Y por qué no...? Hartos trabajos han pasado por allá los pobres... ¿Ves aquel más viejo...? Pues de milagro escapó en la cruzada.

EL ARTESANO. Nadie respirará si nos dicen *la redacción de la Tierra Santa...*

VARIAS VOCES. ¡Nadie...! ¡nadie!!!

EL HOMBRE DEL PUEBLO. ¡Aquí, hermanos, aquí, donde todos oigamos...!

EL MARINERO. Más ruido armas tú solo que todas las mujeres. (*Colócanse los peregrinos en el centro y todos escuchan con la mayor atención el siguiente coloquio:*)

PEREGRINO ANCIANO. ¡Oíd, cristianos, escuchad la más lamentable historia que vivirá en la memoria de una edad en otra edad!
Los soldados del Dios vivo
perecieron con valor
y otra vez el Redentor
ve su sepulcro cautivo.

PEREG. MOZO. ¿Dónde está el Dios de esa gente?
(el Saladino decía):
teñida en su sangre impía
va del Jordán al corriente;
y los que esclavos estén
sufriendo duras cadenas,
consuélese de sus penas
vuelta la vista a Belén.

PEREG. ANCIANO. ¡Calla, blasfemo! que el cielo castiga a su pueblo fiel;
mas nunca niega a Israel
la esperanza y el consuelo;

tu ruina en breve será
del mundo salud y ejemplo
y de Sión en el templo
nuevo canto sonará.

*(Vese desembocar una turba con mucha
algasara.)*

EL HOMB. DEL PUEBLO. ¡Silencio!

VARIAS VOCES. ¡Silencio!

EL MARINERO. ¿No hay quien haga callar a esos
locos?

ESCENA VIII

*(Acércase la turba y los peregrinos se
retiran hacia el fondo de la plaza, se-
guidos de alguna gente; la demás se que-
do a oír el canto. Un máscara, vestido
con un disfraz jocoso, entona este can-
tar en medio del concurso:)*

MÁSCARA. Con el Carnaval

riñó la Cuaresma,
él gordo y alegre
y ella triste y seca.

El pobre de ahito
murió en la refriega
y esta misma noche
dicen que le entierran.

VARIAS VOCES. ¡Ea!!!

MÁSCARA. ¡Pobre Carnaval,
qué noche le espera!

la vieja traidora
ya le abre la huesa;
toquen las campanas,
enciendan las velas,
y en coro cantando
vamos a la fiesta.

VARIAS VOCES. ¡Ea!!!

TODOS REPITEN EN CORO. ¡Vamos a la fiesta!

ESCENA IX

(Empiezan a dar las doce en el reloj de San Marcos y a las primeras campanadas arrojan el disfraz los conjurados, desnudan toda suerte de armas blancas y gritan a una voz:)

¡Venecia y libertad!!!

(Los soldados de la Guardia, los que había disfrazados entre el pueblo y otros que que asoman por las vocacalles, contestan al punto:)

¡Mueran los traidores!!!

(Se nota al mismo tiempo gran tumulto en los salones del palacio y resueñan dentro los gritos de)

¡Traición...! ¡traición...!

(Ciérranse de golpe las puertas; un senador aparece en el balcón de en medio, escoltado de dos soldados con picas, y des-

plega el estandarte de la república, clamando al pueblo:)

¡San Marcos y Venecia...! ¡Viva la República...!

MUCHAS VOCES. *(En la plaza.)* ¡Viva...! ¡viva...!!!
(Crece el estrépito y la confusión; suena una campana a vuelo, tocando a rebato; los conjurados y los soldados pelean un momento; el pueblo huye por todas partes.)

CONJURADOS. ¡Nos han vendido...!

OTROS. ¡Sálvese el que pueda!

SOLDADOS. ¡A ellos...!

CONJUR. ¡Al puente de Rialto...! ¡al puente...!
(Abrense paso; la mayor parte de la tropa los sigue.)

SOLDADOS. ¡Mueran los traidores...!!!

OTRAS VOCES. *(A lo lejos y por el mismo lado por donde los conjurados se han ido:)* ¡Mueran!!! *(Sigue oyéndose adentro el estrépito de las armas.)*

ESCENA X

COMANDANTE. *(Animando desde la plaza a los suyos.)* ¡Corred, volad... y que no escape uno!

PEDRO MOROSINI. *(Sale del palacio ducal, seguido de otros dos presidentes, y atraviesa velozmente la plaza, diciendo:)* ¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

(El teatro representa la sala de audiencia del tribunal de los Diez, de aspecto opaco y lúgubre; en el promedio formará una especie de media luna, en que estarán colocados los jueces; los tres presidentes al frente, con una mesa delante, y los demás a los dos lados. A una punta, a la derecha de los jueces, y un poco más bajo, el asiento y bufete del secretario. Encima del estrado del tribunal habrá escrito: JUSTICIA. A mano izquierda de los jueces se verá la puerta del cuarto del tormento con este letrero: VERDAD; y a la derecha otra, cubierta con una cortina negra, que conduce al cuarto del suplicio; encima esta palabra: ETERNIDAD. A un lado y otro de la escena habrá varias puertas, por donde entran y salen los testigos y demás actores; una compuerta en el suelo indica la entrada a las cárceles subterráneas.—Es de noche; una lámpara antigua alumbrá escasamente la estancia. Sobre la mesa de los presidentes se ve un libro, una escribanía, la urna de los votos y un reloj de arena.)

ESCENA PRIMERA

PEDRO MOROSINI, los otros dos PRESIDENTES, los JUECES, el SECRETARIO.

SECRET. *(Levantándose.)* Si pareciese al tribunal leeré las resoluciones acordadas, antes de extenderlas en debida forma.

(Los tres presidentes indican consentir y el secretario lee:)

“El cadáver de Marcos Querini, antiguo senador, muerto con las armas en la mano, a la cabeza de los traidores, será expuesto al público en un cadalso afrentoso, entre las dos columnas.

"Por lo que respecta a Jacobo Querini si acaso sobreviviese a sus graves heridas, será degollado públicamente en la plaza para terror y ejemplo.

"Se pregonará la cabeza de Boemundo Thiépolo y la de los demás prófugos, ofreciendo premios y mercedes al que los presentare muertos o vivos; y si fuese alguno de sus cómplices, indulto y perdón.

"Se enviarán órdenes ejecutivas a los enviados de la república y a los agentes secretos del tribunal en todas las naciones; donde quiera que se presentare Thiépolo o alguno de los principales reos, se ejecutará la sentencia de muerte contra ellos, o provocándolos a desafío bajo cualquier pretexto, o por algún medio oculto; pero cuidando luego de que llegue a entenderse que no han logrado escapar, en ninguna parte de la tierra, al justo brazo del tribunal.

"En cuanto a los demás nobles, promotores de la Conjuración, queda a la prudencia y discernimiento del tribunal determinar los que hayan sido más culpables o los que ofrezcan para lo por venir motivos más fundados de temor y sospecha; éstos serán ajusticiados en el cuar-

to secreto del tribunal, y sus cadáveres expuestos, cubiertos con un velo negro y este letrero al pecho: *traidor a la república.*

"Los nobles de menos valer serán desterrados y enviados separadamente a las islas más distantes y a las regiones menos sanas, pertenecientes a la república, bajo pena de muerte si volviesen a presentarse en Venecia.

"Los marineros y soldados, los artesanos y gente vulgar, que, seducidos por los descontentos, han tomado parte en la conjuración, serán tratados con indulgencia, para no hacer odiosa la justicia con tantos castigos. Se concederá a todos gracia de la vida; pero los más díscolos y bulliciosos serán ahogados de noche en el canal de Orsano.

"Los soldados de Padua, que rindieron las armas antes de combatir y los rebeldes que se entregaron en el puente de Rialto, al proclamar el Dux *amnistía* y *olvido*, no serán procesados ni perseguidos por ahora; sólo se cuidará de observar su conducta, para castigarlos severamente a la más leve falta; enviándolos, desde luego, a la armada y ejército, para

que purguen su delito en las empresas más arriesgadas.

”Quedan proscritas, de ahora y para siempre, la familia de los Thiépolos y la de los Querinis; sus nombres y sus armas se borrarán por mano del verdugo donde quiera que se encontraren; sus palacios serán arrasados, destruidos sus cimientos y hasta los escombros y el polvo arrojados al mar.—Jamás podrán reedificarse sus casas, ni renovarse su apellido, ni pisar el territorio de la república ninguno de sus descendientes; ellos y sus hijos y los que de ellos nacieren, hasta la última generación, quedan condenados perpetuamente a la execración pública.”

MOROSINI. Es necesario pasar inmediatamente al Dux copia reservada de todo lo que resulta contra el embajador de Génova, como uno de los principales autores de tan infernal trama.—Así se logrará que se renueven con más empeño las muestras y protestas de amistad, a fin de alejar toda sospecha de resentimiento, ínterin se reúnen los medios necesarios para vengar con las armas el agravio hecho a la república.

PRES. 2.º También sería yo de dictamen se propusiese al Dux y a su Consejo que, vista

la gravedad del caso presente, y que casi de milagro se ha salvado Venecia, se establezca un aniversario solemne para dar gracias al Altísimo en semejante día por tan señalada merced.

PRES. 3.º Me parece esa resolución tanto más acertada cuanto conviene grabar en el ánimo del pueblo la memoria de este ejemplar, y recordarle que hay una Providencia que vela por la conservación de los imperios.

JUECES. ¡Aprobado..., aprobado!

SECRET. Falta por dar la sentencia contra Rugiero... aprehendido como uno de los fautores de la conjuración la noche antes que estallase.

PRES. 2.º ¿Está todo pronto para celebrar el juicio...?

SECRET. Todo.

MOROSINI. Mas si al tribunal le pareciese suspender por ahora...

PRES. 2.º ¿A qué...? Los magistrados descansan administrando justicia. (*Todos dan muestras de conformarse.*)

MOROSINI. Abrese el juicio.

SECRET. (*Siéntase.*) Después de cotejar detenidamente las dos declaraciones de los ministros secretos del tribunal, que éste ha oído ya en su anterior audiencia, resultan del todo conformes, sin que discrepen en

la circunstancia más mínima.—Uno y otro la ha ratificado después con juramento, sometiéndose, en caso de ser falsas, a la pena de los calumniadores.—Así de su contexto como de los demás indicios, resultan contra Rugiero los tres cargos siguientes: (*Lee:*) “1.º Haberse reunido de secreto con los autores de la Conjuración en el palacio del embajador de Génova y en el de la familia Querini. 2.º Haber manifestado él mismo ser uno de los principales conspiradores, diciéndolo así a Laura Morosini, hija del senador del propio nombre, pocos momentos antes de ser aprehendido por los ministros del tribunal. 3.º Haber, efectivamente, seducido y ganado a los extranjeros que militan bajo sus banderas a fin de que volviesen contra la república las mismas armas que ésta les confiara para su defensa.”

El primer testigo, vehementemente indiciado de complicidad, es el soldado Julián Rossi, que ha acompañado a Rugiero en todas sus empresas, y que habitaba en su misma casa.

MOROSINI. Comparezca. (*Toca la campanilla, preséntase un subalterno del tribunal, recibe en secreto la orden del secretario y va por el testigo.*)

ESCENA II

Dichos. ROSSI.

- SECRET. ¿Cómo te llamas?
- ROSSI. Julián Rossi.
- SECRET. ¿Qué edad tienes?
- ROSSI. Cuarenta y tres años.
- SECRET. ¿De dónde eres natural?
- ROSSI. De Módena.
- SECRET. ¿Tu profesión?
- ROSSI. Las armas.
- SECRET. ¿Cuánto tiempo ha que entraste al servicio de Venecia?
- ROSSI. Cuatro años... poco más o menos.
- SECRET. ¿Con qué capitán?
- ROSSI. Con Rugiero.
- SECRET. ¿Le conocías mucho tiempo antes?
- ROSSI. ¡Sí le conocía...! y le quería como si fuese mi hijo.
- SECRET. ¿Qué relaciones tan íntimas han mediado entre ambos para ser tú el único que morase con él?
- ROSSI. Eso sería largo de contar... El me había salvado la vida en el combate de Ferrara... no es como otros *condottieros*, no; por salvar a cualquiera de los suyos derrama él su sangre... y yo, como hombre agradecido, le había pedido un favor no más... no apartarme de él en mi vida.

- ¿Hay en eso algo de malo...? El es tan bondadoso que me dijo que sí.
- SECRET. ¿Qué personas entraban en su casa?
- ROSSI. Muchas.
- SECRET. ¿Quiénes?
- ROSSI. Sus soldados para bendecirle, y los infelices que socorría.
- SECRET. ¿Mas no tenía trato ni comunicación con algunas personas sospechosas...? ¿Por qué no responde?
- ROSSI. Porque no entiendo esa pregunta.
- PRES. 2.º ¿Sabes la pena que te aguarda si faltas en un ápice a la verdad?
- ROSSI. Señor, yo no faltó a ella... pero ¿cómo he de decir lo que no sé?
- SECRET. ¿No recuerda haber dicho, hace poco tiempo, que estaba dispuesto a obedecer las órdenes de Rugiero en cierta empresa muy aventurada?
- ROSSI. ¿Yo? No me acuerdo de haber dicho tal cosa.
- SECRET. Una noche...
- ROSSI. No, por cierto.
- SECRET. Delante de una mujer...
- ROSSI. Menos.
- SECRET. Estando aún sentado a su mesa...
- ROSSI. No me acuerdo, a fe mía; pero si he dicho que haría cuanto mi capitán me man-

- dase, es la pura verdad; yo nunca niego lo que siento.
- SECRET. ¿Y si Rugiero hubiese tramado alguna conspiración contra la República? (*No responde Rossi: los jueces redoblan su atención.*) También estaba pronto a obedecerle... ¿no quiere decir eso su silencio?
- ROSSI. No, señor, no... cuando yo callo, no digo nada.
- SECRET. Pero, ¿y si Rugiero se lo hubiese mandado?
- ROSSI. Mi capitán nunca manda lo que no debe hacerse.
- SECRET. ¿Y si, por casualidad, lo hubiera hecho esta vez?
- ROSSI. Pero, señor, si eso no es posible...
- SECRET. El testigo se hubiera apresurado a delatarle al tribunal... ¿no es verdad? ¿A qué baja los ojos?
- ROSSI. Si dice el señor Juez unas cosas, que hacen sonrojarse a un hombre de bien.
- SECRET. Aquí son vanos esos subterfugios... responda terminantemente sí o no.
- ROSSI. (*Con resolución.*) Pues, señor, yo no delato a nadie... y a mi capitán menos. (*Toca Morosini la campanilla, sale el subalterno, recibe una orden al oído y se acerca a Rossi.*) Esto me da a entender que ya puedo irme... pero yo quisiera

pedir al tribunal un favor... yo no tengo mujer ni hijos... pueden hacer de mí lo que quieran... ; así como así, esta vida vale tan poco... ! Mas sentiríairme de este mundo sin ver la cara de mi capitán y sin darle un abrazo... Yo no le diré ni una sola palabra... aunque sea con una mordaza en la boca... nada más que verle y apretarle la mano... Hemos visto la muerte muchas veces juntos, y ya nos entendemos. (*El Presidente 2.º hace seña de que le retiren; y él dice yéndose:*) ; Pobre capitán mío... ya no te volveré a ver como no sea en el cielo! (*Vuelven a entrarle por la misma puerta por donde le trajeron.*)

ESCENA III

Dichos, menos Rossi.

SECRET. También resulta otra prueba contra Ruggiero de la confesión de Mafei... a pesar de su obstinado silencio, le nombró entre sus cómplices, a la séptima vuelta del tormento.

MOROSINI. ¿Se sabe si ha vuelto en sí...?

SECRET. Es probable...

MOROSINI. Pues venga a ratificar su declaración,

LA CONJURACIÓN DE VENECIA

para que pueda tener fuerza. (*Toca, viene el subalterno y va por Mafei.*)

ESCENA IV

Dichos. MAFEI. (*Le sacan del cuarto del tormento.*)

MOROSINI. ¡Juan Mafei...! de orden del tribunal, va a leerse en tu presencia la confesión que has hecho, nombrando a tus cómplices... Oyela con atención y ratificala con juramento, si la hallares conforme a la verdad: ¡así Dios te ayude!

SECRET. (*Lee:*) "Juan Mafei, natural de Verona, comprendido en la causa de conjuración contra la república, y vehementemente indiciado de haber sido uno de sus principales promovedores, fué puesto en el tormento, a las once de la mañana de este día; y al cabo de media hora, a la séptima vuelta, después de pedir, por Dios, que le dejasen respirar siquiera, ofreció declarar los cómplices de su delito... Accedió el juez a su demanda, amenazándole con aumentar el rigor de la prueba, si faltaba a la verdad que de él se exigía; y hallándose en el mismo potro, nombró como principales conspiradores a los patricios Marcos y Jacobo Querini, a Boemundo Thiépolo, a An-

- drés Dauro y al llamado Rugiero... Visto lo cual y a los pocos instantes perdió el conocimiento, se suspendió la prueba y se dió aquel acto por fenecido.”
- PRES. 2.º ¿Se ha enterado el reo del documento que acaba de leerse?
- MAFEL. Sí, señor.
- PRES. 2.º ¿Se halla en un todo conforme a la verdad?
- MAFEL. No sé.
- PRES. 2.º ¿Pero no ha nombrado él mismo, clara y distintamente a los ya mencionados, como sus principales cómplices?
- MAFEL. No lo recuerdo.
- PRES. 2.º Consta, sin embargo...
- MAFEL. Será así.
- PRES. 2.º ¿Conque está de acuerdo en que los ha nombrado?
- MAFEL. Mi boca puede ser... yo no.
- PRES. 2.º ¿Y no responde el hombre de lo que su boca pronuncia?
- MAFEL. De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.
- PRES. 2.º En el mero hecho de nombrarlos, tu conciencia te los sugería...
- MAFEL. No, sino mi dolor.
- PRES. 2.º ¿Y por qué nombraste a esos y no a otros?

- MAFEI. Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres. (*Silencio.*)
- MOROSINI. ¡Juan Mafei...! El tribunal juzga sin pasión y sin ira; ni las súplicas le ablandan ni los insultos le exasperan.—Piensa en tu situación; y que dentro de breves horas, tal vez tendrás que ir a dar estrecha cuenta de todas tus acciones y palabras...
- MAFEI. Ya lo sé.
- MOROSINI. Sondea bien tu pecho y responde la verdad como si ya estuvieses en presencia de Dios.
- MAFEI. A El le responderé... a vosotros, no.
- MOROSINI. ¿Por qué?
- MAFEI. Porque no temo vuestro castigo y confío en su misericordia.
- PRES. 3.º Por tercera y última vez te se requiere que declares tus cómplices.
- MAFEI. Sólo he tenido uno.
- PRES. 3.º ¿Quién?
- MAFEI. Mi conciencia.
- PRES. 3.º ¿Tu conciencia pudo incitarte a conspirar contra el Estado?
- MAFEI. Mi conciencia me dicta que los enemigos de Dios son los míos.
- PRES. 3.º ¿Y quién te ha designado a los enemigos de Dios?
- MAFEI. Quien le representa en la tierra.

- PRES. 3.º ¿Ignoras a lo que te expones si prosigues en tu obstinación?
- MAFEI. Sólo deseo morir.
- PRES. 2.º Ni aun eso te se concede por ahora.
(Toca la campanilla; y así que sale el subalterno, le indica con la mano que vuelva a conducirlo al cuarto del tormento.)
- MAFEI. *(Gritando despavorido.)* ¡Otra vez...! *(El subalterno le manda que le siga.)* ¡Dadme sufrimiento, Dios mío... y si expiro del dolor, recíbeme en tus brazos!

ESCENA V

Dichos, menos MAFEI.

- SECRET. Ya no falta sino la declaración de Laura Morosini, a quien el mismo reo reveló su delito.
- PRES. 2.º ¿Se le ha mandado comparecer?
- SECRET. Han opuesto mil obstáculos para no obedecer la orden; pero ya está aguardando en la sala secreta.
- PRES. 2.º *(Al subalterno que, ya de vuelta, va a cruzar el teatro.)* Id por ella al punto.

ESCENA VI

Dichos. LAURA.

(Laura viene acompañada de Matilde, ambas cubiertas con el velo veneciano;

al presentarse ante el tribunal Matilde descubre a su ama y el subalterno le indica que no puede estar presente y que se retire con él, como lo ejecuta.—Laura aparece demudada y atónita, como si su razón se hubiese perturbado.—Durante el interrogatorio, Morosini tiene inclinada la cabeza, apoyada sobre ambas manos.)

- PRES. 2.º ¿Cómo os llamáis?
- LAURA. Laura... esposa de Rugiero.
- PRES. 2.º No es eso lo que se os pregunta, sino meramente vuestro nombre.
- LAURA. ¡Mi nombre...! Yo creí que lo sabíais; todos lo saben en Venecia y me compadecen... ¡me ven tan desgraciada!
- PRES. 3.º No os aflijáis, señora... el tribunal sólo trata de cumplir con su deber, mas no de molestaros.
- LAURA. A mí nadie me quiere mal... ¡pobre de mí...! yo a nadie le he hecho daño... ¡Sólo aquellos malvados han podido tratarme así...! ni aun siquiera me socorrieron al verme expirar, y se llevaron al infeliz que les pedía por Dios que le dejasen... Pero mi padre va a encontrarle, y a traerle otra vez a mis brazos; hoy mismo, hoy mismo va a saber todo el mundo que soy esposa de Rugiero.
- PRES. 2.º Procurad serenar vuestra imaginación,

para que podáis responder acorde a las preguntas que es forzoso haceros.

LAURA. Yo responderé a todo... ya no lo niego... ¿a qué...? Mi padre nos ha perdonado y va a unírnos para toda la vida... ¿Quién tiene en la tierra el derecho de separarnos?

PRES. 2.º ¿Cuál es la última vez que habéis visto a Rugiero?

LAURA. ¡La última...! ¿por qué...? si él ha de volver y sabe ya que estoy muriéndome... No me dejará así, no... ¿Cómo había de tener corazón para eso?

PRES. 3.º Moderad vuestra aflicción, señora, y procurad tener más ánimo.

LAURA. Si yo supiera de cierto que volvía..., pero, ¿y si me engañan? Tal vez me lo dicen sólo por consolarme... ¿no es verdad...? Yo le he llamado toda la noche a gritos, y no me respondía... ¡Aunque estuviese en el fin del mundo, hubiera oído a su Laura!

PRES. 2.º ¿Y de qué os habló Rugiero esa vez... cuando le hablasteis en el panteón?

LAURA. ¿De qué me había de hablar...? de nuestros amores. ¡Nos veíamos tan pocas veces, y esas con tanto afán...! Ni aun tuve tiempo de darle mi retrato, con que iba a sorprenderle al despedirnos... Pero

aquí le traigo, aquí, sin que lo sepa nadie y voy a dárselo en cuanto le vea... ¡El me jurará llevarle siempre en el pecho, aunque viva mil años, y después de su muerte, se lo hallarán sobre el corazón. (*Quédase de pronto muy abatida.*)

MOROSINI. El juicio de esa infeliz parece perturbado y juzgo inútil atormentarla más.

PRES. 2.º Pero tal vez se pudiera...

PRES. 3.º Es en vano; su testimonio no puede ser válido, y las pruebas abundan.
(*Morosini toca la campanilla y aparece el subalterno, seguido de Matilde; Laura corre hacia ella.*)

ESCENA VII

Dichos. MATILDE.

LAURA. ¿Ha parecido ya...?

MATILDE. Ven, hija mía...

LAURA. No me engañes. por Dios, no me engañes... ¡Mira que me muero si luego no es verdad!

PRES. 2.º (*Al subalterno.*) Retíradlas a ese aposento interin se concluye el juicio. (*Señala hacia una de las puertas.*)

LAURA. ¿Está ahí...? ¡Bien me lo decía mi corazón, que no estaba lejos... Vamos, Matil-

de, vamos... ¿Por qué lloras? ¡Yo voy a abrazarle primero!

(Vase precipitadamente, seguida de Matilde; el subalterno las acompaña y vuelve a presentarse.)

ESCENA VIII.

Los dichos, menos LAURA y MATILDE.

PRES. 2.º Me parece que ya es tiempo de tomar la confesión al reo...

MOROSINI. Traedle.

(Entra el subalterno por la compuerta que está en el suelo.)

SECRET. Desde esta mañana se le ha trasladado a los pozos, por negarse a declarar y a tomar alimento.

PRES. 2.º También faculté al alcaide para que pudiese valerse de apremios...

PRES. 3.º Pero supongo que no se habrá echado en olvido el estado de postración en que se halla...

PRES. 2.º El alcaide sabe su obligación.

MOROSINI. ¡Secretario...! tomad, para que preste el juramento con arreglo a las leyes.

(El secretario toma el libro que le entrega Morosini.)

ESCENA IX

Dichos. RUGIERO.

(Sale primero el subalterno y después el alcaide ayudando a subir a Rugiero: éste se muestra desfigurado y abatido, con el mismo traje de baile con que fue preso, y una cadena al cuerpo.)

SECRET. *(Al subalterno y al alcaide.)* Acercadle. *(El secretario presenta el libro abierto a Rugiero, y éste pone la mano sobre él.)*
¿Juráis a Dios y a sus Santos Evangelios decir verdad en cuanto fuereis preguntado, aunque os vaya en ello la vida?

RUGIERO. Sí juro.

SECRET. ¿Si así lo hicieris, Dios os lo tenga en cuenta; y si fuereis perjuro, ni evitaréis el castigo de los hombres, ni otro mayor en la eternidad!

(Dejan a Rugiero en el banquillo de los reos, frente por frente del secretario, y se retiran el subalterno y el alcaide.)

MOROSINI. ¿Tu nombre?

RUGIERO. Rugiero.

MOROSINI. ¿Tu edad?

RUGIERO. Veintiséis años.

MOROSINI. ¿Tu patria?

RUGIERO. *(Con tono abatido.)* Ni yo mismo lo sé.

MOROSINI. Pero ¿dónde has nacido?

RUGIERO. Lo ignoro.

MOROSINI. ¿Y cómo puedes ignorarlo? (*Rugiero inclina la cabeza y no contesta.*) ¿De dónde eran tus padres?

RUGIERO. ¡Mis padres...! (*Lleva las dos manos al rostro.*)

MOROSINI. ¿Por qué lloras?... ¿Te viven aún?

RUGIERO. Yo no los he conocido en mi vida...

MOROSINI. Pero ¿de qué familia eres...? (*Calla Rugiero.*) No tengas rubor en decirlo.

RUGIERO. Yo no he tenido, desde que nací, más amparo que el de la Providencia.

MOROSINI. Según eso, te abandonaron tus padres...

RUGIERO. No fueron tan crueles... ¡es la única desdicha de que me ha preservado Dios...! Murieron los infelices en un barco, el mismo día en que yo caí cautivo.

MOROSINI. ¿Qué dices...? ¿Has sido tú cautivo?

RUGIERO. ¡Lo fuí, en mi niñez... para que no tuviera en esta vida ni un sólo día feliz!

PRES. 2.º ¿Y qué nos importan sus desgracias...? Se trata sólo de su delito.

MOROSINI. Sigue, Rugiero, sigue... ¿Cómo te apresaron? ¿en qué paraje? ¿dónde te condujeron?

RUGIERO. Yo no recuerdo nada... ¡tenía tan poca edad...! sólo sé que me hallaba en Ale-

jandría, cuando me rescató de limosna un religioso de la Redención.

MOROSINI. Pero ¿no adquiriste noticia alguna acerca de tu familia y de tu patria?

RUGIERO. El santo religioso hizo cuanto pudo para averiguar quien yo fuese... pero no supo nada.

MOROSINI. Nada absolutamente...

RUGIERO. Solo, sí, que me cautivaron en un buque griego, al tocar ya las costas de Candía...

MOROSINI. ¡De Candía...!

RUGIERO. Casi todos los cristianos perecieron en el combate, y a mí me llevaron desangrándome en el mismo seno de mi madre... ¡Por qué no tuve la dicha de morir con ella!

PRES. 3.º ¿Qué hacéis?

MOROSINI. (*Saliendo de su asiento.*) ¡Dejadme, dejadme...! Rugiero... ¿es verdad cuanto has dicho?

RUGIERO. ¿Y qué interés tendría en engañaros...?

MOROSINI. (*En medio del teatro.*) Mirame, Rugiero, mirame... ¿no te dice nada tu corazón?

RUGIERO. (*Levantándose.*) Que vais a firmar mi sentencia.

MOROSINI. ¡No, hijo, no... ¡ten piedad de tu padre!
(*Va a abrazar a Rugiero, quien se aparta sorprendido, y Morosini cae desplomado.*
—*El secretario acude a socorrerle; algu-*

nos jueces se levantan de sus asientos; el presidente 2.º toca la campanilla y salen el subalterno y el alcaide.)

PRES. 2.º Llévadle al palacio por el puente secreto y que se le suministren los auxilios que reclama su situación.—Continúa el juicio. *(El subalterno y el alcaide se llevan a Morosini.)*

ESCENA X

Dichos, menos MOROSINI.

RUGIERO. *(Que habrá permanecido inmóvil y como abismado en sí.)* ¿Será posible, Dios mío, será posible...? No, no; tú no eres como los hombres, y no habías de concederme a esta hora lo que te pedí en vano tantas veces...

PRES. 2.º ¿Dónde estuviste hace cuatro noches, Rugiero?

RUGIERO. ¡Si fuera ese mi padre... si la misma sangre de Laura es la que corre por mis venas... si lo sabe la infeliz cuando sepa mi muerte...!

PRES. 2.º ¿Por qué no contesta...? ¿Cree acaso con su silencio desvanecer los cargos?

RUGIERO. ¡Y tal vez él mismo ha contribuído a mi ruina... y ha reconocido a su hijo para verle expirar en un cadalso...!

- PRES. 3.º ¡Rugiero!... por tu propio interés, vuelve en ti, y no abandones tu defensa... ¡Mira que los momentos son preciosos, y que no volverán si los pierdes!
- PRES. 2.º ¿Dónde estuviste hace cuatro noches? ¿Con quién hablaste? ¿De qué se trató...? Responde.
- RUGIERO. Todo cuanto hayan dicho, todo es cierto. Dejadme.
- PRES. 2.º ¿Es cierto que has conspirado contra la república?
- RUGIERO. Si lo sabéis, ¿a qué lo preguntáis...?
- PRES. 3.º Pesa, Rugiero, pesa bien tus palabras...
- RUGIERO. Yo no sé mentir, ni faltar a mis juramentos.
- PRES. 2.º ¿Lo habéis oído...? Basta.
(Toca la campanilla; salen el subalterno y el alcaide, y se llevan a Rugiero por una de las puertas laterales.)

ESCENA XI

Dichos, menos RUGIERO.

- PRES. 2.º (En pie, y leyendo la fórmula en el libro; todos los jueces se levantan.)
“Ministros de este tribunal, a quienes ha confiado la república la balanza y la espada, ¿juráis pronunciar el fallo según lo que vuestra conciencia os dictare,

sin miramiento humano, atendiendo sólo a la vindicta pública y al desagravio de las leyes?"

JUECES. Sí juramos.

PRES. 2.º "Poned la mano derecha sobre el corazón... el corazón libre de temor y esperanza, y la mano limpia de sangre inocente."

JUECES. Así lo hacemos.

PRES. 2.º "¡Y si así no lo hicieréis, Dios os lo demande estrechamente en el día que no tendrá fin!"

(El secretario toma la urna y la va pasando delante de los jueces, que echan en ella una bola negra.)

(El presidente 2.º reconoce luego los votos y pronuncia en pie la sentencia.)

Muerte.

(Escribe unas palabras en un papel, graba en él el sello del tribunal y le entrega en seguida al secretario; éste le lleva al cuarto del suplicio y sale después de unos instantes.)

(En el interin, el presidente 2.º toca la campanilla y el subalterno y el alcaide sacan otra vez a Rugiero.)

ESCENA XII

Dichos. RUGIERO.

PRES. 2.º Rugiero... el tribunal te ha juzgado reo de conspiración contra la república. y acaba de condenarte a la pena de los traidores... (*Rugiero se estremece; el presidente vuelve del otro lado el reloj de arena.*) Prepárate a comparecer, dentro de breves instantes, ante el tribunal de Dios... Los hombres te han condenado en su justicia; ¡El te mire con misericordia!

(*Silencio.*)

¿Tienes algo que declarar?

RUGIERO. Nada... Sólo quisiera pedir una gracia, que haría menos amargos mis últimos momentos...

PRES. 2.º ¿Qué es lo que quieres?

RUGIERO. ¡Hablar a solas con el presidente Morosini... y no llevar al sepulcro esta duda cruel!

PRES. 2.º No puede ser, Rugiero... Después de condenado, sólo es lícito al reo hablar con el ministro de la Religión, que le consuela en ese trance.

RUGIERO. ¡Un instante siquiera... saber si me dió el ser... y tener la satisfacción, una vez en mi vida, de abrazar a mi padre!...

PRES. 2.º Imposible, imposible.

- RUGIERO. ¡Por Dios... concededme esa gracia, y... os perdono...! ¿qué más queréis de mí?
- PRES. 3.º No está en manos del tribunal acceder a tu súplica... cree que si estuviese, no te se negaría.
- RUGIERO. Yo no quiero retardar mi muerte... Sólo verle, echarme a sus pies y pedir que no abandone a una desdichada... ¿No tenéis ni padres ni esposas...?
- PRES. 2.º En este lugar no somos sino ministros de las leyes.
- RUGIERO. ¿Y qué ley hay en el mundo que prohíba a un hijo abrazar a su padre...? Yo no os pido más... nada más... recibir la bendición de mi padre, y entregar mi alma a Dios!
- PRES. 2.º No pierdas el tiempo en vano... cada grano de arena que ves caer, es un instante de tu vida.
- RUGIERO. Ya lo sé... ¿Creéis que es el temor de la muerte el que me hace derramar estas lágrimas...?
- PRES. 2.º Ejecutad sin tardanza las órdenes del tribunal. *(El secretario indica a Rugiero que le siga; el subalterno y el alcaide se colocan a sus dos lados.)*
- RUGIERO. ¡De cierto es mi padre... es mi padre... cuando no logro, ni al morir, el consuelo de verle! *(Al ir ya cerca del cuarto del*

suplicio se detiene y levanta la voz.)
¡Adiós, padre mío...! ¡Adiós!!! ¿Cómo
no oyes la voz de tu hijo...?

ESCENA XIII

Dichos. LAURA, MATILDE.

(Laura, al escuchar ese acento, abre de pronto la puerta del cuarto inmediato y se arroja en brazos de Rugiero; los jueces se levantan, sorprendidos; Matilde sale detrás de su ama.)

LAURA. ¡Ya estás aquí...!

RUGIERO. ¡Laura...!

PRES. 2.º *(Saliendo fuera del estrado.)* Separadlos al punto.

LAURA. ¡Toma, Rugiero, toma; guárdalo mientras vivas! *(Le mete en el pecho su retrato.)*

RUGIERO. ¡Dios mío de mi alma...! ¿qué os ha hecho este infeliz...?

PRES. 2.º ¿A qué aguardáis...? ¡Obedeced o temblad! *(El subalterno y el alcaide se llevan por fuerza a Rugiero; el secretario y Matilde separan a Laura y la alejan a alguna distancia.)*

LAURA. ¡No, no...! ¿Por qué me arrancáis a mi esposo...?

- RUGIERO. ¡Adiós, Laura mía...! ¡No olvides a tu
Rugiero y pide a Dios por él!
- LAURA. ¿Dónde te llevan...? Mira que mi padre
nos está esperando...
- RUGIERO. ¡Tu padre...! ¡Dile al mío que ya no
tiene hijo!
- LAURA. (*Desasiéndose de los otros y corriendo
tras él.*) ¡Oye, Rugiero...!
- RUGIERO. (*Con voz desmayada.*) ¡Adiós...! (*Al en-
trarle en el cuarto del suplicio, descó-
rrese la cortina; descubre Laura el pa-
tíbulo, cae hacia atrás exánime y Matilde
la recibe en sus brazos.*)
- LAURA. ¡Jesús mil veces!!!



MARIANO JOSÉ DE LARRA

MACÍAS

[Elvira, amada y amante del trovador Macías, engañada por maquinaciones y embustes en que su propio padre, Nuño Hernández, tiene parte muy principal, entrega su mano de esposa a Fernán Pérez, noble hidalgo de la casa de D. Enrique de Villena, magnate de sangre real. Macías, ausente a todo esto, se presenta impensadamente, dispuesto a pedir cuentas de su desgracia a todos los causantes de ella y en particular a Fernán Pérez, a quien desafía a combate a muerte. Don Enrique de Villena no puede, aunque bien quisiera, negarle el campo; pero por lo pronto, y por efecto de ciertas inconveniencias a que, en su ciega pasión, Macías mismo se propasa, le hace encerrar en un calabozo. Tiene Elvira noticias de que su esposo, para eludir el peligro del combate a que está retado, trama la muerte a traición de su enemigo, en la misma prisión en que está encerrado, e impulsada entonces al mismo tiempo por un sentimiento de nobleza y por su propio amor a Macías, se dispone a salvar a éste, facilitando personalmente su fuga.]

ACTO CUARTO

Prisión de Macías. Puerta a la izquierda y derecha; la primera grande, la segunda secreta. Una lámpara encendida.

ESCENA II

MACÍAS.

Después de un momento de pausa, sumergido en el mayor dolor y enajenación.

¿Ibate, pues, tanto en la muerte mía,
fementida hermosa, más que hermosa ingrata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?
¿Qué se hizo tu amor? ¿Fué todo falsía?
¡Cielo! ¿Y tú consientes una falsedad,
que semeja tanto la propia verdad?
¡Oh, lloren mis ojos! ¡Lloren noche y día!
¡Ah, la aleve copa, que el amor colmó,
heces también cría para nuestro daño;
y las heces tuyas son el desengaño...!
¡Ay del que la apura cual la apuro yo!
¡Ay de quien al mundo para amar nació!
¡Ay de aquel que muere por mujer ingrata!
¡Ay de aquel que amor tirano maltrata,
y que, aun desdeñado, jamás olvidó...!
¿Por qué al nacer, cielo, en pecho amador,
tirano, me diste corazón de fuego?
¿Por qué das la sed, si emponzoñas luego

el más envidiado supremo licor?
Duélate, señora, mi acerbo dolor;
ven, torna a mis brazos; ven, hermosa Elvira,
aunque haya de ser, como antes, mentira,
vuélveme, tirana, vuélveme tu amor.
(*Queda un momento abismado en su dolor.*)

ESCENA III

MACÍAS, ELVIRA.

(*Se siente abrir una puerta secreta a la derecha y aparece Elvira, cubierta con un manto negro y debajo de blanco, sencillamente; de una cinta negra trae colgada una cruz de oro al cuello.*)

MACÍAS.

¿Mas qué rumor...? ¿Una llave...?
¿Una puerta...? ¡Vive Dios!
¿Quién?

ELVIRA.

(*Al paño.*) Corre, Beatriz. Adiós.
Nada el de Villena sabe.
Antes que el crimen se acabe
que venga, por si no puedo
salvarle sola. Aquí quedo.
¡El es! ¿Macías? (*Llega descubriéndose.*)

MACÍAS.

¿Qué miro?

(Conociéndola arrebatado.)

¿Es ella? ¿Sueño? ¿Deliro?

¡Elvira!

ELVIRA.

Tente: habla quedo.

MACÍAS.

¡Necio de mí! ¡Qué injusta y locamente
mi fortuna acusé! Cuando alevosa
te llamo y te maldigo, ¿tú a mis brazos
secretamente entre peligros tornas?

¡Perdón, ídolo mío! Mis ofensas,
ofensas son de amor; a la ardorosa
pasión que me consume acusa solo:
suyo es mi yerro, y mis ofensas todas.
¿Yo soy tan venturoso todavía?

ELVIRA.

¡Imprudente! Silencio. No esa loca
alegría te ciegue, que aún la suerte
aciaga se nos muestra.

MACÍAS.

¡Más dichosa
nunca fué para mí!

ELVIRA.

Tiembla, insensato.
Las horas, infeliz, nos son preciosas.
Oye mi voz...

MACÍAS.

Sí, Elvira, llega y habla.
 Habla, y que oiga tu voz. ¡Cuán deliciosa
 suena en mi oído! Un bálsamo divino
 es para el corazón. ¡Ah! De tus ropas
 al roce sólo, al ruido de tus pasos,
 estremecido tiemblo, cual la hoja
 en el árbol, del viento sacudida.
 La esperanza de verte, tu memoria,
 todo el encanto son de mi existencia.
 Mas si te llego a ver, mi alma se arroba,
 y me siento morir cuando en tus ojos
 clavo los míos; si por suerte toca
 a la tuya mi mano, por mis venas
 siento un fuego correr que me devora,
 vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
 y abrasado y pendiente de tu boca,
 anhelo oírte hablar; habla, bien mío;
 dime que te conduce aquí a deshora
 un amor semejante; y di que me amas
 y esto hará mi desdicha venturosa!

ELVIRA.

De ese fatal delirio que te ofusca
 la terrible verdad el velo rompa.
 La muerte está a tu lado, y el momento
 propicio accecha ya.

MACÍAS.

¡Venga en buen hora!
 y hálleme junto a ti.

ELVIRA.

¿Qué escucho? Atiende.
Entrambos nos perdemos, ¿y aún tú nombras
el riesgo sin temblar? Los asesinos
acaso aquí la planta sigilosa
encaminando ya, su hierro aguzan,
y bien pronto en tu sangre generosa
apagar se prometen el incendio
de ese funesto amor. ¿Y tú lo ignoras...?

MACÍAS.

¿Qué profieres de amor y de asesinos
juntamente?

ELVIRA.

Con mi oro, con mis joyas,
esa puerta me abrí. Fernán la infame
conjuración dispuso.

MACÍAS.

¡Oh, más hermosa
te hace tanto valor!

ELVIRA.

Dudo cuál puerta
elegirá el cobarde. Sin demora
sálvate, que a esto vengo. ¿Presumiste
que corriese en tu busca presurosa
sin tan terrible causa?

MACÍAS.

(Desesperado.) ¡Santo ciclo!

No la traje el amor, la traje sólo
la compasión.

ELVIRA.

¿Tú, ingrato, mis tormentos
con esa injusta desconfianza doblas?
¿Vida y honor, por compasión tan sólo
arriesga una mujer? Deja, abandona
tan injuriosas dudas. Urge el tiempo.
Parte de aquí.

MACÍAS.

¿Partir?

ELVIRA.

No es afrentosa
la fuga ante el puñal del asesino.
No mancharás huyendo tantas glorias
que tienes adquiridas. Obedece:
parte.

MACÍAS.

¿Sin ti, bien mío?

ELVIRA.

¿Qué te importa?
Nadie soy para ti: ni ya uno de otro
podemos ser jamás.

MACÍAS.

¡Jamás! ¿Y lloras?
¿Cubres el rostro en las dolientes palmas?
¿Y quieres separarnos? ¡Ay! ¿No notas
que ese llanto, en que gozo tantas dichas,
es para el corazón letal ponzoña?

ELVIRA.

Sí, lloro, y por ti lloro; y si es preciso para que huyas, decirte que te adora esta infeliz mujer; que no hay reposo para ella, si su intento se malogra; que morirá, si mueres, ya mi labio se atreve a confesión tan vergonzosa. Sí, yo te amo; te adoro, ni me empacha el rubor de decirlo. ¡A cuánta costa del bárbaro imploré que me dejase un consuelo siquiera en ser virtuosa! Y él lo negó, y él mismo al precipicio, donde contigo acabaré, me arroja. Sí, yo también sé amar. Mujer ninguna amó cual te amo yo. Vuelve, recobra un corazón que es tuyo, y que más tiempo el secreto no guardá que le agobia.

MACÍAS.

Más bajo, por piedad, que envidia tengo hasta del aire que te escucha.

ELVIRA.

Ahora.

¿Qué tardas ya? Consérvame tu vida.
Huye.

MACÍAS.

Ven.

ELVIRA.

¡Imposible!

MACÍAS.

¿Siempre sorda
a mi ruego serás?

ELVIRA.

Acaso un día...

MACÍAS.

¡Un día!

ELVIRA.

¿Qué pronuncio...? Anda, y la aurora
lejos de Andújar al lucir te encuentre;
mi remedio a los cielos abandona.

Yo encontraré un asilo impenetrable,
en donde a salvo del traidor me ponga.
Comprometer tu fuga yo podría
retardándola acaso. En tal congoja
sólo esta daga tengo, que escondida

(Saca una daga.)

entre los pliegues traje de mis ropas.
Sírvote ella, aunque débil, de defensa.
A las puertas de Andújar, cautelosa,
te seguiré a tu lado, hasta que libre
te mire allí desaparecer yo propia.
Sólo una cosa exijo: has de jurarla.
Si a pesar de la noche protectora,
que con sus densas sombras nos ampara,
antes de que salvemos la espaciosa
muralla y honda cava, sorprendidos
por Hernán Pérez somos, oye: ahoga

ELVIRA.

Sí, lloro, y por ti lloro; y si es preciso para que huyas, decirte que te adora esta infeliz mujer; que no hay reposo para ella, si su intento se malogra; que morirá, si mueres, ya mi labio se atreve a confesión tan vergonzosa. Sí, yo te amo; te adoro, ni me empacha el rubor de decirlo. ¡A cuánta costa del bárbaro imploré que me dejase un consuelo siquiera en ser virtuosa! Y él lo negó, y él mismo al precipicio, donde contigo acabaré, me arroja. Sí, yo también sé amar. Mujer ninguna amó cual te amo yo. Vuelve, recobra un corazón que es tuyo, y que más tiempo el secreto no guardá que le agobia.

MACÍAS.

Más bajo, por piedad, que envidia tengo hasta del aire que te escucha.

ELVIRA.

Ahora.

¿Qué tardas ya? Consérvame tu vida.
Huye.

MACÍAS.

Ven.

ELVIRA.

¡Imposible!

ELVIRA.

Peligrosa

fuera ya la tardanza. Ven; partamos.

¿Mas qué rumor...? ¿Los cielos me abandonan!

(*Escuchan.*)

¡Ellos son! A esta puerta se aproximan.

MACÍAS.

¿Son ellos? No entrarán. (*Corre el cerrojo.*)

ELVIRA.

¡Ah! Por esotra

corramos.

UNO DENTRO.

¿Han cerrado? (*Golpeando.*)

FERNÁN (*idem*)

¡Me han vendido!

ELVIRA.

¡El es! Corre.

MACÍAS.

Ya es tarde; ya se agolpan
esta entrada a tomar.

ELVIRA.

¡Suenan sus armas
al pie de la escalera silenciosa!

MACÍAS.

¡Aún no suben!

ELVIRA.

¿Mas no oyes? ¡Infelices!
¿Qué será de nosotros? ¡Ya ni sombra
de esperanza nos queda!

MACÍAS.

¡Suerte impia!
Jamás has desmentido tu espantosa
tenacidad conmigo.

ELVIRA.

Oye, siquiera
(Corre a echar la llave a la puerta secreta.)
ganemos algún tiempo; acaso pronta
ya Beatriz llegará

MACÍAS.

¿Tiemblas?

ELVIRA.

¿Y cómo
no temblar, si tu vida...?

MACÍAS.

¿Y qué me importa?
¿No me amas?

ELVIRA.

¿Y lo dudas?

MACÍAS.

Pues muramos;
repítemelo siempre, y haz que lo oiga
muriendo.

ELVIRA.

¿Y aquí me hallan?

MACÍAS.

¿Qué, a ese mundo,
que murmura de aquellos que no logra
ni comprender siquiera, qué debemos?
¿No es él quien nos perdió con engañosas
preocupaciones? Llega. Las lazadas
que al mundo nos unían ya están rotas.
Ya vamos a morir; un moribundo
soy sólo para ti: ven, llega y orna
de flores mi agonía; di que me amas...

ELVIRA.

Calla; la muerte ya tiende sus sombras
sobre nosotros... ¿No oyes...? ¿Y a este punto
ha de venir la muerte rigurosa?
¡Con tanto amor morir!

MACÍAS.

¡Ah! Tú cobarde
me volverás aún: morir no ha un hora
desdeñado anhelaba, y tiemblo amado!

(Desasiéndose.)

Deja: corro a su encuentro; más gloriosa
sea mi muerte.

ELVIRA.

(Siguiéndole.) ¿Dó corres contra tantos?

MACÍAS.

A merecerte.

ELVIRA.

¡Ay, triste! ¿Qué haces? Torna:
cumple antes lo jurado... ¡No me escucha!

(Sale Macías.)

MACÍAS.

¡Fernán Pérez! ¿dó estás?

ELVIRA.

Ya el mal se colma!

(Corre a una ventana del foro, que abre y se asoma.)

¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Socorro!

(Escucha; se oye ruido de espadas a la derecha.)

¡Don Enrique!

(Se aparta de la ventana y vuelve a la derecha.)

¡Nadie oye! ¡Nadie viene! ¡Ah! La horrorosa

(Cae en un asiento.)

lid se percibe ya.

MACÍAS.

(De dentro.) ¡Traidores!

FERNÁN.

(Idem.) ¡Muere!

MACÍAS.

¡Me habéis muerto! (Idem.)

ELVIRA.

(Arrojándose del asiento.)

¡Macías! Ya le inmolan
los pérfidos! ¡Tened!

(Va a salir al encuentro de Macías, pero éste al mismo tiempo vuelve a entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha. Le persiguen de cerca Fernán, Alvar y tres hombres: al mismo tiempo uno de ellos corre a abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira al ver llegar a Macías le sostiene, y él cae sobre el asiento.)

MACÍAS.

(Al entrar.) ¡Ah, ni aun vengado muero!

ELVIRA.

¡Mi bien!

MACÍAS.

¡Elvira!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ALVAR, seis Armados.

FERNÁN.

(Se detiene asombrado.) ¡Aquí mi esposa!

ELVIRA.

¡Socorredle si es tiempo!

MACÍAS.

Ya es en vano;
mortal la herida siento.

FERNÁN.

¡Esto soporta

mi furor! Separadlos.

(Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone a ellos.)

ELVIRA.

¡Asesinos!

no lleguéis. Monstruo, a contemplar tu obra ven tú. Sí, el triunfo es tuyo; pero inútil, si no acabas también con quien le adora.

No; nunca seré tuya; te aborrezco.

¡Maldición sobre ti!

FERNÁN.

¿Qué oigo, traidora?

Infidel, tiembla...

ELVIRA.

(Con ironía amarga.) El punto ya es llegado.

(A Macías.)

¡Salva, mi único bien, salva a tu esposa!

Lo juraste.

(Arrebatándole la daga, que él alarga débilmente.)

FERNÁN.

¿Qué intenta?

ELVIRA.

Ya no tiemblo.

(Enseñando la daga a Fernán Pérez.)

La tumba será el ara donde pronta

la muerte nos despose.

(Se hiere y cae al lado de Macías.)

FERNÁN.

¡Alvar!

(Al conocer su intención hace seña a Alvar, que está más cerca de Elvira, que la detenga.)

ELVIRA.

(Cayendo.) Dichosa
muero contigo.

FERNÁN.

¡Ya no es tiempo!

MACÍAS.

Es mía
para siempre..., sí..., arráncamela ahora,
tirano. *(Haciendo un último esfuerzo.)*

FERNÁN.

¡Qué furor!

MACÍAS.

Muero... contento *(Expira.)*.

ELVIRA.

Llegad... ahora..., llegad, y que estas bodas
alumbren... vuestras... teas... funerales.
(Expira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

FERNÁN.

¡Qué rumor!

BEATRIZ.

(Dentro.) ¡Ah! ¡Corred!

FERNÁN.

(Agitado.) ¿Quién? ¡Qué zozobra!

BEATRIZ.

Acaso es tiempo aún. (*Dentro.*)

ESCENA V Y ÚLTIMA

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ALVAR, *sus seis*
ARMADOS, BEATRIZ, DON ENRIQUE, NUÑO HER-
NÁNDEZ, RUIPERO, FORTÚN, PAJES, *dos hombres*
con teas.

(*Entran por la izquierda con las espadas desnudas;*
al otro lado se reúnen los demás.)

BEATRIZ.

¡Ah, no! ¡Ya es tarde!

(*Ve al entrar a Elvira, corre a ella y la coge una*
mano.)

NUÑO.

¡Mi hija! (*Haciendo lo mismo.*)

BEATRIZ.

¡Elvira!

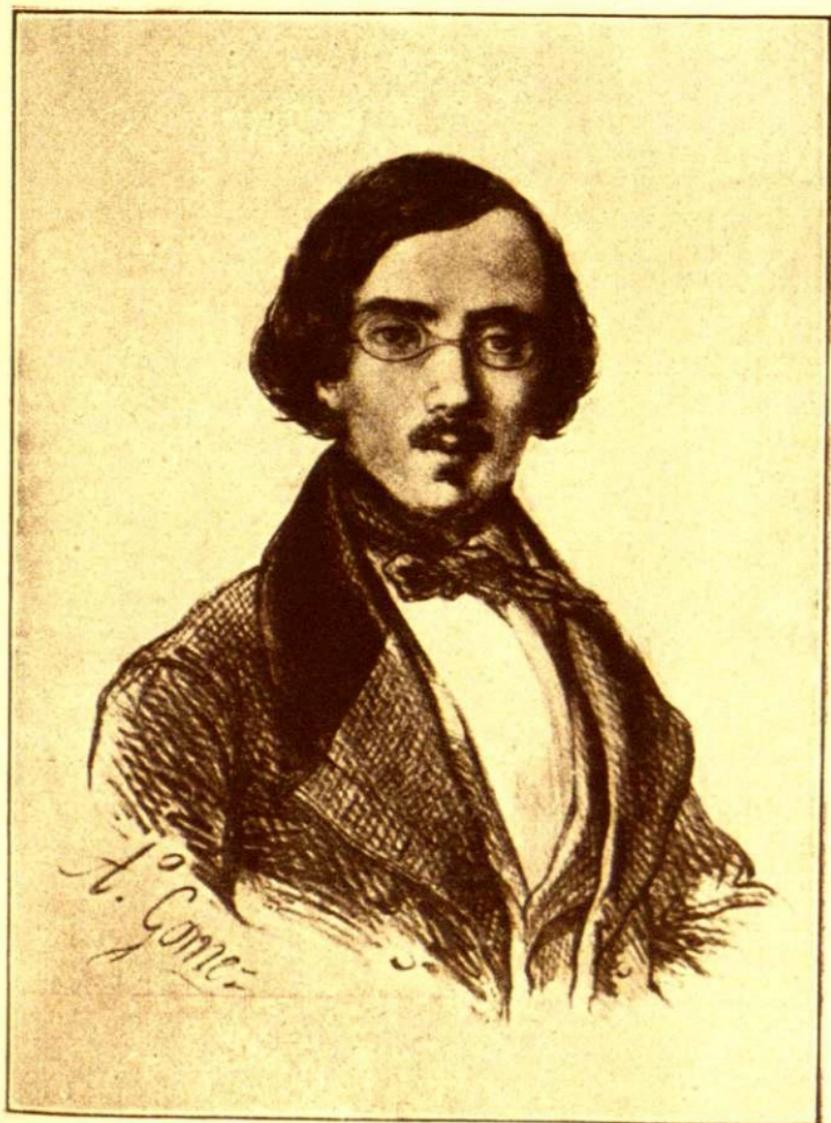
DON ENRIQUE.

(*Asombrado.*) Hernán Pérez, ¡vuestra esposa!
¡Macías! ¿qué habéis hecho?

FERNÁN.

Me vendían.

Ya se lavó en su sangre mi deshonra.
(*Cae el telón sobre este cuadro final.*)



GARCÍA GUTIÉRREZ. 1836.



ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

Don Antonio García Gutiérrez vino al mundo en Chiclana (Cádiz), en 5 de julio de 1813, en la familia de un modesto artesano. Con propósito de seguir una carrera, en cuyas asignaturas —de Medicina— llegó a matricularse a su tiempo, hizo estudios de Latín, de Filosofía, de Química y de Botánica. Su vocación, sin embargo, se manifestó por las Letras desde muy pronto. A espaldas de su padre componía versos líricos y comedias. Buscando campo a sus ambiciones, hizo su aparición en la Corte en el verano de 1833, prófugo de la casa paterna; y aunque luchó al principio con dificultades y grandes estrecheces, su aplicación al trabajo, la fe que no le faltó en sus propios alientos y su amor al arte dramático le obtuvieron un triunfo brillante en la noche del 1.º de marzo de 1836, en el Coliseo del Príncipe, con la primera representación de su drama *El Trovador*.

De la memoria de la generación que hubo de presenciarse no se borró jamás el acontecimiento teatral de este estreno, en que los pormenores inesperados y pintorescos se ofrecieron en abundancia. Por primera vez un autor dramático fué llamado por un público español a la escena a recibir cara a cara los aplausos y aclamaciones tributados a su inspiración y a su

GARCIA GUTIÉRREZ

arte. En la carrera dramática del poeta, que no fué breve, una vez tan sólo vió superado el éxito de *El Trovador* en otro estreno, y fué en febrero de 1864, con su drama *Venganza catalana*. Para la posteridad, sin embargo, la juvenil inspiración de *El Trovador* ha conservado mejor su brillo que las producciones más meditadas de la madurez del poeta, y aun hoy es García Gutiérrez para el gran público, que ha olvidado sus otros dramas, el autor glorioso de *El Trovador*, como en 1836.





EL TROVADOR

PERSONAJES

DON NUÑO DE ARTAL, conde
de Luna.

DON MANRIQUE.

DON GUILLÉN DE SESE.

DON LOPE DE URREA.

DOÑA LEONOR DE SESE.

DOÑA JIMENA.

AZUCENA.

GUZMÁN, | criados del Conde
JIMENO, | de Luna.

FERRANDO, |
RUÍZ, criado de don Man-
rique.

UN SOLDADO.

SOLDADOS.

SACERDOTES.

RELIGIOSAS.

JORNADA PRIMERA

EL DUELO.

Zaragoza. Sala corta en el Palacio de la Aljafería.

ESCENA I

GUZMÁN, JIMENO, FERRANDO, *sentados.*

JIMENO. Nadie mejor que yo puede saber esa historia; como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los condes de Luna.

FERRANDO. Siempre me lo han contado de diverso modo.

GUZMÁN. Y como se abultan tanto las cosas...

JIMENO. Yo os lo contaré tal como ello pasó por

los años de 1390. El conde don Lope de Artal vivía regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de Su Alteza. Tenía dos niños: el uno que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses, poco más o menos, y el mayor, que tendría dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del Conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir palabra se deslizó hacia la cámara donde dormía el mayorcito. Era ya bastante vieja...

FERRANDO. ¿Vieja y gitana? Bruja sin duda.

JIMENO. Se sentó a su lado, y le estuvo mirando largo rato sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron y la arrojaron a palos. Desde aquel día empezó a enflaquecer el niño, a llorar continuamente; y por último, a los pocos días cayó gravemente enfermo: la pícara de la bruja le había hechizado.

GUZMÁN. ¡Diantre!

JIMENO. Todo esto alarmó al Conde, y tomó sus medidas para pillar a la gitana: cayó, efectivamente, en el garlito, y al otro día fué quemada públicamente para escarmiento de viejas.

GUZMÁN. ¡Cuánto me alegró! ¿Y el chico?

- JIMENO. Empezó a engordar inmediatamente.
- FERRANDO. Eso era natural.
- JIMENO. Y a guiarse por mis consejos hubiera sido también tostada la hija, la hija de la hechicera. No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.
- GUZMÁN. ¡Cómo!
- JIMENO. Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes; ¿y sabéis lo que se encontró? Una hoguera recién apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.
- GUZMÁN. Me contáis cosas estupendas y en pago del buen rato que me habéis hecho pasar, voy a contaros otras no menos raras y curiosas, pero que tienen la ventaja de ser más recientes.
- FERRANDO. ¡Cómo!
- GUZMÁN. Se entiende que nada de esto debe traducirse, porque es una cosa que sólo a mí, a mí particularmente, se me ha confiado.
- JIMENO. ¿Pero de quién?
- GUZMÁN. De otro modo me mataría el Conde.
- FER. Y JIM. ¡El Conde!
- GUZMÁN. Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. ¿No sabéis que

está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sese?

JIMENO. La hermana de don Guillén, de ese hidalgo orgulloso...

FERRANDO. La más hermosa dama del servicio de la Reina.

GUZMÁN. Seguro.

FERRANDO. Y que está tan enamorada de aquel trovador que en tiempos de antaño venía a quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

GUZMÁN. Y que viene todavía.

JIMENO. ¡Cómo! ¿Pues no dicen que está con el Conde de Urgel, que en mal hora naciera, ayudándole a conquistar la corona de Aragón?

GUZMÁN. Pues a pesar de eso...

FERRANDO. ¡Atreverse a galantear a una de las primeras damas de Su Alteza! Un hombre sin solar, digo, que sepamos.

GUZMÁN. Al cuento: ya sabéis que yo gozo de la confianza del Conde; anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: "Escucha, Guzmán; quiero que me acompañes: sólo a ti me atrevo a confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel; esta noche ha de ser fatal para mí, o he de llegar al colmo de la felicidad suprema." "Sígueme", añadió; y atrave-

só con paso precipitado las galerías, instruyéndome en el camino de su proyecto.

JIMENO. ¿Y qué?

GUZMÁN. Su intento era entrar en la habitación de Leonor, para lo cual se había proporcionado una llave.

JIMENO. ¡Cómo...! ¡En palacio...! ¿Y se atrevió al fin?

GUZMÁN. Entró, efectivamente; pero en el momento mismo, un preludio del laúd del maldito trovador vino a sacarle de su delirio.

FERRANDO. ¿Del trovador?

GUZMÁN. Del mismo: estaba en el jardín. "Allí, dijo don Nuño con un acento terrible, allí estará también ella", y bajó furioso la escalera. La noche era oscurísima; el importuno cantor, que nunca pulsó el laúd a peor tiempo, se retiró, creyendo, sin duda, que era mi amo algún curioso escudero: a poco rato bajó la virtuosa Leonor, y equivocando a mi señor con su amante, le condujo silenciosamente a lo más oculto del jardín. Bien pronto las atrevidas palabras del Conde le hicieron conocer con quién se las había... La luna, hasta entonces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del celoso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el com-

bate; la espada del Conde cayó a los pies de su rival, y un momento después ya no había un alma en todo el jardín.

FERRANDO. ¡Calle...! Parece que se ha levantado ya...
Vamos allá, no nos eche de menos.

ESCENA II

Cámara de doña Leonor en el palacio.

LEONOR, JIMENA, DON GUILLÉN.

GUILLÉN. Mil quejas tengo que daros
sí oírme, hermana, queréis.

LEONOR. Hablar, don Guillén, podéis,
que pronta estoy a escucharos.
Si a hablar del Conde venís
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistís.

GUILLÉN. Poco estimáis, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
¿Qué visteis, hermana, en él
para así tratarle impía?
¿No supera en bizarría
al más apuesto doncel?
¿A caballo, en el torneo,
no admirasteis su pujanza?
A los botes de su lanza...

- LEONOR. Que cayó de un bote creo.
GUILLÉN. En fin, mi palabra di
de que suya habéis de ser,
y cumplirla he menester.
LEONOR. ¿Y vos disponéis de mí?
GUILLÉN. O soy o no vuestro hermano.
LEONOR. Nunca lo fuerais, por Dios,
que me dió mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.
GUILLÉN. En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.
LEONOR. No lo esperéis.
GUILLÉN. O vivir
encerrada en un convento.
LEONOR. Lo del convento más bien.
GUILLÉN. ¿Eso tu audacia responde?
LEONOR. Que nunca seré del Conde...
Nunca; ¿lo oís, don Guillén?
GUILLÉN. Yo haré que mi voluntad
se cumpla, aunque os pese a vos.
LEONOR. Idos, hermano, con Dios.
GUILLÉN. ¡Leonor...! Adiós os quedad.

ESCENA III

LEONOR, JIMENA.

- LEONOR. ¿Lo oíste? ¡Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningún consuelo me resta.

Mas no pienses que insensato
a obligar a un pecho ingrato,
a implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...

LEONOR. ¡Desdichada!

MANRIQUE. ¿Tembláis?

LEONOR. No, no tengo nada...

Mas temo vuestro furor.
¿Quién dijo, Manrique, quién,
que yo olvidarte pudiera
infidel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien?
¿Mis lágrimas no bastaron
a arrancar de tu razón
esa funesta ilusión?

MANRIQUE. Harto tiempo me engañaron.

Demasiado te creí
mientras tierna me halagabas
y, pérfida, me engañabas.
¡Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traición...
Yo partiré el corazón
de ese rival insolente.
¡Tus lágrimas! ¿Yo creer
pudiera, Leonor, en ellas,
cuando con tiernas querellas
a otro halagabas ayer?

- ¿No te vi yo mismo, di?
- LEONOR. Sí; pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laúd;
era el canto seductor
de un amante trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazón,
y una celeste ilusión
me abrasó de amor el alma.
- MANRIQUE. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.
- LEONOR. ¿No te soy aborrecida?
- MANRIQUE. ¿Tú, Leonor? ¿Pues por quién
así en Zaragoza entrara,
por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?
¡Aborrecerte! ¿Quién pudo
aborrecerte, Leonor?
- LEONOR. ¿No dudas ya de mi amor,
Manrique?
- MANRIQUE. No, ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? Lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.

Mas no pienses que insensato
a obligar a un pecho ingrato,
a implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...

LEONOR. ; Desdichada!

MANRIQUE. ¿ Tembláis?

LEONOR. No, no tengo nada...

Mas temo vuestro furor.
¿ Quién dijo, Manrique, quién,
que yo olvidarte pudiera
infidel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien?
¿ Mis lágrimas no bastaron
a arrancar de tu razón
esa funesta ilusión?

MANRIQUE. Harto tiempo me engañaron.

Demasiado te creí
mientras tierna me halagabas
y, pérfida, me engañabas.
¿ Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traición...
Yo partiré el corazón
de ese rival insolente.
¿ Tus lágrimas! ¿ Yo creer
pudiera, Leonor, en ellas,
cuando con tiernas querellas
a otro halagabas ayer?

- ¿No te vi yo mismo, di?
- LEONOR. Sí; pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laúd;
era el canto seductor
de un amante trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazón,
y una celeste ilusión
me abrasó de amor el alma.
- MANRIQUE. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.
- LEONOR. ¿No te soy aborrecida?
- MANRIQUE. ¿Tú, Leonor? ¿Pues por quién
así en Zaragoza entrara,
por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?
¡Aborrecerte! ¿Quién pudo
aborrecerte, Leonor?
- LEONOR. ¿No dudas ya de mi amor,
Manrique?
- MANRIQUE. No, ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? Lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.

Porque la muerte me fuera
más grata que tu desdén.

LEONOR. ¡Trovador!

MANRIQUE. No más; ya es bien
que parta.

LEONOR. ¿No vuelvo a verte?

MANRIQUE. Hoy no; muy tarde será.

LEONOR. ¿Tan pronto te marchas?

MANRIQUE. Hoy:
ya se sabe que aquí estoy;
buscándome están quizá.

LEONOR. Sí, vete.

MANRIQUE. Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
a las armas del de Urgel.
Retírate..., viene alguno.

LEONOR. ¡Es el Conde!

MANRIQUE. ¡Vete!

LEONOR. ¡Cielos!

MANRIQUE. Mal os curasteis, mis celos...
¿Qué busca aquí este importuno?

ESCENA V

MANRIQUE, DON NUÑO.

NUÑO. ¿Qué hombre es este?

MANRIQUE. Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

- NUÑO. (*Ap.* ¡Pesia mi negra fortuna!)
- MANRIQUE. Caballero, hablo con vos:
si porque encubierto estoy...
- NUÑO. Si decirme algo tenéis,
descubrid...
- MANRIQUE. ¿Me conocéis? (*Descubriéndose.*)
- NUÑO. ¡Vos, Manrique!
- MANRIQUE. El mismo soy.
- NUÑO. Cuando a la ley sois infiel
y cuando proscrito estáis,
¿así en palacio os entráis
partidario del de Urgel?
- MANRIQUE. ¿Debo temer por ventura,
Conde, de vos?
- NUÑO. Un traidor...
- MANRIQUE. Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero.
- NUÑO. ¿Qué buscáis, Manrique, aquí?
- MANRIQUE. A vos, señor Conde.
- NUÑO. ¿A mí?
Para qué saber espero.
- MANRIQUE. ¿No lo adivináis?
- NUÑO. Tal vez.
- MANRIQUE. Siempre enemigos los dos
hemos sido.
- NUÑO. Sí, por Dios.
- MANRIQUE. Pensádslo con madurez.
- NUÑO. Pienso que atrevido y necio

anduvisteis en retar
a quien débicos contestar
tan sólo con el desprecio.
¿Qué hay de común en los dos?
Habláis al Conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.

MANRIQUE. Y bueno tal como vos.

En fin, ¿no admitís el duelo?

NUÑO. ¿Y lo pudisteis pensar?

¿Yo hasta vos he de bajar?

MANRIQUE. No me insultéis, vive el cielo,

que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.

NUÑO. ¿A mí, villano? No sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.

Mas tú lo quieres.

MANRIQUE. Salgamos.

NUÑO. Sacad el infame acero.

MANRIQUE. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

NUÑO. Cobarde, no escucho nada.

MANRIQUE. Ved, Conde, que os engañáis...
Vos... ¿vos cobarde llamáis
al que es dueño de esta espada?

NUÑO. La mía... Y lo sufro, no...

MANRIQUE. A recobrarla venid.

NUÑO. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

MANRIQUE. Tal vez os equivocáis.

que en yermo a Aragón convierte,
dió al Arzobispo la muerte.

NUÑO. ¿Qué decís? ¿A don García?

GUILLÉN. Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel...

NUÑO. Siempre lo fué don García.

GUILLÉN. Porque osado combatía
la pretensión del de Urgel.

NUÑO. ¡Infame y cobarde acción,
que he de vengar por quien soy!

GUILLÉN. Conde...

NUÑO. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragón;
y si mi poder alcanza
a los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.

GUILLÉN. Pero dejando esto a un lado,
que importa más vuestra vida,
¿cómo os va de aquella herida?

NUÑO. Me siento muy mejorado.

GUILLÉN. Ya era tiempo.

NUÑO. Un año hará
que la recibí, por Cristo:
muy cerca la muerte he visto,
mas bueno me siento ya.

- GUILLÉN. La muerte al fin del traidor
os dió la venganza presto.
- NUÑO. No me habléis, Guillén, en esto;
habladme de Leonor:
que hace un año, más de un año,
mientras me duró mi herida,
que no me habláis, por mi vida,
de vuestra hermana, y lo extraño.
- GUILLÉN. ¡Don Nuño...!
- NUÑO. Desque dejó
el servicio de Su Alteza,
de contemplar su belleza
dura también me privó.
¿Consiente al fin en unir
su suerte a la suerte mía?
¿Se muestra menos impía?
- GUILLÉN. Conde, ¿qué os puedo decir?
En vano fué amenazar,
y nada alcanzó mi ruego;
esposa de Dios va luego
a postrarse ante el altar.
- NUÑO. ¡Encerrarse en un convento!
¿Éso prefiere más bien?
- GUILLÉN. En el de Jerusalén
va a profesar al momento.
- NUÑO. ¡Ingrata!
- GUILLÉN. Cuando el rumor
llegó, don Nuño, a su oído
de que había sucumbido

en Velilla el Trovador,
desesperada, llorosa...

NUÑO. ¿Y no hay medio, don Guillén...?

GUILLÉN. Ninguno; ni ya está bien...

NUÑO. ¿Decís que aún no es religiosa?

GUILLÉN. Pero lo será muy luego.

NUÑO. Iré yo a verla, yo iré;
si es fuerza la rogaré...

GUILLÉN. Despreciará vuestro ruego.

NUÑO. ¿Tan en extremo enojada
está?

GUILLÉN. ¿No sabéis, señor,
que no hay tirano mayor
que la mujer si es rogada?

NUÑO. Pues bien, la arrebataré
a los pies del mismo altar;
si ella no me quiere amar,
yo a amarme la obligaré.

GUILLÉN. ¡Conde!

NUÑO. Sí, sí... Loco estoy:
no os enojéis; ni he querido
ofender...

GUILLÉN. Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.

NUÑO. Basta; ya sé, don Guillén,
que es ilustre vuestra cuna.

GUILLÉN. Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.

NUÑO. Está bien:

dejadme.

GUILLÉN. ¿Quién más que yo
este enlace estimaría?
Mas si amengua mi hidalguía
no quiero tal dicha, no.

NUÑO. Decís bien.

GUILLÉN. Si os ofendí...

NUÑO. No; dejadme... fuera están
mis criados; a Guzmán
que entre diréis.

GUILLÉN. Lo haré así.

ESCENA II

DON NUÑO, *después* GUZMÁN.

NUÑO. Gracias a Dios se fué ya,
que por cierto me aburría.
¡Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Que no me quiera servir
será diligencia vana:
o ha de ser mía su hermana,
o por ella he de morir.

GUZMÁN. ¿Señor?

NUÑO. Cierra esa puerta.

GUZMÁN. ¿Qué tenéis que mandarme?

NUÑO. Siéntate. Bien conoces a doña Leonor de
Sese, y sabes lo que por ella he padecido.

GUZMÁN. Demasiado, señor.

NUÑO. Y hoy la voy a perder para siempre si no me ayuda tu arrojo. Yo debía haberla olvidado; pero mi corazón, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en extremo..., me es imposible no amarla. Cuando murió Manrique en el ataque de Velilla creí que, resignándose con su suerte, se tendría por muy dichosa en dar la mano al Conde de Luna, en llevar un apellido noble y brillante; me engañé... apenas podría creerlo; ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalén.

GUZMÁN. ¡Hoy mismo!

NUÑO. Sí; yo no quiero que este acto se verifique.

GUZMÁN. ¿Cómo estorbarlo?

NUÑO. ¿No me comprendes?

GUZMÁN. Mandad.

NUÑO. Yo te prometo que nada te sucederá: el Rey acaba de hacerme Justicia mayor de Aragón; de consiguiente contra ti no se hará justicia. El Rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

GUZMÁN. Cierto.

NUÑO. ¿Cuál de mis criados te parece más a propósito para que vaya contigo?

- GUZMÁN. Ferrando.
NUÑO. Dile que te acompañe: yo también le re-
compensaré.
GUZMÁN. ¿Oís? (*Tocan a la puerta.*)
NUÑO. Abre.

ESCENA III

LOS MISMOS, DON LOPE.

- LOPE. Su Alteza os manda llamar, Conde.
NUÑO. ¿Su Alteza?
LOPE. Parece que está algo alborotada la ciudad
con ciertas noticias que ha traído un co-
rredor del ejército.
NUÑO. ¿Pues qué hay?
LOPE. Los rebeldes han entrado a saco a Cas-
tellar; y se suena también que algunos de
ellos se han introducido en Zaragoza, y
que esta noche ha de haber revuelta.
NUÑO. Imposible.

ESCENA IV

DON NUÑO, DON LOPE.

- LOPE. Como decía, lo que más me ha admirado
de todo ello, y lo que a vos sin duda
también os sorprenderá, es la voz que
corre de que el que acaudillaba a los re-

- beldes en la entrada del castillo era un difunto.
- NUÑO. ;Don Lope!
- LOPE. ;No adivináis quién sea?
- NUÑO. Yo... no conozco fantasmas.
- LOPE. Pues bien le conocíais, y le odiabais muy particularmente.
- NUÑO. ;Quién?
- LOPE. El trovador.
- NUÑO. ;Manrique? ;No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?
- LOPE. Así se dijo, aunque ninguno le conocía por su persona.
- NUÑO. ;Si no era él!
- LOPE. No sería.
- NUÑO. ;Y está en el castillo?
- LOPE. No, en Zaragoza.
- NUÑO. ;Aquí?
- LOPE. Así lo ha dicho quien le vió a la madrugada cerca de la puerta del Sol.
- NUÑO. Y él será tal vez el caudillo de la trama... Adiós, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.
- LOPE. Yo lo espero...

ESCENA VI

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro otra a la derecha que va a la iglesia, y la otra a la izquierda, que figura ser la entrada de la calle.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR apoyada del brazo de JIMENA: las rodean algunos sacerdotes y religiosas.

LEONOR. ¡Jimena!

JIMENA. Al fin abandonas
a tu amiga.

LEONOR. Quiera el cielo
hacerte a ti más feliz,
tanto como yo deseo.

JIMENA. ¿Por qué obstinarte?

LEONOR. Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aquí de Dios en las aras
no veré, amiga, a lo menos
a esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.

JIMENA. Ni una esperanza...

LEONOR. Ninguna:
él murió ya.

JIMENA. Tal vez luego
se borrará de tu mente

ese recuerdo funesto.

El mal, como la ventura,
todo pasa con el tiempo.

LEONOR. Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,
en el mundo para mí:
sólo morir apetezco.

Acompáñame, Jimena.

JIMENA. Estás temblando.

LEONOR. Sí, tiemblo,
porque a ofender voy a Dios
con pérfido juramento.

JIMENA. ¿Qué dices?

LEONOR. ¡Ay! Todavía
delante de mí le tengo,
y Dios, y el altar, y el mundo
olvido cuando le veo.

Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...

Mas no existe, es ilusión
que imagina mi deseo.

Vamos.

JIMENA. ¡Leonor!

LEONOR. Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.

Dios me ayudará... Sostenme,
que apenas tenerme puedo.

ESCENA VII

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE, con el rostro cubierto con la celada, y RUIZ.

RUIZ. Este es el convento.

MANRIQUE. Sí,

Ruiz, pero nada veo.

¿Si te engañaron?

RUIZ. No creo...

MANRIQUE. ¿Estás cierto que era aquí?

RUIZ. Señor, muy cierto.

MANRIQUE. Sin duda

tomó ya el velo.

RUIZ. Quizá.

MANRIQUE. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.

RUIZ. Pero...

MANRIQUE. Déjame, Ruiz;

ya para mí no hay consuelo.

¿Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?

RUIZ. ¿Mas qué causa pudo haber
para que así consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.

MANRIQUE. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla

estaba yo.

RUIZ. De esa suerte...

MANRIQUE. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aún existo
para adorarla... No, no...
Ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.

RUIZ. ¿Qué hacéis? Callad...

MANRIQUE. Loco estoy...
¿Y cómo no estarlo, ¡ay, cielo!,
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.

RUIZ. ¿Qué vais a hacer?

MANRIQUE. Pudiérala acaso ver...
Con esto fuera feliz.

RUIZ. Aquí el locutorio está.

MANRIQUE. Vete.

RUIZ. Fuera estoy.

ESCENA VIII

MANRIQUE. *Después* GUZMÁN, FERRANDO.

MANRIQUE. ¿Qué haré?
Turbado estoy... ¿Llamaré?

Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí;
nadie viene..., por aquí...,
es la iglesia del convento.

FERRANDO. Tarde llegamos, Guzmán.

GUZMÁN. ¿Quién es ese hombre?

FERRANDO. No sé.

(Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento después de concluida la jornada.)

GUZMÁN. ¿Oyes el canto?

FERRANDO. Sí, a fe.

GUZMÁN. En la ceremonia están.

MANRIQUE. ¿Qué escucho?... ¡Cielos! Es ella...
(Mirando a la puerta de la iglesia.)

Allí está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor más bella.

GUZMÁN. ¿No es esa la iglesia?

FERRANDO. Vamos.

MANRIQUE. Ya se acercan hacia aquí.

FERRANDO. Espérate.

GUZMÁN. ¿Vienen?

FERRANDO. Sí.

MANRIQUE. No, que no me encuentre... Huyamos.

(Quiere huir; pero deteniéndose de pronto, se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito sa-

len de la iglesia y se dirigen a la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor, reconociéndole, cae desmayada a sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

GUZMÁN. Esta es la ocasión... Valor.

LEONOR. (A Jimena.) ¿Quién es aquél? Mi desco me engaña... ¡Sí, es él!

JIMENA. ¡Qué veo!

LEONOR. ¡Ah, Manrique!

GUZ. Y FER. ¡El trovador! (Huyen.)

JORNADA TERCERA

LA GITANA.

Interior de una cabaña. La Azucena estará sentada cerca de una hoguera: Manrique a su lado de pie.

ESCENA I

MANRIQUE, AZUCENA. (Canta.)

AZUCENA. Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca a la víctima
gritos lanza de furor.

Allí viene, el rostro pálido;
sus miradas de temor
brillan, de la llama trémula

al siniestro resplandor.

MANRIQUE. ¡Qué triste es esa canción!

AZUCENA. Tú no conoces esta historia, aunque nadie mejor que tú pudiera saberla.

MANRIQUE. ¿Yo...?

AZUCENA. Te separaste tan niño de mi lado, ¡ingrato!; abandonaste a tu madre por seguir a un desconocido...

MANRIQUE. A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

AZUCENA. Pero que no te amaba tanto como yo.

MANRIQUE. Mi objeto era el de hacerlos feliz... Las montañas de Vizcaya no podían suministrar a mi ambición recursos para elevarme a la altura de mis ilusiones. Seguí a don Diego hasta Zaragoza porque se decidió a protegerme, y yo decía para mí: "Algún día sacaré a mi madre de la miseria"; pero vos no lo habéis querido.

AZUCENA. No, yo soy feliz; yo no ambiciono alcázares dorados: tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

MANRIQUE. ¡Siempre!

AZUCENA. Pero, hijo mío, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

MANRIQUE. ¿Mi familia?

AZUCENA. Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

MANRIQUE. No me he atrevido... No sé por qué se me ha figurado que me habíais de contar alguna cosa horrible.

AZUCENA. ¡Tienes razón, una cosa horrible...! Yo para recordarlo no podría menos de estremecerme... ¿Ves esa hoguera? ¿Sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me despegue la carne de los huesos, y no puedo apartarla de mí, porque el frío de la noche hiela todo mi cuerpo.

MANRIQUE. ¿Pero por qué os habéis querido fijar en este sitio?

AZUCENA. Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos... Desde aquí se descubren los muros de Zaragoza... Este era, este, el sitio donde murió.

MANRIQUE. ¿Quién, madre mía?

AZUCENA. Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca había hecho daño a nadie. Pero dieron en decir que era bruja...!

MANRIQUE. ¿Vuestra madre?

AZUCENA. Sí: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasión para ella, y la condenaron a ser quemada viva.

MANRIQUE. ¡Qué horror! Bárbaros... ¿Y lo consumieron?

AZUCENA. En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

MANRIQUE. ¡Gran Dios!

AZUCENA. Yo la seguía de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo a mi hijo en los brazos, a ti; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez, cerca del suplicio... Allí, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ronca me gritó: "¡Véngame!" ¡Aquella palabra! No la puedo olvidar aquella palabra... Se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

MANRIQUE. Sí, y la vengasteis... ¿Es verdad? Tendría un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

AZUCENA. Pocos días después tuve ocasión de conseguirlo. Yo no hacía otra cosa que rodear la casa del Conde, que había sido causa de la muerte de aquella desgraciada... Un día logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos después ya estaba yo en este sitio, donde tenía preparada la hoguera.

MANRIQUE. ¿Y tuvisteis valor?

AZUCENA. El inocente lloraba y parecía querer implorar mi compasión... Tal vez me aca-

riciaba... Dios mío, yo no tuve valor...
Yo también era madre... (*Llorando.*)

MANRIQUE. ¿Y en fin...?

AZUCENA. Yo no había olvidado, sin embargo, a la infeliz que me había dado el ser; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazón. Esta lucha era superior a mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsión violenta..., yo oía confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decía: "¡Véngame!" Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgredada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hacia la muerte, y que volvía la cara para mirarme, para decirme: "¡Véngame!" Un furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una víctima: la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enajenamiento mortal... Abrí los ojos, los tendí a todas partes... La hoguera consumía una víctima, y el hijo del

Conde estaba allí. (*Señalando a la izquierda.*)

MANRIQUE. ¡Desgraciada!

AZUCENA. Había quemado a mi hijo.

MANRIQUE. ¡Vuestro hijo! ¿Pues quién soy yo, quién...? Todo lo veo.

AZUCENA. ¿Te he dicho que había quemado a mi hijo...? No... He querido burlarme de tu ambición... Tú eres mi hijo; el del Conde, sí, el del Conde era el que abrazaban las llamas... ¿No quieres tú que yo sea tu madre?

MANRIQUE. Perdonad.

AZUCENA. ¡Ingrato! ¿No te he prodigado una ternura sin límites?

MANRIQUE. Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces dentro en mi corazón, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí, si yo fuese un Lanuza, un Urrea...

AZUCENA. Un Artal...

MANRIQUE. No, un Artal no; es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero a pesar de mi ambición, os amo, madre mía; no... Yo no quiero sino ser vuestro hijo. ¿Qué me importa un nombre?

Mi corazón es tan grande como el de un rey... ¿Qué noble ha doblado nunca mi brazo?

AZUCENA. Sí, sí; ¿a qué ambicionar más?

MANRIQUE. Aún no viene. (*Llegándose a la puerta.*)

AZUCENA. Pero, sin embargo, estás muy triste... ¿Te devora algún pesar secreto? Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré a nadie que soy tu madre; me contentaré con decírmelo a mí propia, y en vanagloriarme interiormente. ¿Estás contento?

ESCENA II

LOS MISMOS. RUIZ.

MANRIQUE. Ahí está.

AZUCENA. ¿Esperabas a ese hombre?

MANRIQUE. Sí, madre.

AZUCENA. No temas, no me verá. (*Se aparta a un lado.*)

RUIZ. ¿Estáis pronto?

MANRIQUE. ¿Eres tú, Ruiz?

RUIZ. El mismo; todo está preparado.

MANRIQUE. Marchemos.

ESCENA III

AZUCENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. ¡Ingrato! No parece sino que conoce mi secreto... ¡Ah! Que no sepa nunca... Si yo le dijera: "Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me pertenesces...", me despreciaría y me dejaría abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ¡Ah! No, no lo sabrá nunca... ¿Por qué le perdoné la vida sino para que fuera mi hijo?

ESCENA IV

El teatro representa una celda: en el fondo a la izquierda, habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada LEONOR: se ve un Crucifijo pendiente de la pared, delante del reclinatorio.

LEONOR. Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frío
consumó... Perdón, Dios mío,
perdona si te ultrajé.
Cuando en el ara fatal
eterna fe te juraba,
mi mente, ¡ay, Dios!, se extasiaba
en la imagen de un mortal.
Tiempos en que amor solía
colmar piadoso mi afán,

¿qué os hicisteis? ¿Dónde están
vuestra gloria y mi alegría?
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumentéis mi padecer...
¡Sois, por mi mal, tan hermosas!
(Una voz, acompañada de un laúd, can-
ta las siguientes estrofas después de un
breve preludio; Leonor manifiesta entre
tanto la mayor agitación:)

Camina orillas del Ebro
caballero lidiador,
puesta en la cuja la lanza
que mil contrarios venció.

*Despierta, Leonor,
Leonor.*

Buscando viene anhelante
a la prenda de su amor,
a su pesar consagrada
en los altares de Dios.

*Despierta, Leonor,
Leonor.*

LEONOR. Sueños, dejadme gozar...
No hay duda... El es... Trovador...
(Viendo entrar a Manrique.)
Será posible...

MANRIQUE. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Gran Dios! Ya puedo expirar.

ESCENA V

MANRIQUE. LEONOR.

MANRIQUE. Te encuentro al fin, Leonor.

LEONOR. Huye: ¿qué has hecho?

MANRIQUE. Vengo a salvarte, a quebrantar osado
los grillos que te oprimen, a estrecharte
en mi seno, de amor enajenado.
¿Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respi-
para colmar hermosa mi esperanza, [ras
y que extasiada de placer me miras.

LEONOR. ¡Manrique...!

MANRIQUE. Sí, tu amante que te adora,
más que nunca feliz.

LEONOR. ¡Calla...!

MANRIQUE. No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.

LEONOR. ¡Ay, ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo!

MANRIQUE. ¿Su esposa tú...? Jamás.

LEONOR. Yo, desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

MANRIQUE. No, Leonor; tus votos indiscretos
no complacen a Dios; ellos le ultrajan.
¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede
separarme de ti... ¿Tiemblas...? ¿Vaci-
[las...?

LEONOR. Sí. ¡Manrique...! ¡Manrique...! Ya no
[puede
ser tuya esta infeliz; nunca... Mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no más te goces
envenenando ufano mi existencia;
demasiado sufrí, déjame al menos
que triste muera aquí con mi inocencia.

MANRIQUE. ¡Esto aguardaba yo! Cuando creía
que más que nunca enamorada y tierna
me esperabas ansiosa, así te encuentro
sorda a mi ruego, a mis halagos fría.
¿Y tiembles, di, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste a Dios...? ¡Pues qué...! ¿No
[fuera
antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...

LEONOR. ¡Por piedad!

MANRIQUE. ¿Te acuerdas?

En una noche plácida y tranquila...
¡Qué recuerdo, Leonor! Nunca se aparta
de aquí, del corazón: la luna hería
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundía.
“Nadie cual yo te amó”, mil y mil veces

me dijiste falaz: "Nadie en el mundo como yo puede amar"; y yo insensato fiaba en tu promesa seductora, y feliz y extasiado en tu hermosura con mi esperanza allí me halló la aurora. ¡Quimérica esperanza! ¡Quién diría que la que tanto amor así juraba, juramento y amor olvidaría!

LEONOR. Ten de mí compasión: si por ti tiemblo, por ti y por mi virtud, ¿no es harto triun-
[fo?

Sí, yo te adoro aún; aquí en mi pecho, como un raudal de abrasadora llama que mi vida consume, eternos viven tus recuerdos de amor; aquí, y por siem-
[pre,
por siempre aquí estarán, que en vano
[intento] (1)

bañada en lloro, ante el altar postrada, mi pasión criminal lanzar del pecho. No encones más mi endurecida llaga; si aun amas a Leonor, huye, te ruego; libértame de ti.

MANRIQUE. ¡Que huya me dices...!
¡Yo, que sé que me amas...!

(1) [intento.] Este verso se halla incompleto en todas las ediciones que hemos visto de *El trovador*. Bonilla suplió *quiere*; nos parece más propia la palabra que proponemos en el texto, que, por otra parte, presenta, por lo que se refiere a la rima, las mismas ventajas o inconvenientes que aquélla.

LEONOR. No, no creas...

No puedo amarte yo... Si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
¿lo pudiste creer...? Yo lo decía,
pero mi corazón... te idolatraba.

MANRIQUE. ¡Encanto celestial! Tanta ventura
puedo apenas creer.

LEONOR. ¿Me compadeces...?

MANRIQUE. Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para ti... Vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.

¿Es verdad que en el mundo no hay de-
para ti sin mi amor? [lucia

LEONOR. ¿Lo dudas...?

MANRIQUE. Vamos...

Pronto huyamos de aquí.

LEONOR. ¡Si ver pudieses

la lucha horrenda que mi pecho abriga!
¿Qué pretendes de mí? ¿que infame, im-
abandone el altar, y que te siga [pura,
amante tierna, a mi deber perjura?

Mírame aquí a tus pies; aquí te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi bien; seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto; un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.

ESCENA VI

Calle corta: a la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

RUIZ. *Un momento después* UN SOLDADO.

RUIZ. ¡Es mucho tardar! Me temo que esta dilación... ¡Oiga! ¿Quién va?

SOLDADO. ¿Ruiz?

RUIZ. El mismo: ¡ah! ¿Eres tú? ¿Ha llegado la gente?

SOLDADO. Ya está cerca del muro, pero la puerta está guardada.

RUIZ. ¡Cómo! ¿Alguno nos ha vendido tal vez?

SOLDADO. El Rey ha salido esta noche de la ciudad.

RUIZ. Algo ha sabido.

SOLDADO. Sin duda. ¿Con cuántos hombres podemos contar dentro de la ciudad?

RUIZ. Apenas llegan a ciento.

SOLDADO. Bastan para atacar la puerta si nos ayudan los de fuera.

RUIZ. Dices bien.

SOLDADO. Vamos.

RUIZ. (¿Y don Manrique?)

SOLDADO. ¿Temes?

RUIZ. Yo..., no; pero queda mi señor todavía en el convento.

SOLDADO. ¡Diablo! Ya...; pero es cosa de un momento: un ataque imprevisto por la es-

palda y por el frente... Después ya no corre peligro.

RUIZ. Vamos.

ESCENA VII

MANRIQUE, LEONOR.

MANRIQUE. Alienta, en salvo estamos.

LEONOR. ¡Ay!

MANRIQUE. Ya vuelve...

LEONOR. ¿Dónde estoy?

MANRIQUE. En mis brazos, Leonor. (*Se oye dentro ruido lejano de armas.*)

LEONOR. ¿Qué rumor es ese...?

MANRIQUE. ¡Cielos...! Tal vez...

LEONOR. ¿Adónde me llevas? Suéltame, por Dios...
¿No ves que te pierdes?

MANRIQUE. ¿Qué me importa, si no te pierdo a ti?

LEONOR. ¿Pero qué significa ese ruido?

MANRIQUE. No es nada, nada.

LEONOR. Ese resplandor... Esas luces que se divisan a lo lejos...

MANRIQUE. Es verdad; pero no temas, estoy a tu lado.

LEONOR. ¿No oyes estruendo de armas?

MANRIQUE. Sí, confusamente se percibe.

LEONOR. ¿Si vienen en nuestra busca?

MANRIQUE. No puede ser.

LEONOR. Pero esos hombres que se acercan... He distinguido los penachos.

MANRIQUE. No temas.

LEONOR. ¿Qué van a hacer contigo? Huye, huye,
por Dios.

MANRIQUE. Si fueran mis soldados...

LEONOR. Vete; se acercan... ¿No los ves? ¡Es el
Conde!

MANRIQUE. ¡Don Nuño! Es verdad... ¡Gran Dios!
¿Y he de perderte? (*Se oye tocar a re-
bato.*)

LEONOR. ¿Escuchas?

MANRIQUE. Sí, esta es la señal.

DENTRO. Traición, traición.

MANRIQUE. Estamos libres. (*Descenvainando la es-
pada.*)

DENTRO. ¡Traición!

LEONOR. ¿Qué haces?

ESCENA VIII

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE y SOLDADOS con luces, y por la derecha RUIZ y varios SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE; éste defenderá a LEONOR, ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLEN y DON NUÑO; entre tanto no cesarán de tocar a rebato.

MANRIQUE. ¡Aquí, mis valientes!

NUÑO. El es.

GUILLEN. Traidor.

LEONOR. ¡Piedad, piedad!



CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ,
actriz que estrenó los papeles de ambas Leonores, de *Don Alvaro* y de *El trovador*. 1836.

JORNADA CUARTA

LA REVELACIÓN.

El teatro representa un campamento con varias tiendas: algunos soldados se pasean por el fondo.

ESCENA I

DON NUÑO, DON GUILLÉN, JIMENO.

- NUÑO. Bien venido, don Guillén:
ya cuidadoso esperaba
vuestra vuelta... ¿Qué habéis visto?
- GUILLÉN. Como mandasteis, al alba
salí a explorar todo el campo
y me interné en la montaña.
- NUÑO. ¿No encontrasteis los rebeldes?
- GUILLÉN. Encerrados nos aguardan
en Castellar.
- NUÑO. ; Nos esperan!
- GUILLÉN. A tanto llega su audacia.
- NUÑO. ¿Sabéis si está don Manrique?
- GUILLÉN. Don Manrique es quien los manda.
- NUÑO. Albricias, don Guillén; hoy
recobraréis vuestra hermana.
¿Qué ruido es ese? (*Se oye dentro rumor
y algazara.*)

ESCENA II

LOS MISMOS. GUZMÁN.

GUZMÁN. ¿Señor?

NUÑO. ¿Qué motiva esa algazara?

¿Qué traéis?

GUZMÁN. Vuestros soldados,
que por el campo rondaban,
han preso a una bruja.

NUÑO. ¿Qué?

GUZMÁN. Sí, señor, a una gitana.

NUÑO. ¿Por qué motivo?

GUZMÁN. Sospechan,
al ver que de huír trataba
cuando la vieron, que venga
a espiar.

NUÑO. ¿Y por qué arman
ese alboroto? ¿Qué es eso?

(Mirando adentro.)

GUILLÉN ¿No veis cómo la maltratan?

NUÑO. Traédmela y que ninguno
sea atrevido a tocarla.

ESCENA III

LOS MISMOS; *la AZUCENA, conducida por soldados y
con las manos atadas.*

AZUCENA. Defendedme de esos hombres
que sin compasión me matan...

- Defendedme.
- NUÑO. Nada temas;
nadie te ofende.
- AZUCENA. ¿Qué causa
he dado para que así
me maltraten?
- GUILLÉN. ¡Desgraciada!
- NUÑO. ¿Adónde ibas?
- AZUCENA. No sé...,
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.
- NUÑO. ¿No estuviste en Aragón
nunca?
- AZUCENA. Jamás.
- JIMENO. Esa cara...
- NUÑO. ¿Vienes de Castilla?
- AZUCENA. No;
vengo, señor, de Vizcaya.
Un hijo solo tenía,
y me dejó abandonada:
voy por el mundo a buscarle,
que no tengo otra esperanza.
- GUZMÁN. Me hace sospechar, don Nuño.
- NUÑO. Teme, mujer, si me engañas.
- AZUCENA. ¿Queréis que os lo jure?
- NUÑO. No;
mas ten cuenta que te habla
el Conde de Luna.

AZUCENA. ¡ Vos! (*Sobresaltada.*)
¿ Sois vos? (¡ Gran Dios!)

JIMENO. ¡ Esa cara!
Esa turbación...

AZUCENA. Dejadme...
Permitidme que me vaya...

JIMENO. ¿ Irte...? Don Nuño, prendedla.

AZUCENA. Por piedad, no... ¡ Qué! ¿ no bastan
los golpes de esos impíos,
que de dolor me traspasan?

NUÑO. Que la suelten.

JIMENO. No, don Nuño.

NUÑO. Está loca.

JIMENO. Esa gitana
es la misma que a don Juan
vuestro hermano...

NUÑO. ¡ Qué oigo!

AZUCENA. ¡ Calla!

No se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.

NUÑO. Atadla bien.

AZUCENA. Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven a librarme.

GUILLÉN. ¿ Qué habla?

AZUCENA. Ven, que llevan a morir
a tu madre.

NUÑO. ¡ Tú, inhumana,

tú fuiste!

- AZUCENA. No me hagáis mal,
os lo pido arrodillada...
Tened compasión de mí.
- NUÑO. Llevadla de aquí... Apartadla
de mi vista.
- AZUCENA. No fui yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA IV

LOS MISMOS, *menos la AZUCENA* y SOLDADOS.

- NUÑO. Tomad, don Lope cien hombres,
y a Zaragoza llevadla:
vos de ella me respondéis
con vuestra cabeza.
- GUILLÉN. ¿Marcha
el campo?
- NUÑO. Sí, a Castellar.
¿Es hijo de una gitana...!
¿No lo oísteis, don Guillén,
que a Manrique demandaba?
- GUILLÉN. Sí, sí...
- NUÑO. Pronto a Castellar,
que esta tardanza me mata...
Yo os prometo no dejar
una piedra en sus murallas.

ESCENA V

*Habitación de Leonor en la torre de Castellar, con
dos puertas laterales.*

LEONOR, RUIZ.

RUIZ. ¿Qué mandarme tenéis?

LEONOR. ¿Y don Manrique?

RUIZ. Aun reposando está.

(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)

LEONOR. Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.

ESCENA VI

LEONOR, MANRIQUE.

LEONOR. ¡Manrique! ¿Eres tú?

MANRIQUE. Sí... Leonor querida.

LEONOR. ¿Qué tienes?

MANRIQUE. Yo no sé...

LEONOR. ¿Temes acaso...

MANRIQUE. Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene a sitiarnos,
y este castillo es débil con extremo;
nada temo por mí, mas por ti temo.

ESCENA VII

LOS MISMOS. RUIZ.

MANRIQUE. ¿Qué me vienes a anunciar?

RUIZ. Señor, ya el Conde marchando
con la gente de su bando
se dirige a Castellar.
Todo lo lleva a cuchillo
y por los montes avanza,
sin duda con la esperanza
de poner cerco al castillo.

MANRIQUE. No osarán, que son traidores,
y es cobarde la traición.

RUIZ. Estas las noticias son
que traen nuestros corredores.
Demás por lo que advirtieron,
añaden que esta mañana
han cogido a una gitana
que venir hacia acá vieron.

MANRIQUE. ¿Una gitana...? ¿Y quién era?

RUIZ. Quien puede saberlo... Pues...

MANRIQUE. ¡Cielos!

RUIZ. Vieja dicen que es,
con sus puntas de hechicera.

MANRIQUE. (Es ella... ¿Y podré salvarla...?)
Avisa que a partir vamos...
Armense todos... (Corramos
a lo menos a vengarla.)

LEONOR. ¿Qué dices...? Partir...

MANRIQUE. Sí, sí...

¿Qué te detienes?

RUIZ. Señor...

MANRIQUE. Pronto, o teme mi furor.

LEONOR. ¿Y me dejarás aquí?

ESCENA VIII

MANRIQUE, LEONOR.

MANRIQUE. Un secreto, Leonor...

Sé que vas a despreciarme;
ya era tiempo... Esa gitana,
esa, Leonor, es mi madre.

LEONOR. ¡Tu madre!

MANRIQUE. Lloro si quieres,
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
a salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.

LEONOR. ¡Esto me faltaba...!

MANRIQUE. Sí;
yo no debía engañarte
por más tiempo... Vete, vete:
soy un hombre despreciable.

LEONOR. Nunca para mí.

MANRIQUE. Eres noble,

y yo, ¿quién soy? Ya lo sabes.
Vete a encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.

LEONOR. ¡Con mi orgullo! Tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

MANRIQUE. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
Y me vengaré... ¿Lo dudas?

LEONOR. Si necesitas mi sangre
aquí la tienes. *

MANRIQUE. ¡Leonor!
¡Que desgraciada en amarme
has sido! ¿Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
¿Y no me aborreces?

LEONOR. No.

MANRIQUE. ¿Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
¡Venganza infame y cobarde!
¿Qué espero yo...?

LEONOR. Ven... No vayas...
Mira, el corazón me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.

MANRIQUE. ¡Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
¿Quisieras tú que temblando

viera derramar su sangre,
o si salvarla pudiera
por salvarla no lidiase?

LEONOR. Pues bien, iré yo contigo;
allí correré a abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y a falta de otro muro,
muro será mi cadáver.

MANRIQUE. Ahora te conozco, ahora
te quiero más.

LEONOR. Si tú partes.
iré contigo; la muerte
a tu lado ha de encontrarme.

MANRIQUE. Venir tú... no; en el castillo
queda custodia bastante
para ti... ¿Escuchas? Adiós.
(*Suena un clarín.*)
El clarín llama al combate.

JORNADA QUINTA

EL SUPPLICIO.

Inmediaciones de Zaragoza. A la izquierda, vista de uno de los muros del Palacio de la Aljafería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

ESCENA II

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al íéretro sólo abiertas,
verán tus últimos días!
¿Por qué tan ciega le amé?
¡Infeliz! ¿Por qué, Dios mío,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
¡Si me quisiera escuchar
el Conde...! ¿Si yo lograra
librarte así, qué importara...?

- Sí, voy tu vida a salvar.
A salvarte... No te asombre
si hoy olvido mi desdén.
- UNA VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.
- LEONOR. Esc lúgubre clamor...
¿O tal vez lo escuché mal?
No, no... ¡Ya el hora fatal
ha llegado, Trovador!
¡Manrique! partamos ya,
no perdamos un instante.
- DENTRO. ¡Ay!
- LEONOR. Esa voz penetrante...
¡Si no fuera tiempo ya!
(*Al querer partir se oye tocar un laúd;
un momento después canta dentro Man-
rique.*)
Espacio viene la muerte,
que está sorda a mi clamor:
para quien morir desea
espacio viene, por Dios.
¡Ay, adiós; Leonor, Leonor.
- LEONOR. ¡El es; y desea morir
cuando su vida es mi vida!
¡Si así me viera afligida
por él al cielo pedir!
- MANRIQUE. (*Dentro.*) No llores si a saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,

y en el amar no hay baldón.

¡Ay!, adiós, Leonor, Leonor.

LEONOR. Que no llore yo, ¡cruel!
No sabe cuánto le quiero.
¡Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si a esa reja te asomaras
y a Leonor vieras aquí,
tuvieras piedad de mí
y de mi amor no dudarás.
Aquí te buscan mis ojos,
a la luz de las estrellas,
y oigo a par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre
con mil suspiros también.

LA VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEONOR. No, no morirás; yo iré
a salvarte: del tirano
feroz la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
¿Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
¿Aun dudas con inquietud?
(*Afura el pomo [de veneno].*)
Ya no puedo ser del Conde.

ESCENA III

Cámara del conde de Luna. Este estará sentado cerca de una mesa y don Guillén a su lado de pie.

DON NUÑO, DON GUILLÉN.

NUÑO. ¿Visteis, don Guillén, al reo?

GUILLÉN. Dispuesto a morir está.

NUÑO. ¿Don Lope...?

GUILLÉN. Presto vendrá.

NUÑO. Que al punto llegue deseo.
No quiero que se dilate
el suplicio ni un momento;
cada instante es un tormento
que mi impaciencia combate.

ESCENA IV

DON NUÑO. *Después* DON LOPE.

NUÑO. Al fin en su sangre impura
a saciar voy mi rencor:
también yo puedo, Leonor,
gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
también será a mi rival,
a ese rival tan querido.

LOPE. Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

- NUÑO. Y bien, que muera,
pues a su rey fué traidor.
¿A qué aguardáis?
- LOPE. Si así os plugo...
- NUÑO. ¿No fué perjuro a la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, ¿qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.
- LOPE. ¿Esta noche? ¡Pobre mozo!
- NUÑO. Junto al mismo calabozo...
¿Entendéis?
- LOPE. No hay más decir.
- NUÑO. ¿La bruja...?
- LOPE. Con él está
en su misma prisión.
- NUÑO. Bien.
- LOPE. ¿Pero ha de morir?
- NUÑO. También.
- LOPE. ¿De qué muerte morirá?
- NUÑO. Como su madre, en la hoguera.
- LOPE. ¿Por último confesó
que a vuestro hermano mató?
Maldiga Dios la hechicera.
- NUÑO. Molesto, don Lope, estáis...
Idos ya.
- LOPE. Señor, si pude
ofenderos...
- NUÑO. No lo dude.
- LOPE. Mi deber...

- NUÑO. Es que os vayáis.
(*Hace don Lope que se va, y vuelve.*)
- LOPE. Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.
- NUÑO. ;Don Lope!
- LOPE. Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.
- NUÑO. ¿Y qué objeto aquí la trae?
;Dice quién es?
- LOPE. Encubierta
llegó, señor, a la puerta
que al campo de Toro cae.
- NUÑO. Que entre, pues: vos despejad.
- LOPE. El Conde, señora, espera.
- NUÑO. Vos os podéis quedar fuera,
y hasta que os llame, aguardad.

ESCENA V

DON NUÑO, LEONOR.

- LEONOR. ¿Me conocéis? (*Descubriéndose.*)
- NUÑO. ;Desgraciada!
¿Qué buscáis, Leonor, aquí?
- LEONOR. ¿Me conocéis, Conde?
- NUÑO. Sí;
por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.

- ¿A qué viniste, Leonor?
- LEONOR. Conde, ¿dudarlo queréis?
- NUÑO. Todavía el trovador...?
- LEONOR. Sé que todo lo podéis,
y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.
- NUÑO. ¿A eso vinistes, ingrata,
a implorar por un rival?
¡Por un rival! ¡Insensata!
Mal conoces al de Artal.
No, cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
¡Imposible...!
- LEONOR. No lo creo.
- NUÑO. Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo también yo
aborrecido imploré
a quien mis ruegos no oyó,
y de mi afán se burló:
no pienses que lo olvidé.
- LEONOR. ¡Ah, Conde, Conde, piedad!
(Arrodillándose.)
- NUÑO. ¿La tuviste tú de mí?
- LEONOR. Por todo un Dios.
- NUÑO. Apartad.
- LEONOR. No, no me muevo de aquí.

- NUÑO. Pronto, Leonor, acabad.
- LEONOR. Bien sabéis cuánto le amé;
mi pasión no se os esconde...
- NUÑO. ¡Leonor!
- LEONOR. ¿Qué he dicho? No sé,
no sé lo que he dicho, Conde:
¿queréis...? Le aborreceré.
¡Aborrecerle, Dios mío!
Y aun amaros a vos, sí,
amaros con desvario
os prometo... ¡Amor impío,
digno de vos y de mí!
- NUÑO. Es tarde, es tarde, Leonor.
¿Y yo perdonar pudiera
a tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?
- LEONOR. ¿No os apiada mi dolor?
- NUÑO. ¡Apiadarme! Más y más
me irrita, Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aún te adoro;
¿mas perdonarle? Jamás.
Esta noche, en el momento...
Nada de piedad.
- LEONOR. ¡Cruel! (*Con ternura.*)
¡Cuando en amarte consiento!
- NUÑO. ¿Qué me importa tu tormento,

- si es por él, sólo por él?
- LEONOR. Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
¡Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!
- NUÑO. Un hombre oscuro...
- LEONOR. Sí, sí...
Nunca mereció mi amor.
- NUÑO. Un soldado, un trovador...
- LEONOR. Yo nunca os aborrecí.
- NUÑO. ¿Qué quieres de mí, Leonor?
¿Por qué mi pasión enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime que de un Dios dependes
y amarme no puedes ya.
- LEONOR. ¿Qué importa, Conde? ¿No fui
mil y mil veces perjura?
¿Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que a Dios olvide por ti?
- NUÑO. ¿Me lo juras?
- LEONOR. Partiremos
lejos, lejos de Aragón,
do felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasión.
- NUÑO. ¡Leonor..., delicia inmortal!

- LEONOR. Y tú en premio a mi ternura...
- NUÑO. Cuanto quieras.
- LEONOR. ¡Oh ventura!
- NUÑO. Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura;
pero que huya de Aragón;
que no vuelva, ¿lo has oído?
- LEONOR. Sí, sí...
- NUÑO. Dile que atrevido
no persista en su traición,
que tu amor ponga en olvido.
- LEONOR. Sí..., lo diré. (¡Dios eterno,
tu nombre bendeciré!)
- NUÑO. Cuidad, que os observaré.
- LEONOR. (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

ESCENA VI

Calabozo oscuro con una ventana con reja a la izquierda y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo, cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada AZUCENA; en el lado opuesto, MANRIQUE, sentado.

MANRIQUE, LEONOR, AZUCENA.

- LEONOR. ¡Manrique!
- MANRIQUE. ¿No es ilusión?
¿Eres tú?
- LEONOR. Yo, sí..., yo soy;
a tu lado al fin estoy

para calmar tu aflicción.

MANRIQUE. Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar:
ven, Leonor, a consolar
amorosa mi martirio.

LEONOR. No pierdas tiempo, por Dios...

MANRIQUE. Siéntate a mi lado, ven.
¿Debes tú morir también?
Muramos juntos los dos.

LEONOR. No, que en libertad estás.

MANRIQUE. ¿En libertad?

LEONOR. Sí, ya el Conde...

MANRIQUE. ¿Don Nuño, Leonor? Responde,
responde... ¡Cielo! ¿Esto más?
¡Tú a implorar por mi perdón
del tirano a los pies fuiste...!
Quizá también le vendiste
mi amor y tu corazón.
No quiero la libertad
a tanta costa comprada.

LEONOR. Tu vida...

MANRIQUE. ¿Qué importa? Nada...
Quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura,
en los brazos de un rival.
¡La vida! ¿Es algo la vida?
Un doble martirio, un yugo...

Llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.

LEONOR. ¿Qué debí hacer? Si supieras
lo que he sufrido por ti
no me insultaras así,
y a más me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.

MANRIQUE. Pues bien, partamos los dos:
mi madre también vendrá.

LEONOR. Tú solamente.

MANRIQUE. No, no.

LEONOR. Pronto, vete.

MANRIQUE. ¡Solo yo!

LEONOR. Que nos observan quizá.

MANRIQUE. ¿Qué importa? ¡Aquí moriré;
moriremos, madre mía!
Tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno a la fe.

LEONOR. ¡Manrique!

MANRIQUE. Ya no hay amor
en el mundo, no hay virtud.

LEONOR. ¿Qué te dice mi inquietud?

MANRIQUE. Tarde conocí mi error.

LEONOR. ¡Si vieras cuál se estremece
mi corazón! ¿Por qué, di,
obstinarte? Hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.

Sí, este momento quizá...,
¿no ves cuál tiemblo? Quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu aflicción
a aumentar; pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razón.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasión,
alivia mi corazón,
que abrasa un voraz veneno.

MANRIQUE. ¡Un veneno...! ¿Y es verdad?
Y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
Un veneno...

LEONOR. Por piedad,
ven aquí, por compasión,
a consolar mi agonía:
¿no sabes que te quería
con todo mi corazón?

MANRIQUE. Me matas.

LEONOR. Manrique, aquí,
aquí me siento abrazar.
¡Ay!, ¡ay!, quisiera llorar,

y no hay lágrimas en mí.
¡Ay, juventud malograda
por tiranos perseguida!
¡Perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!
*(Se ve brillar un momento el resplandor
de una luz en la ventana de la izquierda.)*

Mira, Manrique, esa luz...
Vienen a buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
¡por el que murió en la cruz!

MANRIQUE. Que vengan... Ya entregaré
mi cuello sin resistir:
lo quiero, anhelo morir...,
muy pronto te seguiré.

LEONOR. ¡Ay, acércate...!

MANRIQUE. ¡Amor mío...!

LEONOR. Me muero, me muero ya
sin remedio; ¿dónde está
tu mano?

MANRIQUE. ¡Qué horrible frío!

LEONOR. Para siempre..., ya...

MANRIQUE. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Adiós...! ¡Adiós...!

(Expira: un momento de pausa.)

MANRIQUE. ¡La he perdido!
¡Ese lúgubre gemido...
es el último de amor!

Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
Allí está el cadalso, allí,
y Leonor aquí está.
Corta es la distancia; vamos,
que ya el suplicio me espera.
(*Tropieza con la AZUCENA.*)
¿Quién estaba aquí? ¿Quién era?

AZUCENA. ¿Es hora de que partamos?
(*Entre sueños.*)

MANRIQUE. ¿A morir? Dispuesto estoy...;
mas no, esperad un instante:
a contemplar su semblante,
a adorarla otra vez voy.

ESCENA VIII

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON GUILLÉN,
DON LOPE y SOLDADOS *con luces.*

NUÑO. ¿Leonor?

MANRIQUE. ¿Quién la llama? ¿Por qué vienen
a apartarla de mí? La desdichada
ya a nadie puede amar. ¿Si yo pudiera
ocultarla a sus ojos!
(*La cubre con su ferreruelo, que tendrá
al lado.*)

NUÑO. ¿Leonor?

MANRIQUE. Calla...

- No turbes el silencio de la muerte.
- NUÑO. ¿Dónde está Leonor?
- MANRIQUE. ¿Dónde? Aquí estaba.
¿Venís a arrebatármela en la tumba?
- NUÑO. ¿Ha muerto?
- MANRIQUE. Sí..., ya ha muerto.
(*Descubriendo el rostro pálido de Leonor.*)
- GUILLÉN. ¿Quién...? ; Mi hermana!
- MANRIQUE. Ya no palpita el corazón; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... No me acordaba...
(*Al don Nuño.*)
; Si, tú eres el verdugo! Acaso buscas
una víctima... Ven..., ya preparada
para la muerte está.
- NUÑO. Llevadle al punto;
llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(*Varios soldados rodean a Manrique.*)
- MANRIQUE. Muy pronto, sí...
- NUÑO. Marchad...
- MANRIQUE. ; Qué miro! Vamos...
(*Reparando en la AZUCENA.*)
No le digáis, por Dios, a la cuitada
que va su hijo a morir..., ; madre infelice!
Hasta la tumba, adiós... (Al salir.)

ESCENA IX

LOS MISMOS, *menos* MANRIQUE.

AZUCENA. ¿Quién me llamaba?

(*Incorporándose.*)

El era, él era; ¡ingrato! Se ha marchado sin llevarme también.

NUÑO. ¡Desventurada! .
conoce al fin tu suerte.

AZUCENA. ¡El hijo mío!

NUÑO. Ven a verle morir.

AZUCENA. ¿Qué dices? ¡Calla!
¡Morir, morir...! No, madre, yo no puedo perdóname, le quiero con el alma. [do;
Esperad, esperad...

NUÑO. Llevadla.

AZUCENA. ¡Conde!

NUÑO. Que le mire expirar.

AZUCENA. Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan el suplicio un momento.

NUÑO. No, llevadla.

(*La toma por una mano y la arrastra hasta la ventana.*)

Ven, mujer infernal... Goza en tu triunfo. Mira el verdugo, y en su mano el hacha, que va pronto a caer...

(Se oye un golpe, que figura ser el de la cuchilla.)

AZUCENA. ¡Ay! ¡Esa sangre!

NUÑO. Alumbrad a la víctima, alumbradla.

AZUCENA. Sí, sí... Luces... El es..., ¡tu hermano,
[imbécil!

NUÑO. ¡Mi hermano...! ¡Maldición...!

(La arroja al suelo, empujándola con furor.)

AZUCENA. Ya estás vengada.

(Con un gesto de amargura, y expira.)





HARTZENBUSCH, 1837.



J. E. HARTZENBUSCH

Hijo de alemán y española, Don Juan Eugenio Hartzenbusch nació en Madrid, en 6 de septiembre de 1806. Con miras a la carrera eclesiástica, a la que parece que su padre le destinaba, cursó estudios de latín y filosofía en San Isidro el Real. En el taller de ebanistería en que su familia se ganaba el sustento, donde trabajaba él mismo naturalmente y al frente del cual tuvo que acabar por ponerse, se deslizó buena parte de su juventud. Despertóse en su espíritu una sorprendente vocación literaria a la lectura de obras dramáticas que le cayeron por casualidad en las manos. Con obstinación muy teutona, a prueba de tropiezos y desengaños, no sin el estimulante, por otro lado, de algunos aciertos modestos y poco sonados, se dedicó desde entonces al estudio de la poesía y del arte escénicos. Traducciones y arreglos del francés, refundiciones de comedias antiguas españolas, fueron sus primeros ensayos. Detrás de otros, poco felices, de tragedias originales en el género pseudo-clásico a la francesa e influido ya por las auras de arte romántico que empezaban a remover la atmósfera literaria en nuestro país, se aplicó a trabajar para el teatro el tema tradicional, en suro grado sentimental y trágico, de los amantes de Teruel. Cuentan que en la primera forma que acertó a darle coincidió tan extrañamente con el drama que, bajo el título de *Macías*, estrenó Larra en el teatro del Príncipe en 24 de setiembre de 1834, que tuvo que romper lo ya escrito y echarse a buscar rumbos nuevos.

En 19 de enero de 1837 fué estrenarla al cabo su obra y el nombre de Hartzenbusch pasó en una noche —como un año antes el de su amigo Garcia Gutiérrez— del incógnito a la celebridad.

Los Amantes de Teruel, obra predilecta de su autor, en cuya perfección y acicalamiento no se cansó éste de insistir en el curso entero de su vida, sufrió dos refundiciones y numerosas correcciones de por menor, ganando en concisión siempre y en sencillez. Muchas escenas antes en prosa, fueron versificadas; sus actos, que eran cinco, fueron reducidos a cuatro y sufrió abreviación importante la extensión total de la pieza.

Los desgraciados amores de Isabel de Segura y Diego Marsilla son el asunto principal de ésta, con arraigo en la tradición y a él se subordina todo el episodio del amor y venganza de Zulima, reina mora en Valencia, ideado por el poeta para preparar la oportunidad, tan dramática, de la llegada de Marsilla a su villa natal, tras de largos años de ausencia, en el momento mismo en que acaba de perder para siempre la mano de su amada. Afecta, pues, este episodio a la intriga, a la combinación material de los hechos, más bien que al alma poética de la composición, por lo cual hemos descargado sobre él con poco reparo cuantos golpes de hacha ha exigido la exigüidad del espacio con que contamos.



LOS AMANTES DE TERUEL

PERSONAJES

| | |
|---|--------------------------------|
| JUAN DIEGO MARTÍNEZ GARCÉS DE MARSILLA. | DON PEDRO DE SEGURA. |
| ISABEL DE SEGURA. | DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA. |
| DOÑA MARGARITA. | TERESA. |
| ZULIMA. | ADEL. |
| DON RODRIGO DE AZAGRA. | OSMÍN, africano. |

Soldados moros, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados, criadas, bandidos.

El primer acto pasa en Valencia y los demás en Teruel.
Año 1217.

ACTO PRIMERO

Dormitorio morisco en el Alcázar de Valencia. A la derecha del espectador, una cama, junto al proscenio; a la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas a los lados.

ESCENA IV

ZULIMA, MARSILLA.

MARSILLA. Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dió,
pueblo que ayer se fundó
y hoy es poderosa villa,

cuyos muros, entre horrores
de lid atroz levantados,
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
quiso formar el Señor
modelos de puro amor
un hombre y una mujer,
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dió un alma en dos partida,
y dijo: "Vivid y amad."
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.
Desde los años más tiernos
fuimos ya finos amantes:
desde que nos vimos... antes
nos amábamos de vernos,
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos creó;
y así fué nuestro querer,
prodigioso en niña y niño,
encarnación del cariño
que se adelantó al nacer,
seguir Isabel y yo

al triste mundo arribando,
seguir con el cuerpo amando
como el espíritu amó.

ZULIMA. Inclinación tan igual
solo dichas pronostica.

MARSILLA. Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA. (*Ap.* Respiro.)

MARSILLA. Tuve un rival.

ZULIMA. ¿Sí?

MARSILLA. Y opulento.

ZULIMA. Y bien...

MARSILLA. Hizo

alarde de su riqueza...

ZULIMA. ¿Y qué? ¿Rindió la firmeza
de Isabel?

MARSILLA. Es poco hechizo
el oro para quien ama.
Su padre, sí; deslumbrado...

ZULIMA. ¿Tu amor dejó desairado,
privándote de tu dama?

MARSILLA. Le vi; mi pasión habló,
su fuerza exhalando toda,
y suspendida la boda
un plazo se me otorgó
para que mi esfuerzo activo
juntara un caudal honrado.

ZULIMA. ¿Es ya el término pasado?

MARSILLA. Señora, ya ves, aún vivo.
Seis años y una semana

me dieron: los años ya
se cumpfen hoy; cumplirá
el primer día mañana.

ZULIMA. Sigue.

MARSILLA. Un adiós a la hermosa
dí, que es de mis ojos luz,
y combatí por la cruz
en las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
crédito allí de guerrero;
luego en Francia prisionero
caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés,
albigense refugiado,
a quien había salvado
la vida junto a Besiés,
me dejó, al morir, su herencia.
Volviendo con fama y oro
a España, pirata moro
me apresó y trajo a Valencia.
Y en pena de que rompió
de mis cadenas el hierro
mi mano, profundo encierro
en vida me sepultó,
donde mi raro custodio,
sin dejarse ver ni oír,
me prolongaba el vivir
o por piedad o por odio.
De aquel horrendo lugar

me sacáis, bella mujer.

Sentir sé y agradecer:

di cómo podré pagar.

ZULIMA. No borres de tu memoria

tu debido ofrecimiento,

y haz por escuchar atento

cierta peregrina historia.

Un joven aragonés

vino cautivo al serrallo:

sus señas y nombre callo,

tú conocerás quién es.

Toda mujer se lastima

de ver padecer sonrojos

a un noble; puso los ojos

en el esclavo Zulima,

y férvido amor en breve

nació de la compasión:

aquí es brasa el corazón;

allá, entre vosotros, nieve.

Quiso aquel joven huir;

fué desgraciado en su empeño;

le prenden, y por su dueño

es condenado a morir.

Pero en favor del cristiano

velaba Zulima: ciega,

loca, le salva; más, llega

a brindarle con su mano.

Respuesta es bien se le dé

en trance tan decisivo:

habla tú por el cautivo;
yo por la Reina hablaré.

MARSILLA. Ni en desgracia ni en ventura
cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazón es sólo
para Isabel de Segura.

ZULIMA. Medita, y concederás
al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

MARSILLA. Me matara mi dolor
si fuera Isabel perjura:
mi constancia me asegura
la fineza de su amor.
Con espíritu gallardo,
si queréis, daré mi vida;
dada el alma y recibida,
fiel al dueño se la guardo.

ACTO SEGUNDO

Teruel.—Saia en casa de don Pedro Segura.

ESCENA I

DON PEDRO, *entrando en su casa*; MARGARITA,
ISABEL Y TERESA, *saliendo a recibirle.*

MARGAR. ¡Esposo! (*Arrodillándose.*)

ISABEL. ¡Padre! (*Arrodillándose.*)

- TERESA. ¡ Señor!
- PEDRO. Hija, Margarita, alzá.
- ISABEL. Dadme a besar vuestra mano.
- MARGAR. Déjame el suelo besar
que pisas.
- TERESA. (A MARGARITA.) Vaya, señora,
ya es vicio tanta humildad.
- PEDRO. Pedazos del corazón,
no es ese vuestro lugar.
Abrazadme. (Abraza a las dos.)
- TERESA. Así me gusta.
Y a mí luego.
- PEDRO. Ven acá,
fiel Teresa.
- TERESA. Fiel y franca:
tengo en ello vanidad.
- PEDRO. Ya he vuelto por fin.
- MARGAR. Dios quiso
mis plegarias escuchar.
- PEDRO. Gustoso a Monzón partí,
comisionado especial
para ofrecer a don Jaime
las tropas que alistaré
nuestra villa de Teruel
en defensa de la paz
que don Sancho y don Fernando
nos quieren arrebatár:
fué don Rodrigo de Azagra,
obsequioso y liberal,

acompañándome al ir,
y me acompaña al tornar;
mas yo me acordaba siempre
de vosotras con afán.
Triste se quedó Isabel,
más triste la encuentro.

TERESA

Ya.

ESCENA II

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO. Mucho me aflige, Isabel,
tu pesadumbre tenaz;
pero por desgracia yo
no la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
es el varón principal:
tengo empeñada la mía,
la debo desempeñar.
En el honor de tu padre
no se vió mancha jamás:
juventud honrada pide
más honrada ancianidad.

ESCENA VI

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL. (*Que viene tras su madre.*)
Madre, haced caso de mí.

- MARGAR. No, que es repugnancia loca
la que mostráis a un enlace
que de seguro nos hace
a todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
que quien su amor os consagra
es don Rodrigo de Azagra,
que goza más calidad,
más bienes: en Aragón
le acatan propios y ajenos,
y muestra, con vos al menos,
apacible condición.
- ISABEL. Vengativo y orgulloso
es lo que me ha parecido.
- MARGAR. Vuestro padre le ha creído
digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
no es lícito a una doncella,
ni hay más voluntad en ella
que la que tenga su padre.
Hoy día, Isabel, así
se conciertan nuestras bodas;
así nos casan a todas
y así me han casado a mí.
- ISABEL. ¿No hay a los tormentos míos
otro consuelo que dar?
- MARGAR. No me tenéis que mentar
vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.

Idos.

ISABEL. *(Sollozando al retirarse.)*

En vano esperé.

MARGAR. ¡Qué! ¿Lloráis?

ISABEL. Aún no fué
vedado este desahogo.

MARGAR. Isabel, si no os escucho,
no me acuséis de rigor;
comprendo vuestro dolor
y le compadezco mucho;
pero, hija... Cuatro años ha
que a nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISABEL. ¡No, madre, vive!...

¡Pero cómo vivirá!

Tal vez, llorando, en Sión
arrastra por mí cadenas,
quizá gime en las arenas
de la líbica región.

Con aviso tan funesto
no habrá querido afligirme.

Yo trato de persuadirme,
y sin cesar pienso en esto.

Yo me propuse aprender
a olvidarle, sospechando
que infiel estaba gozando
caricias de otra mujer.

Yo escuché de su rival
los acentos desabridos,

y logré de mis oídos
que no me sonaran mal.
Pero, ¡ay!, cuando la razón
iba a proclamarse ufana
vencedora soberana
de la rebelde pasión,
al recordar la memoria
un suspiro de mi ausente,
se arruinaba de repente
la fortaleza ilusoria;
y con ímpetu mayor,
tras el combate perdido,
se entraba por mi sentido
a sangre y fuego el amor.
Yo entonces a la virtud
nombre daba de falsía,
rabioso llanto vertía,
y hundirme en el ataúd
juraba en mi frenesí
antes que rendirme al yugo
de ese hombre, fatal verdugo,
genio infernal para mí.

MARGAR. Por Dios, por Dios, Isabel,
moderad ese delirio;
vos no sabéis el martirio
que me hacéis pasar con él.

ISABEL. ¡Qué! ¿Mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
el corazón de veneno,

fuerza es que rompa su orilla.
No a vos, a la piedra inerte
de esa muralla desnuda,
a esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte,
a este suelo donde mella
pudo hacer el llanto mío,
a no ser tan duro y frío
como alguno que le huella,
para testigos invoco
de mi doloroso afán;
que si alivio no le dan,
no los ofende tampoco.

MARGAR. ¿Quién con ánimo sereno
la oyera? El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga
ven al cariñoso seno.
Conóceme y no te ahuyente
la faz severa que ves;
máscara forzosa es
que dió el pesar a mi frente;
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno, indulgente amor
de una madre verdadera.

ISABEL. ¡Madre mía! (*Abrázanse.*)

MARGAR. Mi ternura
te oculté... porque debí...
¡Ha quince años que hay aquí

guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
gozado, y gozar no debo
nada ya desde que llevo
el cilicio y el sayal.

ISABEL. ¡Madre!

MARGAR. Temí, recelé
dar a tu amor incentivo,
y sólo por correctivo
severidad te mostré;
mas oyéndote gemir
cada noche desde el lecho,
y a veces en tu despecho
mis rigores maldecir,
yo al Señor, de silencioso
materno llanto hecha un mar,
ofrecí mil veces dar
mi vida por tu reposo.

ISABEL. ¡Cielos! ¡Que revelación
tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¡Que tanto me habéis querido?
¡Madre de mi corazón!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
siento, aunque llorar me veis!
Seis años ha, más de seis,
que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad
cuando como dicha cuento
que mis penas un momento

aplaquen su intensidad.
 Pero este rayo que inunda
 en viva luz mi alma yerta,
 ¿dejaréis que se convierta
 en lobreguez más profunda?
 Madre, madre a quien adoro,
 el labio os pongo en el pie:
 mi aliento aquí exhalaré
 si no cedéis a mi lloro. (*Póstrase.*)

MARGAR. Levanta, Isabel; enjuga
 tus ojos; confía. Sí;
 cuanto dependa de mí...

ISABEL. Ya veis que en rápida fuga
 el tiempo desaparece.
 Si pasan tres días, ¡tres!,
 todo me sobra después,
 toda esperanza fallece.
 Mi padre, por no faltar
 a la palabra tremenda,
 le rendirá por ofrenda
 mi albedrío en el altar.
 Vuestras razones imprimen
 en su alma la persuasión:
 en mí toda reflexión
 fuera desacato, crimen.
 Y yo, señora, lo veo;
 podrá llevarme a casar;
 pero en vez de preparar
 las galas del himeneo,

que a tenerme se limite
una cruz y una mortaja,
que esta gala y esta alhaja
será lo que necesite.

MARGAR. No, no, Isabel; cesa, cesa;
yo en tu defensa me empeño:
no será Azagra tu dueño,
yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
horrores evitará.
Hoy madre tuya será
quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

TERESA. Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGAR. Hazle entrar. A buen tiempo llega. (*Vase TERESA.*)

ISABEL. Permitid que yo me retire.

MARGAR. Quédate en la pieza inmediata y escucha nuestra conversación.

ISABEL. ¿Qué vais a decir?

MARGAR. Oyelo, y acabarás de hacer justicia a tu madre. (*Vase ISABEL.*)

ESCENA VIII

DON RODRIGO, MARGARITA.

MARGAR. Ilustre don Rodrigo.

RODRIGO. Señora... Al fin nos vemos.

MARGAR. Henrad mi estrado, ya que la prisa de venir a mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO. Aquí vengo a buscar el sosiego que necesito. (*Siéntase.*) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGAR. ¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO. Con franqueza pregunto yo. Hablad.

MARGAR. Mi esposo os prometió la mano de su hija única, y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevación de vuestro carácter, ¿se satisfarían con la posesión de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO. El corazón de Isabel no es ahora mío, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe y será el ejemplo de las casadas.

MARGAR. Mirad que su afecto a Marsilla no se ha disminuído.

RODRIGO. No me inspira celos un rival cuyo pa-

radero se ignora, cuya muerte para mí es indudable.

MARGAR. ¿Y si volviese aún? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fué y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO. Mal haría en aparecer ni antes ni después de mis bodas. Él prometió renunciar a Isabel si no se enriquecía en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto a Isabel. La mano que pretendemos ambos no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGAR. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os lo perdono, porque me perdonéis la pesadumbre que voy a daros. Yo, noble don Rodrigo; yo, que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto, por último, que de él iba a resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistáis de un empeño ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO. Ese empeño es público, hace muchos años que dura y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desis-

ta. No os opongáis a lo que no podréis impedir.

MARGAR. Aunque habéis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO. Mucho alcanzáis con él: adora en vos, y lo merecéis, porque ha quince años que os empleáis en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Linaza?

MARGAR. ¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO. Sí, loco y mudo, según estaba; desgraciadamente, según merecía, y a los pies de don Pedro, como era justo.

MARGAR. ¡Cielos! Nada sabía de ese infeliz.

RODRIGO. Ese infeliz era muy delincuente; era el corruptor de una dama ilustre.

MARGAR. ¡Don Rodrigo!

RODRIGO. La esposa más respetable entre las de Tuel.

MARGAR. Por compasión... Si Roger ha muerto...

RODRIGO. Casi expiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver; yo hallé sobre su corazón unas cartas...

MARGAR. ¡Cartas!

RODRIGO. De mujer... Cinco... Sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGAR. ¡Callad, callad!

- RODRIGO. Si no, acudiré a vuestro esposo; bien conoce la letra.
- MARGAR. ¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!
- RODRIGO. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar a mí su mano primero.
- MARGAR. ¡Oh!
- RODRIGO. Dios os guarde, señora.
- MARGAR. Deteneos, oídme.
- RODRIGO. Para que os oiga, venid a verlas. (*Vase.*)
- MARGAR. Escuchad, escuchadme. (*Vase tras DON RODRIGO.*)

ESCENA IX

ISABEL, y después TERESA.

- ISABEL. ¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado a más. (*Sale TERESA.*)
- TERESA. Señora, un joven extranjero ha llegado a casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...
- ISABEL. Recíbele y déjame.
- TERESA. He trabado conversación con él y dice que viene de Palestina.
- ISABEL. ¿De Palestina?
- TERESA. Yo me acordé al punto del pobre don Diego. Como os figuráis que debe estar por allá...

ISABEL. Sí. Llámale pronto. (*Vase TERESA.*) ¡Virgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! ¡Pensemos en el que viene de Palestina!

ESCENA X

ZULIMA, *en traje de noble aragonés*; TERESA, ISABEL.

ZULIMA. El cielo os guarde.

ISABEL. Y a vos
también.

ZULIMA. (*Ap.* Mi rival es ésta.)

ISABEL. Mejor podéis descansar
en esta sala que fuera.

TERESA. Este mancebo, señora,
viene de lejanas tierras:
de Jerusalén, de Jope,
de Belén y de Judea.

ISABEL. ¿Cierto?

ZULIMA. Sí.

TERESA. Y ha conocido
allá gente aragonesa.

ZULIMA. Un caballero traté
de Teruel.

ISABEL. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?
Su nombre.

ZULIMA. Diego Marsilla.

ISABEL. ¡Os trajo Dios a mi puerta!
¿Dónde le dejáis?

- TERESA. Entonces,
¿era ya rico?
- ZULIMA. Una herencia
cuantiosa le dejaron
allí.
- ISABEL. Pero, ¿dónde queda?
- ZULIMA. Hace poco era cautivo
del Rey moro de Valencia.
- ISABEL. ¡Cautivo! ¡Infeliz!
- ZULIMA. No tanto.
La esposa del Rey, la bella
Zulima le amó.
- ISABEL. ¡Le amó!
- ZULIMA. Sí, mucho.
- TERESA. ¡Qué desvergüenza!
- ISABEL. ¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?
- TERESA. ¿Se ha vuelto moro quizá?
- ZULIMA. *(Ap. Ya que padecí, padezca.*
Finjamos.)
- ISABEL. Hablad.
- ZULIMA. No es fácil
resistir a una princesa
hermosa y amante: al fin,
Marsilla, para con ella,
era un miserable.
- TERESA. Pero
vamos, acabad...
- ISABEL. (Ap. ¡Apenas

- vivo!)
- ZULIMA. El Rey llegó a saber
lo que pasaba; la Reina
pudo escapar, protegida
por un bandido, cabeza
de la cuadrilla terrible
que hoy anda por aquí cerca;
y Marsilla...
- ISABEL. ¿Qué?
- ZULIMA. Rogad
a Dios que le favorezca.
- ISABEL. ¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!
(*Desmáyase.*)
- TERESA. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Buena
la habéis hecho!
- ZULIMA. (*Ap.* Sabe amar
esta cristiana de veras:
yo sé más, yo sé vengarme.)
- TERESA. ¡Señora! ¡Paula! ¡Jimena! (*A ZULIMA.*)
Buscad agua, llamad gente.
- ZULIMA. Salgamos. (*Ap.* Con esta nueva
se casará.) (*Vase.*)
- TERESA. ¡Dios confunda
la boca ruin que nos...
(*Salen dos criadas, que traen agua.*)
Lerdas,
¿dónde estabais? A ver: dadme
el agua.
- ISABEL. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI

MARGARITA, ISABEL, TERESA, *criadas*.

MARGAR. ¿Qué sucede?

ISABEL. ¡Ay, madre mía!
Ya no es posible que venga.
Murió.

MARGAR. ¿Quién? ¿Marsilla?

TERESA. ¿Quién
ha de ser?

ISABEL. Y ha muerto en pena
de serme infiel.

TERESA. Una mora,
que dice que no era fea,
la esposa del reyezuelo
valenciano, buena pieza
sin duda, nos le quitó.

ISABEL. ¡En esto paran aquellas
ilusiones de ventura
que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron, ¡ay!,
se van y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿dónde está? Dile que vuelva.

MARGAR. Sí, yo le preguntaré...

TERESA. Pues como nos dé respuestas
por el estilo... Seguidme.
(*Vanse TERESA y las criadas.*)

ESCENA XII

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL. ¡Quién figurarse pudiera
que me olvidara Marsilla!
¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
fué que no lo presintiera
mi corazón? No es verdad;
imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
la sultana de Valencia.
Sólo por volar a mí,
quebrantando sus cadenas,
dejó soñar a la mora
con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
que desde el cielo en que reina
de su martirio me pide
la debida recompensa.
Yo se la daré leal,
yo defenderé mi diestra;
viuda del primer amor
he de bajar a la huesa.
Llorar libremente quiero
lo que de vivir me resta,
sin que pueda hacer ninguno
de mis lágrimas ofensa.

- No he de ser esposa yo
de Azagra: primero muerta.
- MARGAR. ¿Tendrás valor para...?
- ISABEL. Si;
mi desgracia me le presta.
- MARGAR. ¿Y si te manda tu padre?
- ISABEL. Diré que no.
- MARGAR. Si te ruega...
- ISABEL. No.
- MARGAR. Si amenaza...
- ISABEL. Mil veces
no. Podrán, en hora buena,
de los cabellos asida,
arrastrarme hasta la iglesia;
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,
emparedarme en un claustro
donde lentamente muera;
todo esto podrán, sí; pero
lograr que diga mi lengua
un sí perjuro, no.
- MARGAR. Bien,
bien... Tu valor... me consuela.
(*Ap.* Nada oyó: más vale así.
La culpa, no la inocencia
debe padecer.) Ten siempre
esa misma fortaleza,
y no te dejes vencer,
suceda lo que suceda.

Matrimonio sin cariño
crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
que dió su mano violenta...
y... después de larga lucha...
desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
de dolor y penitencia,
y al fin le toca morir
de oprobio justo cubierta.

ISABEL. ¡Ah, madre! ¿Qué dije yo?

Me olvidé con esa nueva
de otra desdicha tan grande
que a mi desdicha supera.

MARGAR. ¡No te cases, Isabel!

ISABEL. Sí, madre: mi vida es vuestra;
dároslo me manda Dios,
lo manda Naturaleza.

MARGAR. ¡Hija!

ISABEL. Por fortuna mía,
Marsilla, al morir, me deja
el corazón sin amor
y sin lugar donde prenda.
Por más fortuna, Marsilla
de mí se olvidó en la ausencia
y puso en otra mujer
el amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
es de condición soberbia,

tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digáis
una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
la conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
no importa lo que me cuesta. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Retrete o gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA I

ISABEL, TERESA. *Aparece ISABEL ricamente vestida, sentada en un sillón, junto a una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano hecho de metal. TERESA está acabando de adornar a su ama.*

TERESA. ¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os miréis, os digo; tomad el espejo. (*Se lo da a ISABEL, que maquinalmente lo toma, y deja caer la mano sin mirarse.*) A esotra puerta... ¡Miren qué trenzas estas de novia! ¡Ved qué preciosa gargantilla voy a poneros! (*ISABEL inclina la cabeza.*) Pero alzad la ca-

beza, Isabel. Si esto es amortajar un difunto.

ISABEL. ¡Marsilla!

TERESA. (*Ap.* Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estáis. Ello, sí, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL. ¡Madre mía!

TERESA. Si echáis de menos a mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella la caridad es antes que todo. Vuestra madre me ha encargado que os aderece; os he puesto hecha una imagen, y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para decir si os gusta.

ISABEL. Sí: es el último.

TERESA. ¡El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma; no lo querrá Dios: antes os hará tan dichosa como vos merecéis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van a venir los convidados a la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL. (*Con sobresalto.*) ¿Qué hora es ya?

TERESA. No tardarán en tocar a vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL. Sí, a esa hora, a esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcón, estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba a la calle por donde había de pasar, para verle; ahora no miro; no le veré. Por allí vino dirigiendo el fogoso alazán, enseñado a pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. "Hasta la dicha o hasta la tumba", me dijo. "Tuya o muerta", le dije yo; y caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma, que se ausentaba. ¡Suya o muerta! ¡Y voy a dar la mano a Rodrigo! ¡Bien cumplo mi palabra!

TERESA. Hija mía, desechad esas ideas. Yo, ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habéis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo por que recobrasedis la paz del alma y fuerais feliz ¡ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

ISABEL. ¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga

tanto!... Quitamele, Teresa. (*Levantándose.*)

TERESA. Señora, que viene don Rodrigo.

ISABEL. ¡Don Rodrigo! Busca pronto a mi madre. (*Vase TERESA.*)

ESCENA II

DON RODRIGO, ISABEL.

RODRIGO. Mis ojos por fin os ven
a solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desdén
y un recato riguroso
me han privado de este bien.
Trémula estáis; ocupad
la silla.

ISABEL. ¡Ante mi señor!

RODRIGO. Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
en el reino del amor.

ISABEL. ¡Mentida soberanía!

RODRIGO. De mi rendimiento fiel
que dudarais no creía.
¡Si a conocer, Isabel,
llegaseis el alma mía!

ISABEL. ¿Para qué? Señas ha dado
que indican su índole bella.

RODRIGO. Mi destino desastrado

sólo mostrar me ha dejado
lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conocéis
orgullosa y vengativa,
y otro por fin hallaréis
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podéis.
El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
aún no le visteis, señora,
y nos conviene a los dos
una explicación ahora.

ISABEL. Mis padres pueden mandar,
yo tengo que obedecer;
nada pretendo saber;
hiciera bien en callar
quien ha logrado vencer.

RODRIGO. El vencedor, que aparece
lleno ante vos de amargura,
manifestaros ofrece
que sabe lo que merece
doña Isabel de Segura.
Os vi, y en vos admiré
virtud y belleza rara:
digno de vos me juzgué,
y uniros a mí juré
costara lo que costara.
Maldición más espantosa
no pudo echarme jamás

una lengua venenosa,
que decir: No lograrás
hacer a Isabel tu esposa.
Lidiaré, si es necesario,
por ella con todo el orbe,
clamaba yo de ordinario;
¡infeliz el que me estorbe,
competidor o contrario!
En mi celoso furor
cabe hasta lo que denigre
mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre...
porque es muy grande mi amor.
No el vuestro, tan delicado,
me pintéis para mi mengua:
quizá no lo haya expresado
en seis años vuestra lengua
sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí;
él su retrato no vió,
yo sí; junto a vos aquí
siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupación
observaros noche y día,
y abandonaba a Monzón
siempre que lo permitía
la marcial obligación.
Viéndoos al balcón sentada

por las noches a la luna,
mi fatiga era pagada:
jamás fué mujer ninguna
de amante más respetada.
Para romper mis prisiones,
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones,
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
espero hace ya seis años,
y aún llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
no deba estar muy distante.

ISABEL. ¡Qué! ¿Pensáis que cesará
mi pasión, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.

RODRIGO. Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque a mí me cueste caro,
nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
cuya expresión no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.

No más que el nombre, y concluyo
de desear y pedir;
todas mis dichas incluyo
en la dicha de decir:
"Me tienen por dueño suyo."
Separada habitación,
distinto lecho tendréis...
¿Quereis más separación?
Vos en Teruel viviréis,
yo en la Corte de Aragón.
¿Teméis que la soledad
bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos; mudaréis, en suma,
de casa y de vecindad.
Nunca, sin vuestra licencia,
veré esos divinos ojos...
¡ay! dámeia con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia,
ya un festín, ya una batida,
ya un torneo, dispondrá.
Si lloráis... prenda querida,
cuando lloréis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Miseros ambos, hacer
con la indulgencia podemos
menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,

- ¿me podréis aborrecer?
- ISABEL. ¡Don Rodrigo, don Rodrigo!
(*Sollozando.*)
- RODRIGO. ¿Lloráis? ¿Es porque me muestro
digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
bastante el duro castigo?
- ISABEL. ¡Oh, no, no! Mi corazón
palpitar de odio no sabe.
- RODRIGO. Ni al mirar vuestra aflicción
hay fuerza en mí que no acabe
rindiéndose a discreción.
Es ya el caso de manera
que el infausto desposorio
viene a ser obligatorio
para ambos: lo demás fuera
dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro
se ha vuelto a vos tan propicio,
que si Dios en su alto juicio
quiere obrar hoy un milagro...
contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
mi aciago rival Marsilla,
sin compasión le matara,
y sin limpiar la cuchilla
corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado o no,
si antes que me deis el sí

viene... que triunfe de mí.

ISABEL. ¡Vos sí que triunfáis así
de esta débil mujer!
(*El llanto ahoga la voz de ISABEL por
unos instantes; luego, al ver a DON PE-
DRO y a los que le acompañan, se contie-
ne, exclamando:*)
¡Oh!

ESCENA III

DON PEDRO, DON MARTÍN, *damas, caballeros, pa-
jes*, ISABEL, DON RODRIGO. *Después TERESA.*

PEDRO. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir
vuestra unión ya nos está esperando en
la iglesia. Tanto mis deudos como los de
Azagra me instan a que apresure la ce-
remonia; pero aún no ha fenecido el pla-
zo que otorgué a don Diego. Al toque de
vísperas de un domingo salió de su pa-
tria el malogrado joven, seis años y siete
días hace: hasta que suene aquella señal
en mi oído no tengo libertad para dispo-
ner de mi hija. (*A DON MARTÍN.*) Porque
veáis de qué modo cumplo mi promesa,
os he rogado que vinierais aquí.

MARTÍN. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis.
No romperá mi hijo el seno de la tierra
para reconveniros.

- ISABEL. (Ap. ¡Infeliz!)
- PEDRO. Fiel a lo que juré me verá desde el túmulo cual me hallaría viviendo. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.
- ISABEL. (Ap. ¡Morada de mi pasado bien, adiós para siempre.) (Vanse todos, menos DON MARTÍN.)

ESCENA V

ADEL, DON MARTÍN.

- ADEL. Cristiano, busco a Martín Marsilla, que está aquí, según se me dice. ¿Eres tú?
- MARTÍN. Yo soy.
- ADEL. ¿Qué sabes de tu hijo?
- MARTÍN. Moro... Su muerte.
- ADEL. ¡Anciano! Bendice al Señor: aún eres padre.
- MARTÍN. ¡Dios poderoso!
- ADEL. Tu hijo libró de un asesinato péfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Sígueme, y no pararé hasta poner a Marsilla en tus brazos. (Vase.)

MARTÍN. (*Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*) ¡Señor, Señor!

ESCENA VI

MARGARITA y DON MARTÍN.

MARGAR. (*Dentro.*) ¡Isabel, Isabel! (*Saic y repara en DON MARTÍN, que se retiraba con ADEL.*) Don Martín...

MARTÍN. (*Deteniéndose.*) Margarita, sabedlo...
Vive mi hijo.

MARGAR. Corred, impedid ese casamiento. (*Oyese el toque de visperas.*)

MARTÍN. ¡Ah! Ya es tarde.

MARGAR. ¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTÍN. ¡Hijo infeliz!

MARGAR. ¡Hija de mis entrañas! (*Vase.*)

ESCENA VII

Bosque inmediato a Teruel.

MARSILLA, atado a un árbol.

Infames bandoleros,
que me habéis a traición acometido,
venid y ensangrentad vuestros aceros;
la muerte ya por compasión os pido.
Nadie llega, de nadie soy oído;
vuelve el eco mis voces, y parece

que goza en mi dolor y me escarnece.
 Me adelanté a la escolta que traía:
 su lento caminar me consumía.
 Yo vengo con amor, ellos con oro.
 Enemigos villanos,
 los ricos dones del monarca moro
 no como yo darán en vuestras manos;
 tienen quien los defienda.
 Pero las horas pasan, huye el día.
 ¿Qué vas a imaginar, Isabel mía?
 ¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
 si esperando abrazar al triste Diego
 corrido el plazo ves y yo no llego?
 Con mi tardanza... Si, ya se aproxima
 gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII

ZULIMA, *en traje de hombre*. MARSILLA.

ZULIMA. Yo soy.
 MARSILLA. ¡Cielos! ¡Zulima!
 ¡Tú aquí! (*Ap.* Presagio horrendo.)
 ZULIMA. Vecinos de Teruel vienen corriendo,
 a quienes más que a mí toca librarte:
 yo sólo en esta parte
 me debo detener mientras te digo
 que Isabel es mujer de don Rodrigo.
 MARSILLA. ¡Gran Dios! Mas no: me engañas, im-
 [postora.

- ZULIMA. Zaén, que llega de Teruel ahora,
Zaén ha visto dar aquella mano
tan ansiada por ti.
- MARSILLA. ¿Conque es ya tarde?
- ZULIMA. Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
el Rey te prodigó: más he podido
prófuga yo que mi real marido. (*Vase.*)

ESCENA XI

DON MARTÍN, *caballeros y criados*; MARSILLA.

- MARTÍN. El es. (*Dentro.*)
- MARSILLA. ¡Mi padre!
- VOCES. (*Dentro.*) El es.
- MARSILLA. ¡Padre!
- MARTÍN. (*Dentro.*) ¡Hijo mío!
Subid, corred, volad; libradle pronto.
(*Salen caballeros y criados.*)
- MARSILLA. Desatadme, decidme...
(*Desatan a MARSILLA.*)
- MARTÍN. (*Saliendo.*) ¡Hijo querido!
- MARSILLA. ¡Padre!
- MARTÍN. Por fin te hallé.
- MARSILLA. Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... ¿Mi mal es cierto?
- MARTÍN. Respóndante las lágrimas que vierto.
¿Quién tu llegada ha retardado?

- MARSILLA. El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.
- MARTÍN. ¿La sultana?
¿Te han herido?
- MARSILLA. ¡Ojalá!
- MARTÍN. ¿Te han despojado?
- MARSILLA. Nada he perdido. La esperanza sólo.
- MARTÍN. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...
- MARSILLA. ¡Esa tigre anunció la muerte mía!
- MARTÍN. ¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aún te
[quedan
padres que lloren tu destino triste.
- MARSILLA. El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con qué llenáis el hórrido vacío
que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre, sin Isabel, para Marsilla
no hay en el mundo nada!
Por eso en mi doliente desvarío
sed bárbara de sangre me devora.
Verterla a ríos para hartarme quiero,
y cuando más que derramar no tenga,
la de mis venas soltará mi acero.
- MARTÍN. Hijo, modera ese furor.
- MARSILLA. ¿Quién osa
hijo llamarme ya? ; Fuera ese nombre!
La desventura quiebra

los vínculos del hombre con el hombre
y con la vida y la virtud. Ahora,
que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde;
para acabar con ambos aún no es tarde.

MARTÍN. ;Desgraciado! ¿Qué intentas?

MARSILLA. Con el crimen
el crimen castigar. Una serpiente
se me enreda en los pies; mi pie destroce
su garganta infernal. Un enemigo
me aparta de Isabel; huya o perezca.

MARTÍN. Hijo...

MARSILLA. Perecerá.

MARTÍN. No...

MARSILLA. ;Maldecido
mi nombre sea, si la sangre odiosa
de mi rival no vierto!

MARTÍN. Es poderoso...

MARSILLA. Marsilla soy.

MARTÍN. Mil deudos le acompañan...

MARSILLA. Mi furia a mí.

MARTÍN. Merézcate respeto
ese lazo...

MARSILLA. Es sacrílego, es aleve.

MARTÍN. En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA. Con mi presencia queda destruído.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Habitación de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas a la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja a la derecha.

ESCENA IV

ADEL, ISABEL.

ADEL. Cristiana, brillante honor
de las damas de tu ley,
yo imploro en nombre del Rey
de Valencia tu favor.

ISABEL. ¿Mi favor?

ADEL. Tendrás noticia
de que salió de su Corte
Zulima, su infiel consorte,
huyendo de su justicia.

ISABEL. Sí.

ADEL. Mi señor decretó,
con rectitud musulmana,
castigar a la Sultana
ya que a Marsilla premió

ISABEL. ¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
que le dió muerte sañuda?

ADEL. Tú no le has visto, sin duda,
entrar, como yo, en Teruel.

- ISABEL. ¿Marsilla en Teruel?
- ADEL. Sí.
- ISABEL. Mira
si te engañas.
- ADEL. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
y mátenme si es mentira.
- ISABEL. No es posible. ¡Ah, sí! Que siendo
mal, no es imposible nada.
- ADEL. Por la villa alborotada
tu nombre va repitiendo.
- ISABEL. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
nacimos! —¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han llamado?
¿Y tú por qué me lo dices?
- ADEL. Porque estás, a mi entender,
en grave riesgo quizá.
- ISABEL. Perdido Marsilla, ya
¿qué bien tengo que perder?
- ADEL. Con viva lástima escucho
tus ansias de amor extremas
pero aunque tú nada temas,
yo debo decirte mucho.
Marsilla a mi Rey salvó
de unos conjurados moros,
y el Rey vertió sus tesoros
en él y aquí le envió.
El despreció la liviana
inclinación de la infiel...

- ISABEL. ¡Oh! ¿Sí?
- ADEL. Y airada con él,
vino y se vengó villana
contando su falso fin.
- ISABEL. ¡Ella!
- ADEL. Con una gavilla
de bandidos, a Marsilla
detuvo, ya en el confin
de Teruel, donde veloces,
corriendo en tropel armado,
le hallamos a un tronco atado,
socorro pidiendo a voces.
- ISABEL. ¡Calla, moro; no más.
- ADEL. Pasa
más y es bien que te aperciba.
La sultana fugitiva
se ha refugiado en tu casa;
en ésta.
- ISABEL. ; Aquí mi rival!
- ADEL. Tu esposo la libertó.
- ISABEL. ; Ella donde habito yo!
- ADEL. Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
matar a Marsilla quiso.
- ISABEL. A tiempo llega el aviso.
- ADEL. Confirma tú la sentencia
que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
para siempre separada

de Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
tálamo de don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
al que le apresta su esposo,
pena digna del ultraje
que siente.

ISABEL.

Sí, moro; salga
pronto de aquí, no le valga
el fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
entró en mi casa: pues bien,
al cazador se la den,
que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
con ella, fuera rayar
en loca: voy a mandar
que la traigan atrastrando.
Sean de mi furia jueces
cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús! Cuando yo recuerdo
que hoy pude... ¡Jesús mil veces!
No le ha de valer el llanto,
ni el ser mujer, ni ser bella,
ni Reina. ¡Si soy por ella
tan infeliz... tanto, tanto!
Dime, pues, di; tu señor
¿qué suplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará

con su delincuente amor.

ISABEL. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL. ¿Y es bastante
esa razón?...

ISABEL. ¡Es mi amante
tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
en viéndole. ¡Y yo, que hacía
tanto que no le veía...
y ya no le puedo ver!
Moro, la víctima niego
que me vienes a pedir:
quiero yo darle a sufrir
castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
mi corazón desgarró...
Me asesina el alma... Yo
la defiendo, la perdono. (Vase.)

ESCENA VI

MARSILLA, *por la ventana.*

MARSILLA. Jardín... Una ventana... Y ella luego.
Jardín abierto hallé y hallé ventana;
mas, ¿dónde está Isabel? Dios de cle-
[mencia,
detened mi razón, que se me escapa;

detenedme la vida, que parece
que de luchar con el dolor se cansa.
Siete días hace hoy; ¡qué venturoso
era en aquel salón! Sangre manaba
de mi herida, es verdad; pero agolpados
alrededor de mi lujosa cama,
la tierna historia de mi amor oían
los guerreros, el pueblo y el Monarca,
y entre piadoso llanto y bendiciones,
"Tuya será Isabel", juntos clamaban
súbditos y Señor. Hoy no me ofende
mi herida, rayos en mi diestra lanza
el damasquino acero... No le traigo...
¡Y hace un momento que con dos me
[hallaba!
Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué an-
[gustia
viene a ser esta que me rinde el alma,
cuando, acabada la cruel ausencia,
voy a ver a Isabel?

ESCENA VII

ISABEL, MARSILLA.

ISABEL. Por fin se encarga
mi madre de Zulima.

MARSILLA. ¡Cielo santo!

ISABEL. ¡Gran Dios!

- MARSILLA. ¿No es ella?
- ISABEL. ¡El es!
- MARSILLA. ¡Prenda adorada!
- ISABEL. ¡Marsilla!
- MARSILLA. ¡Gloria mía!
- ISABEL. ¿Cómo, ¡ay!, cómo
te atreves a poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has ve-
nido?
- MARSILLA. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
para que hacia Isabel vuele Marsilla,
querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh qué hermosa a mis ojos te presentas!
Nunca te vi tan bella, tan galana...
Y un pesar, sin embargo, indefinible
me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
cándida flor, en mi jardín criada,
vuelvan a ser tu virginal adorno:
mi amor se asusta de riqueza tanta.
- ISABEL. (*Ap.* ¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío
que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separación.
- MARSILLA. ¡Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!
- ISABEL. ¡Estoy casada!
- MARSILLA. Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,

tendí las manos y voló al tocarla.

ISABEL. Me engañaron; tu muerte supusieron
y tu infidelidad.

MARSILLA. ¡Horrible infamia!

ISABEL. Yo la muerte creí.

MARSILLA. Si tú vivías,
y tu vida y la mía son entrambas
una sola no más, la que me alienta,
¿cómo de ti sin ti se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
que gozo y pena distribuye sabia;
juntos al fin de la mortal carrera
nos toca ver la celestial morada.

ISABEL. ¡Oh, si me oyera Dios!...

MARSILLA. Isabel, mira,
yo no vengo a dar quejas, fueran vanas.
Yo no vengo a decirte que debiera
prometerme de ti mayor constancia,
cumplimiento mejor del tierno voto
que, invocando a la Madre inmaculada,
me hiciste amante la postrera noche
que me apartó de tu balcón el alba.
"¡Para ti (sollozando me decías),
o si no para Dios!" ; Dulce palabra,
consoladora fiel de mis pesares
en los ardientes páramos del Asia
y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,
ni esposa del Señor. Di, pues, declara
(esto quiero saber) ¿de qué ha nacido

el prodigio infeliz de tu mudanza?
Causa debe tener.

ISABEL. La tiene.

MARSILLA. Grande.

ISABEL. Poderosa, invencible: no se casa
quien ama como yo si no cediendo
a la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA. Dimelo pronto, pues, dilo.

ISABEL. Imposible.

No has de saberlo.

MARSILLA. Sí.

ISABEL. No.

MARSILLA. Todo.

ISABEL. Nada.

Pero tú en mi lugar también el cuello
dócil a la coyunda sujetaras.

MARSILLA. Yo, no, Isabel; yo, no. Marsilla supo
despreciar una mano soberana
y la muerte arrostrar por quien ahora
la suya vende y el porqué le calla.

ISABEL. (*Ap.* ¡Madre, madre!)

MARSILLA. Responde.

ISABEL. (*Ap.* ¿Qué le digo?)

Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa.
(*Llora.*)

Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes
para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA. Idolo mío, no; yo sí que debo poner mis labios en tus huellas. Alza. No es de arrepentimiento el lloro triste que esos luceros fúlgidos empaña; ese llanto es de amor, yo lo conozco, de amor constante, sin doblez, sin tacha, ferviente, abrasador, igual al mío. ¿No es verdad, Isabel? Dimelo franca: va mi vida en oírte.

ISABEL. ¿Prometes obedecer a tu Isabel?

MARSILLA. ¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad no es tuya? Dispón, habla.

ISABEL. Júralo.

MARSILLA. Sí.

ISABEL. Pues bien: yo te amo; vete.

MARSILLA. ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta me matase a tus pies, si su dulzura con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas de destierro y de amor hiciste hermanas?

ISABEL. Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre [bre que me hace de su honor depositaria, y debo serle fiel. Nuestros amores mantuvo la virtud libres de mancha: su pureza de armiño conservemos. Aquí hay espinas, en el cielo palmas.

Tuyo es mi amor y lo será; tu imagen siempre en el pecho llevaré grabada, y allí la adoraré: yo lo prometo, yo lo juro; mas huye sin tardanza. Libértame de ti, sé generoso: libértame de mí...

MARSILLA. No sigas, basta.
¿Quieres que huya de ti? Pues bien, te Valor... y separémonos. En paga, [dejo. en recuerdo, si no, de tantas penas con gozo por tu amor sobrellevadas, permite, Isabel mía, que te estrechen mis brazos una vez.

ISABEL. Deja a la esclava cumplir con su señor.

MARSILLA. Será el abrazo de un hermano dulcísimo a su hermana, el ósculo feliz que tantas veces cambió feliz en la materna falda nuestro amor infantil.

ISABEL. No lo recuerdes.

MARSILLA. Ven...

ISABEL. No, jamás.

MARSILLA. En vano me rechazas.

ISABEL. Detente, o llamo...

MARSILLA. ¿A quién? ¿A don Rodrigo?
No te figures que a tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,

no; lejos de los muros de la villa
muerte la tierra que su sangre baña.

ISABEL. ¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA. Pérfida, ¿te afliges?

Si lo llego a pensar, ¿quién le librara?

ISABEL. ¿Vive?

MARSILLA. Merced a mi nobleza loca,
vive: apenas cruzamos las espadas,
furiosa en él se encarnizó la mía;
un momento después hundido estaba
su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
que le rinden cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
y en ti la he de emplear. Conmigo ahora
vas a salir de aquí.

ISABEL. ¡No, no!

MARSILLA. Se trata
de salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
el cobarde que lloras desolada
al caer en la lid? "Triunfante quedas;
pero mi sangre costará bien cara."

ISABEL. ¿Qué dijo, qué?

MARSILLA. "Me vengaré en don Pedro,
en su esposa, en los tres: guardo las car-
[tas."

ISABEL. ¡Jesús!

MARSILLA. ¿Qué cartas son?...

ISABEL. ¡Tú me has perdido!

La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
para que, fiel, a socorrerle vaya,
y a fuerza de rogar venza sus iras.

MARSILLA. ¡Justo Dios! ¡Y decía que me amaba!

ISABEL. ¿Con su pasión funesta reconienes
a la mujer del vengativo Azagra?
Te aborrezco. (*Vase.*)

ESCENA VIII

MARSILLA. ¡Gran Dios! Ella lo dice.

Con furor me lo dijo: no me engaña.
Ya no hay amor allí. ¡Mortal veneno
su boca me arrojó, que al fondo pasa
de mi seno infeliz, y, una por una,
rompe, rompe, me rompe las entrañas!
Yo con ella, por ella, para ella
viví... Sin ella, sin su amor, me falta
aire que respirar... Era amor suyo
el aire que mi pecho respiraba.
Me le negó, me le quitó; me ahogo,
no sé vivir.

VOCES. (*Dentro.*) Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX

ISABEL, *trémula y precipitada*. MARSILLA.

ISABEL. Huye, que viene gente, huye.

MARSILLA. (*Todo trastornado*.) No puedo.

VOCES. (*Dentro*.) ¡Muera, muera!

MARSILLA. Eso sí.

ISABEL. Ven.

MARSILLA. ¡Dios me valga!

(*ISABEL le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo*.)

ESCENA X

ADEL, *huyendo de varios caballeros con espadas desnudas*; DON PEDRO, MARGARITA, *criados*. ISABEL y MARSILLA *dentro*.

CABAL. ¡Muera, muera!

MARGAR. { Escuchad.

PEDRO. }

ADEL. Aragoneses,

yo la sangre vertí de la Sultana;
pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
la muerte de Marsilla maquinaba,
la muerte de Isabel.

ISABEL. (Dentro.) ¡Ay!
ADEL. Ved en prueba
esta punta sutil envenenada.
(Muestra el puñal de ZULIMA.)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.
(Abrese la puerta del fondo y sale por
ella ISABEL, que se arroja en brazos de
MARGARITA; MARSILLA aparece caído en
un escaño.)

ESCENA ULTIMA

ISABEL, DICHOS.

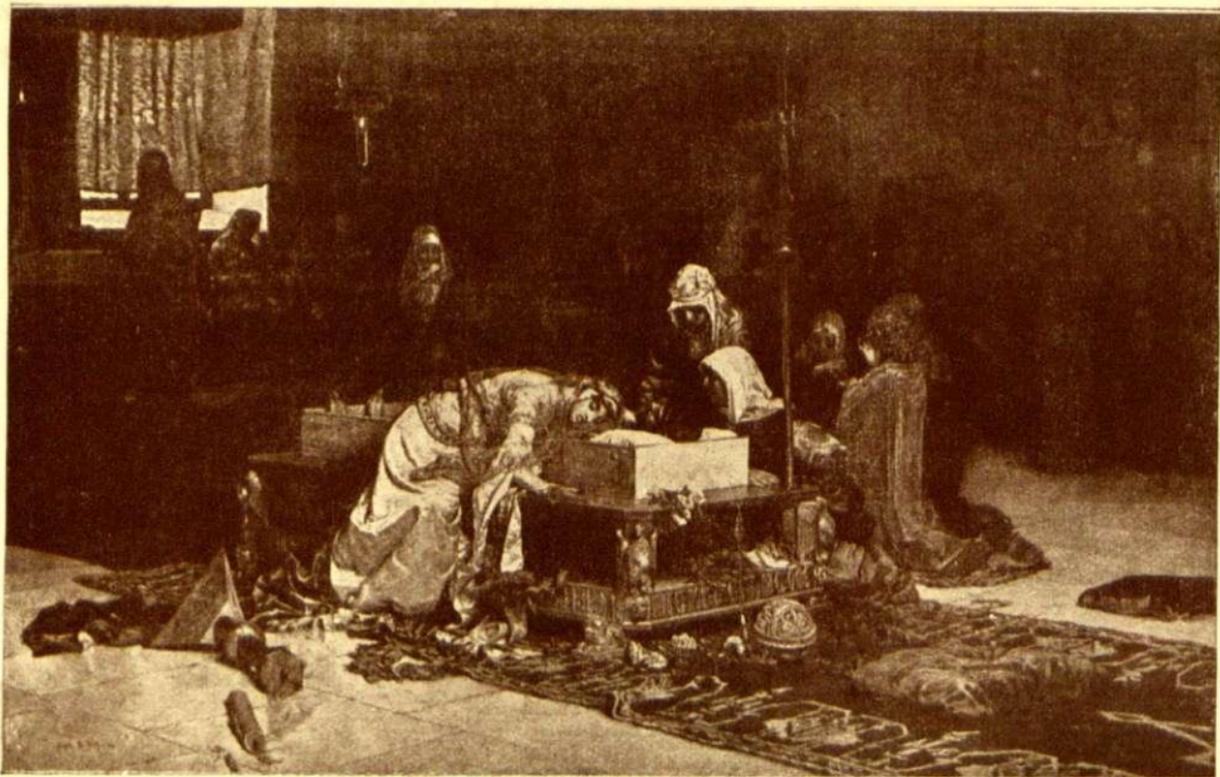
ISABEL. ¡Madre del alma!
ADEL. Vedle allí...
MARGAR. ¡Santo Dios!
PEDRO. Inmóvil...
ISABEL. ¡Muerto!
ADEL. Cumplió Zulima su feroz venganza.
ISABEL. No le mató la vengativa mora.
Donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: "Te aborrezco";
él creyó la sacrílega palabra
y expiró de dolor.
MARGAR. Por todo el cielo...

LOS AMANTES DE TERUEL

- ISABEL. El cielo, que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.
- PEDRO. ¡Hija!
- ISABEL. Marsilla
un lugar a su lado me señala.
- MARGAR. ¡Isabel!
- PEDRO. ¡Isabel!
- ISABEL. Mi bien, perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy; en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.
*(Dirigese donde está el cadáver de MAR-
SILLA; pero antes de llegar cae sin alien-
to con los brazos tendidos hacia su
amante.)—Telón.*

FIN DEL DRAMA





LOS AMANTES DE TERUEL.
Cuadro de Muñoz Degraín. Museo de Arte Moderno. Madrid.



JOSÉ ZORRILLA

De abolengo castellano castizo, y aun castellano viejo —del Duero arriba, donde, según don Alberto Lista, no nacían poetas—, palentino por su padre y burgalés por su madre, vino don José Zorrilla a este mundo en Valladolid, en 21 de febrero de 1817. En ciudades castellanas y andaluzas llenas de recuerdos y de arte transcurrió su juventud, más soñadora que estudiosa, aunque estudiosa también, a su manera. Si no precisamente las leyes, a cuya profesión su padre le destinaba —legista él mismo y llegado a superintendente general de Policía en los últimos tiempos del rey don Fernando VII—, los monumentos, la historia y las tradiciones de la España de otros tiempos gloriosos eran objeto constante de su curiosidad y de sus amores, indisciplinados, pero ardientes. Las obras de Chateaubriand, de W. Scott y de Fenimore Cooper iniciaron su fantasía en el mundo encantado de aventuras caballerescas y galantes, de que sacó más tarde tesoros de poesía para sus versos. Sacó de ellas también probablemente su carácter andariego y bohemio, que no se desmintió en su larga carrera, y que por lo pronto le indujo a abandonar la casa de sus padres cuando aún no tenía veinte años y a vivir en Madrid durante algún tiempo a salto de mata.

De la obscuridad y miseria en que perecía fué ocasión la muerte de Larra de sacar a nuestro poeta, por

unos versos que leyó sobre el cadáver de este malogrado escritor en el cementerio, ante el mundo literario reunido allí a darle tierra. Los periódicos se le disputaron desde aquel instante como colaborador literario, y no pasó mucho tiempo sin que abordase el teatro, fuente de recursos más copiosa, a que algunos de sus amigos vivían atenidos. En colaboración con García Gutiérrez escribió y se hizo aplaudir el drama *Juan Dandolo* (1839), y antes de terminar el año teatral había presentado a la compañía del coliseo de la Cruz otras tres obras: *Cada cual con su razón*, *Aventuras de una noche* y *El Zapatero y el Rey* (primera parte). Se estrenó esta última en 14 de marzo de 1840. “Desde aquella noche quedé —dice el poeta— por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela.” Con esta composición, según el más ilustre de sus biógrafos, “supo asentar Zorrilla su firme planta en la poesía dramática”. Aplaudida con entusiasmo, fué su autor requerido a darle una segunda parte que, a su vez y tras una representación esmerada, logró también el favor del público, estrenada en 5 de enero de 1841.

En la acción entera de *El Zapatero y el Rey* —primera y segunda parte— sólo la muerte en Montiel de don Pedro tiene base histórica. Forma un cuadrillo dramático y literario apto para ser presentado aparte, como va a ver el lector, porque lleva en sí mismo toda la explicación de que necesita. Y no puede faltarle mucho si ya no es él el momento más poético y más grandioso del teatro de su autor.





EL ZAPATERO Y EL REY

SEGUNDA PARTE

ACTO TERCERO

PERSONAS

DON PEDRO.

EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.

EL ASTRÓLOGO BEN-HAGATÍN.

MEN RODRÍGUEZ DE SAN-
BRIA.

EL ALCAIDE *del castillo de
Montiel.*

*Guardias y soldados de don
Pedro.*

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán a lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla que conduce al torreón, y otra a la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el astrólogo Ben-Hagatín: un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendón del rey don Pedro. Es de noche.

ESCENA II

DON PEDRO y EL CAPITÁN.

D. PEDRO. *(Que baja del torreón.)*

Blas.

CAPITÁN. Señor.

D. PEDRO. Esa mujer
te cuesta mucho, lo veo;

- libertártela deseo:
siento verte padecer.
- CAPITÁN. Señor, con esa quimera
no andéis desasosegado.
Ya me la habéis entregado,
y haré de ella lo que quiera.
- D. PEDRO. En vano ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.
- CAPITÁN. La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,
(*Con resignación.*)
aunque a escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya.
- D. PEDRO. Pérez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y a decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.
- CAPITÁN. También a mí, mas la acallo
con razón más poderosa.
- D. PEDRO. ¿Y con cuál?
- CAPITÁN. Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.
- D. PEDRO. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás

con tan triste sacrificio?
CAPITÁN. Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y más, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
De vuestro reino, ¿qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

D. PEDRO. (*Con orgullo.*)
Yo siempre moriré honrado,
que atestiguar harto puedo
que hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y tropa
con que volver a Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido
es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
a cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los a quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné

y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
¿Para esto había razón?
¿Qué derecho se la abona?
¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?
No. Encerrado como estoy
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga
el Rey de Castilla soy.

CAPITÁN. Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

D. PEDRO. (*Dándole la mano.*)
Y en lo futuro, quien cuente
tu lealtad no faltará.

CAPITÁN. Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nació yo,
y su alteza me nombró
Capitán y caballero.
Quiero pagaros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
de la vuestra por igual.

D. PEDRO. No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAPITÁN. Sin vos, ¿para qué los quiero?

Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré a ser zapatero.

D. PEDRO. Mas oye; en esa escalera
siento pasos.

CAPITÁN. Es sin duda
Men Rodríguez; quiera ayuda
darnos Dios.

D. PEDRO. ;Ojalá quiera!

ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITÁN y MEN RODRÍGUEZ DE
SANABRIA.

CAPITÁN. Men Rodríguez, ¿qué noticias?...

D. PEDRO. ¿Habéis visto a ese francés?

RODR. Sí, señor.

D. PEDRO. ¿Admite, pues?

RODR. No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
a proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

D. PEDRO. ;Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí
al cabo se lo agradezco.

RODR. Oyóme con gran templanza;

prometí, insté, supliqué;
 quién érais le recordé,
 y al fin me dió una esperanza.
 Dijome que allí venía
 a sueldo de vuestro hermano,
 y que tenderos la mano
 sin venderle no podía.
 Yo entonces, por grande hazaña
 el salvaros le pinté,
 y en vuestra palabra y fe
 le prometí media España.

D. PEDRO. Bien hiciste en prometer,
 que darse la mitad puede,
 pues como mal me la enrede,
 entera la he de perder.
 Mas al fin, ¿qué dijo?

RODR. Al fin,
 tras de andar algo reacio,
 pidióme un pequeño espacio.

D. PEDRO. ¡Ese Beltrán de Claquín
 me parece un gran traidor!
 Porque si leal obrara,
 que sí o que no contestara.

RODR. Ya contestará, señor.
 Si consiente y nos socorre
 hará, en señal, que se encienda
 un farol sobre su tienda,
 que se ve desde esta torre.
 Vedla, señor.

- D. PEDRO. ¿Es aquella
que está junto a la corriente?
- RODR. Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.
- D. PEDRO. Bueno.
- RODR. Si le veis brillar,
podéis sin riesgo salir
y a su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá a esperar.
- D. PEDRO. Men Rodríguez, por si acaso
la luz a brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.
(*Sube Men Rodríguez al torreón.*)
- Retírate, Blas, también,
que quiero oír el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.
- CAPITÁN. Está bien. (*Fase.*)

ESCENA IV

DON PEDRO, EL ASTRÓLOGO Y MEN RODRÍGUEZ *en el
torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa
en la escena.*

- D. PEDRO. ¿Habéis concluido ya?
- ASTRÓL. Nuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.
- D. PEDRO. ¿Y qué respuesta nos da?

- ASTRÓL. Confusa es la explicación,
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.
Ved; en ese pergamino
de los astros está escrita
la razón. Se necesita
que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.
- D. PEDRO. (*Lee.*) Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podéis darme más clara
explicación?
- ASTRÓL. Si podría,
pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.
- D. PEDRO. ¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino a las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no a bulto.
- ASTRÓL. Su respuesta es esa; y de ella
el sentido a escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.
- D. PEDRO. Eso ya yo me lo sé (*Con amargura.*)
desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí
nunca me esperaba, a fe.

(Señalando el pergamino que tiene en la mano.)

Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

ASTRÓL. Hay aún
consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

D. PEDRO. ¿Con quién creéis que tratáis
para dudar del valor?

ASTRÓL. Yo os lo propongo, señor;
vos haréis lo que queráis.

D. PEDRO. ¿Sabré?...

ASTRÓL. Toda la futura
suerte a que el destino os lleva.

D. PEDRO. ¿Cierta?

ASTRÓL. Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

D. PEDRO. Hacedla, pues.

ASTRÓL. Necesito
prepararos de antemano.

D. PEDRO. ¿Hay en ella algo profano?

ASTRÓL. Sólo hay riesgo.

D. PEDRO. Pues lo admito.

ASTRÓL. Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.

D. PEDRO. ¿Y lograré?...

ASTRÓL. Que a vuestros ojos palpable

aparezca el porvenir.
Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.

D. PEDRO. Vamos allá; quiero ver
mi destino, ¡vive Dios!,
que el más tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.

Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo;
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.

*(El teatro permanece unos instantes solo.
Don Pedro aparece a poco, trayendo en
la mano una lámpara apagada, que deja
encima del pilar de piedra donde está
clavada su bandera.)*

ESCENA IX

DON PEDRO.

D. PEDRO. Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarlo, y de la edad futura
embriagarme en el néctar delicioso,
o el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemo.
¡Si atendiera al pavor, la vertería

por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y
(La toca.) [luchó
 con mi superstición!... Aún está fría...
 ¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mu-
 ¡Perdóname tan torpe ceremonia, [cho!
 oh cielo, para mí siempre enemigo!
 No mires que al altar de Babilonia
 me acerco impuro sin contar contigo.
 En tu bóveda azul, limpia y serena,
 jamás pude leer de mi fortuna
 ni una letra feliz, ni amiga y buena
 brilló para don Pedro estrella alguna.
 Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
 siempre se abrió su libro tenebroso
 por párrafo fatal, dándome muestra
 de un porvenir aciago y borrascoso.
 Perdona, sí, perdona si te irrito
 otro poder diabólico invocando,
 porque un calmante pronto necesito,
 y por do quier que voy lo voy buscando.
 Si es mi sino fatal, iré sereno
 a sepultarme en su tremendo abismo.
 Quiero saberlo, sí, contrario o bueno,
 para luchar con él con heroísmo. *(Pausa.)*
 Ya hierve este licor emponzoñado;
 ya de la mecha en derredor se apila;
 ya trepa por sus hilos inflamado...
 ¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(Empieza a inflamarse la lámpara con

un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)

¡Acúdeme, valor!... ¡Brotó la llama!...

Ven mis pupilas a su luz apenas
los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién

[derrama

el fuego de un volcán dentro mis venas?

Próximas a saltárseme las siento...

Me acosa el corazón abrasadora

de venganza la sed... y el pensamiento

me desgarrá una idea asoladora.

(Don Pedro vuelve los ojos desesperado a todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco a poco, hasta quedarse enfrente de él.)

¡Enrique! Siempre Enrique... siempre

[ese hombre.

Di: ¿qué quieres de mí, bastardo infame?

¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?

¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?

Ese puñal que abarcas con tu mano,

¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo bri-

[lla!

¡Guárdale, por piedad, guárdale, herma-

[no!...

Mas no; mentí, bastardo de Castilla.

No le escondas; levántale; te aguardo.

Ven, si te atreves, a amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos, ¡vil bastardo!,
de tu ruin corazón todo el veneno.

¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.

¿No lo oyes?... De rodillas, miserable.
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa
(*Sonríe.*)

me mueve a compasión... y me precisa
a volverte esa risa abominable.

Mírame sonreír... mírame y huye,
porque a la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...

Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aún!... ¿Qué esperas,
[sombra,
sonriéndome siempre?... ¿Qué me quie
[res?

Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(*Sonrisa convulsiva.*)

Yo me río también de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo; espera, espera;
mas no, no; huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.

Huye; me das horror... Huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.

Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
(*Cae en la piedra sentado, y sigue con
su risa convulsiva hasta que, apagándose
la lámpara, desaparece la sombra, y cae
sin sentido.*)

ESCENA X

DON PEDRO, EL CAPITÁN y MEN RODRÍGUEZ
en el torreón.

- CAPITÁN. Ya todos están rendidos.
Mas, ¿qué veo? Si un traidor (*Le toca.*)
llegó hasta el Rey... No, respira.
- D. PEDRO. ¿Quién eres? (*Volviendo en sí.*)
- CAPITÁN. Señor, yo soy.
- D. PEDRO. ¿Se fué ya?
- CAPITÁN. ¿Quién?
- D. PEDRO. Ese espectro;
ese ensueño aterrador.
- CAPITÁN. ¿Quién, señor, que no os entiendo?
- D. PEDRO. ¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto
me asesina esa visión.
(*Vuelve en sí del todo, y se levanta, so-
breponiéndose a su pavor.*)
Mas ese francés, ¿qué dice?

CAPITÁN. Nada responde.

RODR. ¡El farol!

D. PEDRO. Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación.
Salgamos de aquí cuanto antes.

CAPITÁN. Señor don Pedro, idos vos.

D. PEDRO. ¡Qué! ¿Tú también me abandonas?

CAPITÁN. ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.

D. PEDRO. Capitán, tienes razón.
Si me venden...

CAPITÁN. Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.

D. PEDRO. Voy, pues, a apurar mi estrella
sin fe, pero sin temor,
que lo que en suerte me falta
me sobra de corazón. (*Vase.*)

CAPITÁN. Ahora, o trono para él,
o tumba para los dos.



ACTO CUARTO

PERSONAS

DON PEDRO.
EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
BELTRÁN DE CLAQUÍN.
MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.
OLIVIER DE MANNI.

EL VIZCONDE DE ROCABERTI.
Caballeros franceses, Guardias de don Enrique, Soldados de don Pedro, y doña Inés, que no habla en este acto.

Campamento de don Enrique. En medio de la escena, la tienda de Beltrán Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni, y otros caballeros franceses. Alrededor y en lontananza las otras tiendas del campamento.—Amanece.

ESCENA I

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUÍN y OLIVIER DE MANNI.

VIZCONDE. Miradlo, mosén Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir a engaños
con las manos en las armas.

BELTRÁN. Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
a don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

OLIVIER. Eso bien vale, señores,

una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELTRÁN. Sí, por cierto; ese don Pedro,
¿qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes a nuestro campo
pasándosele a bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia
y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse; a esto vendría
a parar hoy o mañana.
Su hermano, mientras él viva
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, con que es claro
que un día u otro le mata.
Y en tal caso...

OLIVIER. Ciertamente,
lo mismo es hoy que mañana.

VIZCONDE. Sí; pero el Rey de Castilla
es sólo don Pedro.

OLIVIER. ¡Vaya!

BELTRÁN. Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.

¿Qué nos importa a nosotros?
 En esta guerra menguada
 venimos por el partido
 que nos compró nuestras lanzas.
 Como podemos servímosle,
 y a traición o cara a cara,
 siempre quien vence es el bueno;
 y con razón buena o mala,
 si lo acabamos nosotros,
 después de darnos las gracias,
 con el dinero de entrambos
 nos volveremos a Francia.

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, *embozado*; MEN RODRÍGUEZ DE
 SANABRIA, BELTRÁN DE CLAQUÍN, OLIVIER
 DE MANNI.

RODR. ¿Es don Beltrán?

BELTRÁN. Sí, yo soy.

¿Es don Pedro?

D. PEDRO. Caballero
 francés, en vos sólo espero,
 y pronto a partir estoy.

BELTRÁN. Señor don Pedro, me pesa
 por primera vez hablaros
 y haber de descontentaros.

D. PEDRO. Qué, ¿negáis vuestra promesa?

BELTRÁN. No, señor, mas yo querría

a estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día
para serviros mejor.

D. PEDRO. Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme a precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como a salvo me pongáis.

BELTRÁN. No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvisteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

D. PEDRO. Entonces no hay para qué
pararse más en decir,
sino vamos a partir,
que estoy impaciente, a fe.

BELTRÁN. Señor, ¿es desconfianza
que tenéis de mí?

D. PEDRO. Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios sólo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

BELTRÁN. Suplícoos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

D. PEDRO. ¡Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos;
con que o dadme un guía fiel,
o yo me vuelvo a Montiel
a la voluntad de Dios.

BELTRÁN. Vuestra razón imagino;
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

D. PEDRO. Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
a encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ y GUARDIAS.

RODR. Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...

D. PEDRO. Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.

RODR. Su mala opinión, señor,
no alcanza a Beltrán Claquín,
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia.

- D. PEDRO. Todos son buenos en Francia,
mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio,
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
el cielo me castigó;
¡destino el cielo me dió,
Men Rodríguez, bien tirano!
¡Ay! Cuando cuentas le pido
al tiempo que me ha tocado,
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece;
mucho se detiene ese hombre;
y a pesar de su buen nombre,
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...
- RODR. No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos...
- D. PEDRO. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?
- RODR. Lllaman selva vulgarmente
a esa espesura que enfrente
viendo estáis.
- D. PEDRO. ¡Ay, infelices
de nosotros!

RODR. ¿Pues qué objeto
halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

D. PEDRO. Su nombre
a mi horóscopo sujeto.
No esperemos a que vuelva,
Rodríguez; *Cerca de Castro*
que he de morir dice un astro,
y otro dice que *en la selva*.

RODR. Mas señor, ved que arriesgamos...

D. PEDRO. Todo ahora lo entiendo bien;
el Castro era don Guillén,
y esta la selva... ¡Ah! ¡partamos!
*(Van a salir, y los guardias se lo im-
piden.)*

SOLDADO. Atrás.

D. PEDRO. ¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO. De aquí no podéis salir.

RODR. ¡Ah! Como buenos morir
en Montiel era mejor.

D. PEDRO. ¡Destino! ¿no estás contento
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento?

RODR. ¿Morir decís?

D. PEDRO. Sí, morir.
¿Pues qué piensas; vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?

No cabe en mí tal bajeza;
que, aunque así Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.

RODR. (*A los soldados.*)
Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra;
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir a Montiel,
y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

D. PEDRO. (*Con firmeza.*) Sanabria, aunque los re-
de la suerte así me abaten, [veses
dejadme vos que me maten
sin rogar a los franceses.
No quiero que piensen, no,
que nunca los he temido;
mis enemigos han sido,
y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN, DON EN-
RIQUE, etc.

D. ENR. ¿Adónde está ese judío
que llaman rey?

D. PEDRO. Aquí estoy.

(Dándose con la mano en el pecho.)

Yo soy don Pedro, yo soy
ese Rey con tanto brio.

¿Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?

Yo a ti, sí; porque el coraje
me lo está diciendo a voces.

D. ENR. Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.

D. PEDRO. Porque te daba pavor
el mirarme, ¡voto a Cristo!

D. ENR. Con mucha osadía vienes
donde a humillarte te obligan.

D. PEDRO. Jamás lo haré a los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

D. ENR. Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

D. PEDRO. Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.

D. ENR. La mengua es tuya y no mía,
pues por tus hechos atroces
tu pueblo maldice a voces
tu execrable tiranía.

D. PEDRO. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia
tu infame traición te inspira!

¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Porque lo sois, ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como ésta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

D. ENR. Tú eres el bandido, tú.

D. PEDRO. Veamos quién de los dos...
(*Yéndose para don Enrique.*)

D. ENR. Tú, tú, maldito de Dios,
entregado a Belcebú.
(*Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez, y le sacan de la tienda.—Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.*)

OLIVIER. ¿Cayeron entrambos?

BELTRÁN. Sí.

OLIVIER. ¿Mas por quién de ellos quedó?

BELTRÁN. Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

RODR. ¿Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELTRÁN. Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo a mi señor.

ESCENA V

DON ENRIQUE y BELTRÁN.

Sale don Enrique descompuesto y agitado con la daga en la mano.

- D. ENR. Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré a Castilla en Montiel,
y eché un monstruo de la tierra.
Ya no hay, Beltrán, para mí
rival que me ponga dique.
Mi pendón, clavadlo aquí.
*(Traen el pendón y lo clavan a la entrada
de la tienda.)*
¡Castilla por don Enrique!
*(Se oyen los tambores y clarines por
todo el campamento, perdiéndose a lo
lejos entre las voces repetidas de "¡Cas-
tilla por don Enrique!")*

ESCENA VI

DICHOS y EL CAPITÁN BLAS PÉREZ *con una corneta
de caza colgada a la cintura.*

CAPITÁN. ¿Quién es don Enrique?

D. ENR. Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

CAPITÁN. El capitán que en Montiel

- el rey don Pedro dejó.
- D. ENR. Si viene a implorar perdón
o a rendirse a mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnición.
- CAPITÁN. El triunfo os ciega, señor.
No vengo a implorar perdones,
sino a imponer condiciones
al soberbio vencedor.
- D. ENR. ¡Vive Dios!...
- CAPITÁN. ¡Por vuestra vida!
no tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fratricida.
- D. ENR. ¡Hola! Prendedle, llevadle.
- CAPITÁN. Os tengo, Rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.
- D. ENR. Vendrás a ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano;
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas a dos las desprecio.
- CAPITÁN. ¡Oh!, no con tanta mancilla,
señor Rey; guardad memoria
de que amargar vuestra gloria

- hay quien pudiera en Castilla.'
- D. ENR. La lengua torpe detén,
y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgencia.
Ea, vete.
- CAPITÁN. (*Acercándose a él.*) ¿Y don Guillén?
- D. ENR. ¿Guillén de Castro?
- CAPITÁN. Ese, sí.
- D. ENR. ¿Dónde está, dónde?
- CAPITÁN. Murió.
- D. ENR. ¡Murió!
- CAPITÁN. Si, le maté yo.
- D. ENR. ¿Y una bolsa?... (*Con ansiedad.*)
- CAPITÁN. Esa está aquí.
Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.
- D. ENR. (*Lee.*) "Don Enrique: Vuestra hija, a
quien yo mismo saqué de entre las lla-
mas, y de cuya identidad existen docu-
mentos legales en el pueblo de la Rioja
donde fué hallada, es la que con el nom-
bre de doña Inés ha vivido siempre con-
migo."
¡Oh, traedla a mi presencia!
- CAPITÁN. Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
que en vez de implorar perdones,
vine a imponer condiciones
al soberbio vencedor.

D. ENR. Pide, pues, lo que quisieres;
mi reino es tuyo, pedazos
hazle, mas tráela a mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
es este que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores: esa Inés
a quien busco, es hija mía,
hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
¡Oh! figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscrito, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
a este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,

sólo su luz casta y pura
alumbro mi desventura
y adormeci6 mis pesares.

CAPITÁN. También a mí me alumbro
con su antorcha ese fanal;
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desataentado y ciego
con necio ardor le seguía,
seguro que a ser vendría
mariposa de su fuego.

D. ENR. ¡Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN. Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.
A vos, al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

D. ENR. ¿Qué dices, vil?

CAPITÁN. ¡Abre, infierno,
a mis pies un precipicio,
o admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(*Volviéndose a don Enrique de repente.*)
¿Qué me darás por tu hija?

D. ENR. De todo cuanto poseo,
lo que cumpla a tu deseo,
lo que tu capricho elija.

- CAPITÁN. Dame a don Pedro.
D. ENR. (*Alzando las cortinas de la tienda.*)
Ahí está.
Tómale.
- CAPITÁN. ; Muerto!
D. ENR. A mis pies.
CAPITÁN. Como a don Pedro me des,
mi furor te la dará.
D. ENR. ¿Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me estremeces?
CAPITÁN. Te pago como mereces;
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.
D. ENR. ¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
a mi carrera triunfal?
CAPITÁN. Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastró a fratricida.
Soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fuí noble y caballero
con su favor soberano;
y que, vasallo leal,

pago a mi Rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

D. ENR. ¿Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

CAPITÁN. No es sueño, Rey de Castilla,
es la horrible realidad.

Un pensamiento ocurrido
a mi intención vengadora;
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.

Yo a Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.

Don Enrique, ella por él;
no tenéis otra esperanza,
que así cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

D. ENR. Quitadle de aquí al momento;
llevad a ese hombre, y que elija:
o que os entregue a mi hija
o que expire en un tormento.

CAPITÁN. *(Con ironía a los caballeros franceses
que cercan a don Enrique.)*

Sí, sí; llevadme, señores,
que al cabo es adelantar
por verdugos acabar
empezando por traidores.
Ahora llevadme al tormento;
allí el secreto que abrigo
morirá a un tiempo conmigo.

D. ENR. ¡Hombre fatal, un momento
aguarda! ¿Nada en la tierra
hay que por precioso o grande
ni te compre ni te ablande
el corazón que le encierra?
El oro, la libertad...

CAPITÁN. Sólo el rey don Pedro quiero.

D. ENR. Dírate el alma primero.

CAPITÁN. Pues bien, entonces mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
diez soldados?

D. ENR. Sí.

CAPITÁN. Pues son
diez hombres de mi facción.
¿Veis una mujer que asoma
entre ellos mal escondida
y en sus brazos desmayada?

D. ENR. Sí.

CAPITÁN. Pues esa desdichada
es esa Inés tan querida.

D. ENR. Id, caballeros, volad;
allí está... mi hija, señores;

libradla de esos traidores,
¡librádmela, por piedad!

CAPITÁN. Sí, sí; volad, caballeros;
de allí no se moverán.

(*A don Enrique.*) Mas, ¿qué creéis que
al llegar los más ligeros? [hallarán

D. ENR. Tu calma feroz me aterra.

¿Qué hallarán, hombre cruel?

CAPITÁN. Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.

(*Se aplica a los labios la corneta de caza,
y hace una señal, a cuyo sonido se vuel-
ve a él don Enrique, espantado; los sol-
dados que tienen a doña Inés la matan.*)

D. ENR. ¿Qué haces?

CAPITÁN. ¿Os ha estremecido
este sonido fatal?

Temblad, sí, que a esta señal
su cabeza habrá caído.

(*Un momento de pausa; don Enrique se
cubre el rostro con las manos. El Capitán,
con desesperación:*)

Reinad, don Enrique, sí;

pero sabed con horror

que yo asesiné a mi amor

cuando con mi rey cumplí.

Cuando a su sepulcro helado

baje a pedirle un asilo,

Dormid, le diré, tranquilo;

EL ZAPATERO Y EL REY

don Pedro, ya estáis vengado.
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis ;
mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.

FIN DEL DRAMA



EL TEATRO ROMÁNTICO ESPAÑOL

La tragedia Pseudo-clásica y el drama Histórico.

Reina del teatro en España fué durante la segunda mitad del siglo XVIII y el primer tercio del XIX la tragedia pseudo-clásica a la francesa y sólo al empuje del vendaval revolucionario, según fué él dando en soplar de distintas partes y en esferas muy diferentes sobre todo el antiguo régimen y orden de cosas, comenzó a bambolearse sobre su trono. Ambicioso de suplantarla en tan alto puesto, el drama histórico había movido sus reales en son de guerra, entre palmas y aclamaciones de la joven hueste romántica y había ya ganado en París sus primeras grandes jornadas en los tempestuosos estrenos de *Henri tiers et sa cour* de Alejandro Dumas (11 de febrero de 1829) y de *Hernani* de Victor Hugo (25 de febrero de 1830). Vino a ocurrir así que en su misma patria, cuyos ídolos habían sido por tanto tiempo, Corneille y Racine tomaban resueltamente el camino del destierro, confundidos entre el séquito melancólico de los desposcidos herederos del Rey Sol. Se abría para el

teatro un período nuevo: y no en Francia precisamente; en Europa entera. Comencemos por precisar la posición de nuestro país frente a cambio que se anunciaba de tanta monta.

El teatro español del gran siglo.

España no era un pueblo sin precedentes y sin significación en punto a literatura dramática. Atravesaba a la sazón días de obscuridad y de abatimiento; mas en otros anteriores, de mayor brillo, no tan lejanos que no quedasen de ellos muchas y muy vivas pavesas, había alimentado sobre su suelo un teatro ilustre y fecundo, con nota de originalidad poderosa, no indigno de ser puesto al lado de otro cualquiera de un pueblo moderno. Con nombres de poetas de primer orden se ilustraban sus gloriosos anales; producciones de un mérito relevante presentaba al estudio de la posteridad. Hondamente *nacional* —hasta con exceso; nota de limitación que llega acaso a constituir un defecto—, nacional, ha de entenderse, por sus asuntos, por las costumbres de que era un reflejo fiel y viviente, por los ideales que le alumbraban, por toda la psicología de sus concepciones poéticas y de su expresión pintoresca y armoniosa; *popular*, además, desde sus orígenes, como compuesto para todas las clases de la sociedad indistintamente, sin exclusión de las más humildes, habíase adentrado profundamente en el corazón del pueblo para el cual existía. Con modelos de Grecia o Roma, sus deudas, a la verdad, eran pocas. A preceptivas extrañas nunca se había plegado, fueran ellas tan ilustres y autorizadas como la del mismo Aristóteles. Al revés que el francés, no había roto con la tradición caudalosa de gestas y crónicas medievales, de lírica espontánea y castiza, de piado-

sas leyendas, de consejas vulgares que habían llegado a hacer el fondo más íntimo del espíritu de la gente española.

Decae y se extingue.

Habían pasado en tanto para nosotros las vacas gordas del sueño del Faraón; pocas veces otras más flacas las habrán sucedido en país alguno. Con su vigor político, con su potencia social y con su riqueza, vió nuestra nación reducirse las manifestaciones de su cultura: su ciencia, sus artes, su literatura, su teatro. Hondo fué el abismo en que desgraciadamente se hundieron. Si no se hundió con ellos la misma existencia nacional, no fué poco; mas toda chispa de ingenio de nuestro pueblo iba paulatinamente apagándose. Nadie tuvo la culpa, ni nos hizo el menor agravio si las puertas de nuestro solar, convertido en yermo, tuvieron que abrirse cuan anchas eran a la importación apresurada de cultura y de iniciativas extrañas.

*Es suplantado por la tragedia
psendo-clásica a la francesa.*

Y no fué sino entonces cuando la tragedia francesa, imitada del griego, taciturna, entonada, con su personal mitológico o coronado, con sus famosas tres unidades, con su desdén por los accesorios pintorescos y su horror por la acción externa, con la pompa monótona de sus largas tiradas de endecasílabos, se vió en posesión, sin esfuerzo alguno, de las tablas de nuestra expirante farándula. Su dominación en ellas no fué de un día; pero ni la gloria ni la fecundidad se hallaron de su parte. De cultos y literatos obtuvo —no hemos de negarlo— aprobación y homenajes rendidos; tributos de inspiración, en cambio, o siquiera de cultivo discreto, cortos y débiles.

Si una vez —¡una!— pareció cobrar aliento de vida, se debió a que, por caso raro, renunciando a su fuero, se plegó a recoger los acentos calderonianos que vagaban sofocados y en pena, sin querer extinguirse, por los patios del Príncipe y de la Cruz. Fué en la tragedia *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta. A la nota vieja y castiza, largamente añorada, que resonó inesperadamente en sus versos, ecos hondos y fieles contestaron al punto en los corazones de los oyentes. Mas en lo que a la tragedia pseudo-clásica propiamente tal se refiere, el pueblo, para el que ella no estaba hecha, con el que no se humanizaba a contar, la ignoraba; si ya no es que se reía de ella ruidosamente en las divertidas parodias de don Ramón de la Cruz. Divorciado de la clase alta en sus gustos, abandonado a sí mismo y sin guía, el buen pueblo, cuando nadie hacía llegar hasta él los acentos, nunca desconocidos ni ingratos, de los poetas nacionales del siglo de oro —que iban envejeciendo, no hay duda, y dejándose percibir cada vez menos eficaces—, apacentaba su amor al arte con creaciones deformes y triviales, aparatosas y ramplo-nas, de ingenios sin inspiración y sin letras.

El drama histórico triunfa en el Extranjero.

Así se hallaban las cosas en nuestra patria cuando el ruido de los aplausos tributados al drama histórico comenzó a ir llegando confuso del extranjero. No avanzaba, por cierto, la revolución teatral clandestinamente, ni a cencerros tapados. Un gran poeta había lanzado a los cuatro vientos su solemne proclama, poeta dotado, más que otro alguno entre los modernos, del *os magna sonaturum* que se hace oír de las multitudes. Habían seguido después los estrenos a que nos referimos arriba y otros en el mismo sentido. Ya el impulso reformador

lo arrollaba todo y las voces de triunfo ahogaban por dondequiera las protestas de los vencidos... por dondequiera —confesarlo tenemos— a excepción de España. La patria de Lope y de Calderón, de aquel mismo don Pedro Calderón cuyo nombre había sonado con tanto estrépito —bien que no en su lengua nativa— entre los precursores aclamados del Romanticismo triunfante, se mantenía alejada de la apasionante contienda, a la que parecía no prestar siquiera atención. Pero ¿qué mucho? ¿Qué años hacía que la voz entusiasta de un extranjero, sonando solitaria en la patria del gran poeta, en reivindicación de sus glorias, no había despertado sino ecos hostiles entre los hombres de letras españoles? La larga disputa de don José Joaquín de Mora y de don Antonio Alcalá Galiano (1814-1820) con el amburgués Böhl de haber acerca de nuestro antiguo teatro y de los méritos de Calderón como autor dramático es la prueba más fehaciente —bien que, por otro lado, supernua— del gran eclipse de la conciencia literaria de nuestro país a través del siglo XVIII.

Entra en España, aunque con retraso.

Por lo demás, el momento político era resueltamente desfavorable. La incultura y la tiránica suspicacia por que la *década calomardina* (1823-1833), tristemente famosa, hubo de señalarse, no fue propicia a rumor alguno de letras; menos todavía a comercio intelectual con el exterior. Hubo que aguardar circunstancias algo más favorables. Llegaron al fin estas cuando, al morir don Fernando VII, el trono de su hija doña Isabel se vió precisado a buscar apoyo en el partido liberal para sostenerse. Al primer conato de ley fundamental del Estado dentro del régimen representativo —el llamado *Estatuto Real*— siguió de cerca el primer es-

treno en Madrid de un drama en el género histórico con tendencias innovadoras: ambos en el mes de abril de 1834 y ambos —coincidencia curiosa— de la misma pluma: de la pluma, nada menos, del presidente de aquel Gobierno, don Francisco Martínez de la Rosa.

La Conjuración de Venecia no era obra, sin embargo, reciente, ni desconocida del todo, ni aun inestrenada siquiera cuando en la noche del 23 de abril se representó en Madrid por primera vez en el teatro del Príncipe. Desde 1830 corría impresa y se había puesto en escena, cuando menos en Cádiz, en diciembre de 1832. Lo cual no quita nada de su importancia a la fecha ya consignada de 23 de abril de 1834, que siempre tendrá que ser señalada como la de la inauguración en España del género dramático nuevo. Importa, empero, a la historia del género mismo, si se quiere fiel y completa, la cual no tuvo su comienzo en tierra española, como vamos a ver al punto, y en la que no aparece incuestionable tampoco que ocupe el primer lugar cronológicamente *La Conjuración de Venecia*.

Don Francisco Martínez de la Rosa.

Tocó en suerte a don Francisco Martínez de la Rosa hacer en París una larga estancia, de ocho años (1823-1831), en el interesante período en que la revolución política ganaba su causa en las calles de la gran capital y la literaria en las tablas de los coliseos. Desde muy atrás se había distinguido este autor en el cultivo del arte dramático, así trágico como cómico, dentro de la escuela neo-clásica, de la que era a la sazón el más autorizado preceptista y uno de los más eruditos críticos. Más propicia ocasión no podía ofrecérsele de insistir en sus aficiones antiguas. A ello de consuno le estimulaban los largos ocios de la emigra-

ción por un lado y por otro el ambiente de lucha en que se iba produciendo la revolución literaria, en el teatro principalmente, campo escogido de sus más emocionantes audacias. Entonces y en el espacio de dos años próximamente escribió las tres composiciones escénicas que constituyen su mejor título al recuerdo de la posteridad: *Edipo*, publicado en 1829, imitación de Sófocles, la mejor acaso de cuantas se han escrito modernamente con el mismo argumento; *Aben-Humeya, ou la Révolte des maures sous Philippe II, drame historique en trois actes, en prose*, escrito en francés y puesto en escena en París, en junio de 1830, en el teatro de la *Porte Saint Martin* (más tarde traducido al español y representado en Madrid en 11 de junio de 1836), y, en fin, *La Conjuración de Venecia, año de 1310* (que tal es su título entero), publicado en París dentro del mismo año de 1830 y estrenado mucho más tarde.

No es en vano recordar la coincidencia de estas tres obras dentro de un período corto de tiempo, como ni pasar por alto es posible el historial anterior pseudo-clásico de su autor, que lo era para entonces de otras tragedias, como *La Viuda de Padilla* (1812) y *Moraima* (1818), concebidas y ejecutadas en la manera de Alfieri, rectilínea y desnuda. Porque, a despecho de la diferencia de géneros, se parecen entre sí esta tragedia y estos dramas históricos más que los últimos se parecen a otros dramas históricos que pronto les siguieron. En el prólogo antepuesto al *Aben-Humeya* ya había dicho el mismo poeta que dentro del cuadro histórico de la rebelión de los moriscos alpujarreños había procurado encerrar una *tragedia*: vocablo que enuncia sin duda una verdad mucho más concreta de lo que él mismo cuando le escribió pretendía. Encerró allí una tragedia efectivamente y una tragedia, es a saber, neo-clásica, como las que sabía hacer el vate de

Granada, como las que siempre había hecho; y la novedad que la composición nos ofrece, comparada con sus hermanas mayores, que le permite mudar el nombre y llamarse drama, a poco más podrá reducirse que al color local que en ella se ostenta.

ABEN - HUMEYA, *primer drama*
histórico de autor español.

No desdican del coturno los personajes de *Aben-Humeya*. Aunque caídos de su esplendor, son personas reales, descendientes del Profeta, vástagos de una estirpe de príncipes, y en el curso de la acción, levantados a las gradas de un trono, si brillante o poderoso no, soberano. No es un destino individual o de un corto número de personas lo que en este poema dramático se halla en trance, sino el destino de un pueblo entero: asunto digno de la tragedia. Entre caracteres, pasiones y resortes espirituales que suscitan los sucesos o los impulsan, ninguno destaca una individualidad extraordinaria; son todos producto natural de la situación y del medio; dan la nota bien sostenida de esa objetividad netamente clásica, en que una ley superior, inalterable, rige los acontecimientos humanos, no contrastada por voluntad alguna particular; inflexible e incontrastable. La unidad de tiempo se halla tan rigurosamente observada, que a duras penas se compagina con la posibilidad material de los hechos. Un plazo de veinticuatro horas hasta al poeta para hacernos pasar de la paz material a la muerte de Aben-Humeya, a través de una insurrección general del pueblo morisco, del alzamiento de un trono rebelde, de una matanza de cristianos, de una embajada del gobernador de Granada a los insurgentes, del asesinato aieoso del embajador y de una conspiración en la sombra contra el

rey recién coronado. No se halla, es cierto, tan rigurosamente observada la unidad de lugar. En tres actos cambia la decoración cuatro veces, y si bien no se aleja del pequeño pueblo de Cádiar, muévase por su recinto y afueras con cierta holgura. De la unidad de acción no cabe decir sino que es perfecta. Sin digresión como sin rodeo, los hechos se atropellan de la exposición a la catástrofe en curso arrebatado. Ninguna nota cómica o "elemento grotesco" viene a poner en el tono general de la pieza variedad o contraste, contra lo que Víctor Hugo enseñaba. El estilo, natural y sostenido, no solemne, no hinchado, bastante bien ceñido a los incidentes y situaciones, se mantiene muy alejado de toda exaltación lírica, a lo que contribuye la humilde prosa en que está escrita la obra.

Lo hemos dicho y lo repetimos: el *color local* es la novedad más saliente de esta composición dramática, la que pone entre ella y las tragedias anteriores neoclásicas de su autor una diferencia considerable. Martínez de la Rosa, erudito y muy bien impuesto en la historia de su región, le obtuvo de buena ley en documentos seguros y copiosos. Ni sentido de lo pintoresco le faltaba, ni gusto delicado; movilizó poéticamente con tino y arte su erudición y su arqueología; obtuvo un cuerpo de apariencias externas para su acción dramática, nutrido y propio, que remedaba la verdad y la vida. Y si se añade a esto la variedad y mezcla de personas de todas las clases de la sociedad, elevadas y humildes, cultas e ignorantes, que intervienen en los sucesos, y la sustitución del romance endecasílabo por la prosa, con razón se clasificará esta obra dramática como de un género nuevo, no usado en nuestro teatro en los días en que se compuso.

La Conjuración de Venecia, año de 1310.

Cuanto de *Aben-Humeya* dejamos dicho es aplicable a *La Conjuración de Venecia*, que, aunque tenida por más perfecta, no responde a tipo distinto de composición literaria, y apenas si alguna de las notas o caracteres que en la primera acabamos de señalar se hallarán alterados en la segunda, nunca sustancialmente y siempre en el sentido de mayor libertad y anchura, como la unidad de tiempo que se estira de un día solar hasta cuatro. Consignado queda ya más arriba que para el público teatral español fué conocida primero que *Aben-Humeya* y que fué con ella, por consiguiente, con la que aquél comenzó a hacer conocimiento de las nuevas tendencias del arte escénico.

El Macías de Larra.

El intento que siguió a éstos en el mismo camino fué de clase muy diferente. Se debió al eminente crítico literario, costumbrista, periodista político, poeta cómico a ratos y uno de los más claros ingenios de la aurora romántica, Mariano José de Larra. El cual, presa por este tiempo (1832-1835), de una pasión sombría y borrascosa que hubo de acabar con su vida trágicamente sin tardar mucho, se aplicaba a explotarla literariamente en distintas formas, en armonía con la nueva modalidad sentimental e imaginativa aportada por el Romanticismo a la sociedad y a las letras. En *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, novela histórica del tipo de las de Walter Scott, pero inspirada directamente en el drama de Alejandro Dumas *Henri tiers et sa cour*, mostró Larra haber hallado en la historia castellana de la Edad Media el personaje que le hacía falta para encarnar la pasión ardiente de amor

de que esperaba la inspiración para su obra. No era otro este personaje que aquel Macías, trovador gallego, cuya fama de enamorado llenó toda nuestra poesía del siglo xv y cuya muerte temprana y miserable, causada por sus mismos amores, le nimbaban en profecía de una aurcola romántica. Libros en abundancia había Larra revuelto en busca de ambiente de época para su cuadro histórico, y no creyó, sin duda, que el resultado obtenido con su novela correspondiese al trabajo en ella empleado, por lo cual, e impulsado también verosímilmente por el estado de sus propios afectos, se animó a obtener nuevo fruto de los mismos estudios y compuso el drama a que dió por nombre el de su protagonista, *Macías*.

Obra a la antigua, con tendencias modernas.

De esta obra dijo Hartzzenbusch muy acertadamente que era una restauración de la comedia antigua con tendencias modernas. El informe que nos dejó de su naturaleza y sus precedentes merece que le traslademos aquí. "Fijando por una parte su vista en el drama de Alejandro Dumas *Enrique III y su corte* —dice Hartzzenbusch— y por otra en las comedias del teatro antiguo español escritas sobre las desventuras de los amantes de Teruel y Macías, trazó y escribió un drama con este nombre, en variedad de metros, el primero que se vió de esta clase en España, en el nuevo género revolucionario, género que para nosotros era tan viejo como la comedia de Lope *Porfiar hasta morir*, que tiene el mismo protagonista."

Elementos antiguos en el MACÍAS.

En efecto, si bien quiere mirarse, es el drama de Larra, entre cuantos produjo el romanticismo español

en sus interesantes albores, el que más fielmente recoge la herencia del teatro nacional del siglo xvii, sin que esto sea decir que la recoja pura y por entero; mas sí que predomine en él el elemento tradicional sobre el innovador. Por lo pronto, estaba escrito en verso y en variedad de metros: punto muy importante de coincidencia con nuestra antigua comedia: y esos metros (romance, redondillas, quintillas, alguna décima) eran, en general, los usados por nuestros poetas del siglo de oro. Además de los metros, la fraseología que el autor pone en boca de sus personajes recuerda, asimismo, ora a Calderón, ora a Rojas. Si de estos caracteres exteriores pasamos a otros más substanciales, hallaremos al padre autoritario, al *barba* clásico que dispone arbitrariamente de la voluntad de su hija; hallaremos a los servidores de la dama y de su galán en oficio de confidentes; notaremos la ausencia de la madre, a pesar del lugar que la acción del drama, sin ninguna violencia, pudo ofrecer a ésta y a su ternura en la trágica situación de la protagonista. Sabido es que en nuestro antiguo teatro no entraba en el reparto de una comedia el papel de la madre.

A estas notas tradicionales bien pudiéramos juntar otras, nada nuevas tampoco, pero de procedencia distinta, que se advierten en la obra de Larra. La observancia de la ley de las unidades, la de tiempo sobre todo, es patente. El romance endecasílabo abunda y parece una reminiscencia de la tragedia. También usó ésta mucho de confidentes: no estará de más recordarlo. Educado el autor, como lo había sido, en la disciplina neo-clásica, era muy natural que mostrase de ella vestigios aun en su mismo intento de suplantarla.

Elementos nuevos.

Viniendo a lo que puede tenerse en *Macías* por verdaderamente moderno, comencemos por preguntar: ¿hay ambiente de época, hay *color local* en la pieza? Que el poeta se propuso obtenerlo nos parece indudable; que lo consiguiera, es distinto. Entre sus facultades artísticas —preciso es que lo confesemos— nunca estuvo la imaginación pintoresca. Lástima dan, o más bien hacen sonreír los recursos de que se le ocurre echar mano para hacer revivir un medio histórico de que estaba instruído, sin embargo, bastante a fondo, como se puede ver en su novela: pequeños pormenores eruditos e inexpresivos, sin fuerza evocadora y sin poesía, que, para un público teatral —; y en la España de 1835!— están siempre condenados a pasar inapercibidos: secas alusiones y frías, por ejemplo, a obras de restauración realizadas por don Enrique III en el alcázar de Madrid; al reloj de la catedral de Sevilla, “que es el único de España”; a la embajada que se preparaba al Gran Tamorlan, presidida por Rui Pérez de Clavijo; al *Arte de Trovar* que escribía don Enrique de Villena —y que dedicaba, por cierto, ; en 1406! al marqués de Santillana—; a la amistad que unía al protagonista con Juan Rodríguez del Padrón, famoso poeta él también, pero sin conexión con el drama; a los *cornados*, moneda castellana de aquellos tiempos... en todo lo cual la imitación de Alejandro Dumas parece clara, quien de pormenores como éstos, tan exactos y tan insulsos, llenó su obra de *Enrique III*, completándolos, no obstante, con otros de más efecto, con cuya compañía ellos también adquieren cierta eficacia, de que quedaron privados los del *Macías*. Forman aquéllos un todo en la obra francesa ni exiguo ni incoherente;

inútilmente recargado, si acaso; en la de Larra son *rari nantes*... que no hacen conjunto ni perspectiva.

Poco, muy poco se adelanta nuestro poeta, en lo que a ambiente histórico o a *color local* se refiere, a los viejos comediógrafos castellanos, de quienes Martínez de la Rosa dejó notado que no supieron nunca alejarse un paso ni de su tiempo ni, mucho menos, de su país. Y así la modernidad y el *romanticismo* de su obra hay que buscarlos por otro lado. Se hallan en todo caso en el alma misma poética de la pieza, que es la pasión desbordada, ilícita, arrolladora y terminada trágicamente de Macías y de Elvira, los dos protagonistas de la comedia; en cuyos acentos hay notas que no se oyeron en nuestro antiguo teatro, que son un eco —demasiado próximo a veces— de otras obras recientes y conocidas... de Schiller, de Byron, de Dumas, de Víctor Hugo. El drama entero es un grito de rebeldía contra la ley moral, en primer término; contra la tiranía de las convenciones sociales, en segundo; una reivindicación sin medida de fueros individuales; una negación en principio de un orden superior, trascendente, ante el que los impulsos del corazón humano hayan de callar y humillarse; una obra de exaltación, no de serenidad: de arrebató lírico, o bien, a falta de inspiración —lo que con frecuencia sucede— de retórica detonante. De dos obras dramáticas anteriores presenta imitaciones más precisas y claras: de *Henri III et sa cour* y de *Antony*, las dos de Alejandro Dumas. La crítica ha descendido ya a pormenores en este punto en que nosotros ahora no tenemos para qué detenernos.

Alcanzó el *Macías* un éxito mediano, no desproporcionado a su mérito. Cinco noches duró en el cartel del Príncipe (24 a 28 de septiembre de 1834). Ni en lo dramático ni en lo lírico pudo conquistar a su autor lauros duraderos. Por sí misma no es obra de altura, si

bien tiene importancia por haber abierto una ruta en que otros con más éxito le siguieron, como veremos pronto.

El DON ALVARO del Duque de Rivas.

Por verdadero iniciador del *Romanticismo* en nuestro teatro ha de tenerse a don Angel de Saavedra, duque de Rivas, y la obra afortunada con que hubo de inaugurarle se llama *Don Alvaro o La fuerza del sino*. Prescindiendo por el momento del desempeño literario, en que está la verdadera importancia de una obra poética de su especie, por los caracteres que presenta, así externos como interiores, se verá que rompe denodadamente con el género clásico y se entra a tambor batiente por el romántico tal como éste se anuncia en el famoso prefacio al *Cromwell* y aun un poquito más extremado. En cuanto a la forma de expresión, por lo pronto, la libertad de que alardea es sin límites: prosa, verso, nada se excluye. No es esto ni lo que usó nuestra antigua comedia, ni lo que Víctor Hugo recomendaba. Hay que remontarse hasta Shakespeare para hallar una poética de esta anchura. Los precedentes anglófilos del autor autorizan a pensar que de Shakespeare proceda directamente (1).

No respeta unidades de lugar ni de tiempo.

Sobre las unidades de lugar y de tiempo no queramos conocer cómo salta el Pegaso encabritado —si figura tan

(1) Pudo no haber en ello, sin embargo, una imitación deliberada. El drama, según parece, se escribió primitivamente en prosa y sólo más adelante, cuando se pensó en llevarle al teatro, versificó su autor algunas escenas de las más importantes o poéticas, conservando las demás su forma original. No es improbable que el precedente shakespiriano influyera después en su conservación en tal estado, pero *a posteriori*.

clásica no parece aquí inoportuna— del ilustre poeta: qué botes desusados y sorprendentes se lanza a dar en el tiempo y en el espacio y en qué estado la unidad de acción misma, intangible para el autor del *Prefacio*, va quedando bajo sus plantas, si no desgarrada, dislocada a lo menos.

El color local.

Ni pensemos en que se ha de ajustar el vate a una sobriedad o concisión parsimoniosa en el desarrollo del plan o en su economía, porque antes bien veremos que se complace en todo género de escenas episódicas, en las que muy particularmente derrocha gran riqueza de *color local*: un color local de nueva especie y más valiente y jugoso que el empleado por Martínez de la Rosa —el de Larra ni lo mentemos— proveniente, no de documentos muertos y empolvados, sino de impresiones directas y personales: uno de los mayores encantos de la obra y a que los contemporáneos se mostraron más sensibles. Ayudó al autor a obtener este resultado la elección de la época y del lugar en que puso la acción de su comedia: aquélla no lejana de la en que él escribía y éste la región de su naturaleza, donde estaban los recuerdos de sus años dichosos y a que continuamente iban dirigidos sus suspiros de desterrado: gran circunstancia para el tono caliente de la pintura.

Mescla lo cómico a lo trágico.

¿No se había hablado con cierto hastío del lenguaje uniformemente elevado de la tragedia y de la conveniencia de romper su monotonía con escenas intercaladas, en que el “elemento grotesco” o festivo predominase? En el drama del Duque se atendía a esta aspiración. En él cuadros de costumbres, entonados con

colores alegres, en que el donaire popular se da calle, nos descansan de situaciones tirantes, provocadas por las pasiones que hacen su nido en el pecho de los personajes principales. Lo cómico y lo trágico, lo vulgar y lo más sublime se rozan y se mezclan a la continua en contraste bien acusado, natural y ondulante. En el fondo del cuadro, animándole y moviéndole todo, sentimientos exaltados, cuanto nobles y generosos, agitan el alma de los protagonistas, sacándolos del montón de las gentes vulgares, extendiendo sobre ellos el prestigio de un interés novelesco. La *melancolía*, ese estado de ánimo declarado por Víctor Hugo como eminentemente moderno, gran musa de toda la literatura de imaginación en aquellos días, sobre frente mortal ninguna parece que pudiera extender más justificadamente sus sombras que sobre la noble frente de don Alvaro, a quien una excelsa cuna, realzada por el misterio, un ánimo esforzado, una fina y caballeresca pasión, no conducen a más próspero resultado, a través de grandes esfuerzos de valor y de crueles renunciamentos, que a la muerte espantosa de su amada, tras la de todos los miembros de su familia, y a la catástrofe final de sus esperanzas y de su vida. Protagonista de drama más interesante que don Alvaro, según el modo de entenderse en su tiempo el interés que puede inspirar una criatura humana, ni hubo poeta que le presentase en las tablas, en España ni fuera, ni apenas se concibe: realzado por la persecución de una *fatalidad* desconcertante, tanto más poética cuanto más indefinible y enigmática; manchado repetidamente de crímenes y de sangre, pero contra su intención, contra los más caros intereses de su alma; conducido misteriosamente al desastre por la propia energía indómita de su brazo, nunca arbitraria, sin embargo, ni desman-

dada. En comparación con don Alvaro, ¿qué razón asistía a Antony para llenar de sus voces nuestros oídos contra la sociedad o contra el orden de cosas existente? ¿De qué tenían ya derecho a quejarse ni Hernani, ni Saint-Megrin, ni Lara, ni —casi estoy por decir— el mismo Caín? Y no es de su boca principalmente de donde sus quejas se exhalan, con estar más justificadas que en otra alguna; brotan de la situación, de los hechos: gran virtud de concisión dramática y de buen gusto, en que se aventaja don Alvaro a la mayor parte de sus rivales en románticas desventuras.

El argumento parece original.

Aunque la confección de una trama novelesca o dramática no suela ser labor por sí misma en que luzca con preferencia el mérito de grandes artistas literarios, cuya inspiración busca emplearse más en el desempeño, todavía es justo apuntar entre las notas relevantes de la obra que nos ocupa la novedad originalísima de su argumento, al cual, tomado en conjunto, no se halla precedente aplicable. Tan íntimamente va acoplado y ceñido el pensamiento capital de la obra a la combinación de su plan, que alabanza o reparos han de alcanzar conjuntamente a uno y otra. Se habla de un cuento oído en su niñez por el Duque a una criada de su casa, en que hacía figura un indiano: pero nadie sabe cuál era ni lo que puso en él el poeta, o lo que quitó. Elementos o pormenores sueltos de la obra pueden bien explicarse por tradiciones locales, como la de la *mujer penitente* y cierto *salto del fraile*, referidas a la montaña de los Angeles y al antiguo convento franciscano del mismo nombre, uno de los santuarios más venerados y famosos de Andalucía, en las proximidades de Hornachuelos, existente todavía en 1834 y

en que el Duque coloca las últimas escenas de su drama; o por obras literarias como *Les ames du Purgatoire*, de Próspero Mérimée, de que hubo de engendrarse, según algunos, la escena del desafío de don Alvaro por don Alfonso de Vargas y la muerte de este último; si bien no es indefendible la prioridad de la obra del Duque sobre la de Próspero Mérimée. Una influencia literaria tan sólo nos parece fuera de duda: la de la comedia de Belmonte Bermúdez *El Diablo Predicador*. Un fray Antolín menos burdo que el de Belmonte, menos glotón y más gracioso, es el hermano Melitón del *Don Alvaro*. Porque su origen no se desmienta, aun alguno de sus chistes repite. Escabrosillo y en la boca de un fraile, más de uno le habrá creído de sabor volteriano; y procedía de una de las más piadosas comedias —de las más candorosas— de nuestro viejo teatro.

EL TROVADOR, de García Gutiérrez.

De menos originalidad que *Don Alvaro*, de menos variedad e independencia de inspiración, dió pruebas *El Trovador* de García Gutiérrez, estrenado un año más tarde, en 1 de mayo de 1836, sin que por eso dejase de traer al arte dramático elementos y aportaciones con su nota de nuevos y de románticos.

En qué y hasta dónde es romántico.

Como el Duque de Rivas y obediente indudablemente a su influjo, García Gutiérrez mezcló la prosa al verso en su drama y alternó los metros y las combinaciones estróficas conocidos de nuestro antiguo teatro. Como el Duque de Rivas también, atropelló sin miramiento alguno las unidades de lugar y de tiempo y en lo tocante a la

de acción, hasta fué más lejos: se había contentado su predecesor con dislocarla; él la rompió por el medio. Dos acciones son, en efecto, las que integran el argumento de *El Trovador*, fundada en una pasión de amor la primera, la segunda en una pasión de venganza, y la unidad de la obra no se realiza hasta el desenlace, a que las dos concurren, cada una por su camino. Pasiones exaltadas y tempestuosas, muy fuera de la intensidad ordinaria, forman también el alma de *El Trovador*, como la de *Don Alvaro*, como la de *Macías*, y conducen también a una muerte trágica a quienes son la presa de sus furores, Manrique y su amante, que no se detienen ante consideraciones sociales, ni ante el sacrilegio, ni ante el suicidio. Falta, sin embargo, a este drama, cierto interés trascendente que confiere al de Larra la posición espiritual del protagonista, algo más destacada, en lucha violenta contra la ley moral y el orden de cosas establecido; al del Duque, el duelo de don Alvaro con un poder superior, misterioso, cuya incontrastable eficacia se experimenta a lo largo del drama entero y al cual se da nombre de *sino* en el título. Sólo por carecer de este aspecto, que se podrá decir filosófico, hace impresión de menos revolucionaria la obra de García Gutiérrez, quizá de menos romántica. Sus héroes, cuyas frentes no se iluminan con el fulgor de una representación ideal, quedan más reducidos y más vulgares.

Su asunto es aragonés y medieval.

Puso el autor la acción de su drama en Aragón y en el siglo xv. La lucha por la corona entre el infante de Castilla don Fernando de Antequera y el Conde de Urgel le dió el marco. Tomó sin gran discernimiento ni cuidado para sus personajes nombres y apellidos de los que suenan en la historia de aquel período en Ara-

gón y en Castilla; hizo una alusión episódica a la muerte del Arzobispo de Zaragoza por parciales del Conde de Urgel, muerte ocurrida, en efecto, en la realidad, en 1411, y a esto o a poco más se reduce todo el ambiente de época que nos presenta. Elemento cómico no aparece por ninguna parte en la obra. Siguiendo el ejemplo dado por Víctor Hugo, a cada acto puso el autor su título: *El duelo*, *El convento*, *La gitana*, *La recepción*, *El suplicio*. En la armonía de la versificación se mostró extremado, sobre todo en las redondillas, que manejaba con gran soltura y de que hizo largo derroche, y en los endecasílabos, libres o rimados. Se destaca en el drama la nota lírica, dándole un énfasis y una sonoridad característicos.

*Influjo del Macías de Larra
sobre EL TROVADOR.*

No, tal vez, a primera vista, ni en la impresión que causa el conjunto; pero mediante un atento examen y en sus elementos y situaciones presenta *El Trovador* tanta semejanza con el *Macías* de Larra en la parte de su argumento que llenan los amores de Manrique y de Leonor, que no es posible dudar del influjo, un poco excesivamente preponderante, que corresponde a aquella obra sobre la que aquí nos ocupa. Con notable agudeza han investigado este punto dos literatos extranjeros. Copiar un párrafo de uno de ellos por el que puede juzgarse del alcance de la afirmación que precede, no puede parecer aquí inoportuno.

Palabras del americano N. B. Adams.

“Entre *Macías* y *El Trovador* —escribe el americano N. B. Adams— hay muchos puntos de semejanza. El conflicto amoroso es, en fin de cuentas, el mismo.

Macías y Manrique, los dos son hombres de violentas pasiones; los dos tropiezan con grandes obstáculos y con poderosos rivales al tratar de satisfacerlas. En cada una de ambas comedias la heroína ama a un trovador y se ve obligada a otorgar su mano a un hombre de alto rango. Macías y Manrique intentan hacerse dueños de los objetos respectivos de su adoración usando de la fuerza. En *Macías*, llega a oídos de Elvira que su amante se ha casado con otra en su ausencia; en *El Trovador*, Leonor se entera de que Manrique ha perdido la vida. En cada una de las dos obras se concierta un duelo entre el amante correspondido y su poderoso competidor, rechazado. Así Elvira como Leonor, prefieren un convento a la vida con el hombre a quien no aman. Uno y otro trovador caen en manos de sus ofendidos rivales y son muertos por ellos. Los denodados esfuerzos de Elvira y de Leonor por salvar a sus respectivos amantes son perdidos, y las dos se dan muerte en cuanto su pasión queda resueltamente sin esperanza. Los personajes correspondientes en ambas comedias guardan semejanza entre sí. Macías y Manrique, ambos aman apasionadamente, ambos son valientes y expertos hombres de armas y ambos se muestran convencidos de que su pasión es más sagrada que los votos de Leonor o de Elvira, religiosos o matrimoniales... Entre Elvira y Leonor hay grandes semejanzas. Entregadas a su pasión en cuerpo y alma, se muestran animosas en sus esfuerzos por salvar a sus amantes. Ambas se suicidan cuando sus sacrificios resultan vanos en la lucha contra el hado inexorable. Nuño y Fernán Pérez son ásperos uno y otro, sin más nobleza que la que les confiere su nacimiento. Intenta Nuño apoderarse de Leonor en la Iglesia en que se dispone a pronunciar sus votos; la pasión de Fernán Pérez se halla al mismo nivel, igual-

mente desdeñosa de la voluntad de la dama. Uno y otro son sin escrúpulos. Guillén, hermano de Leonor, corresponde exactamente con Nuño Hernández, el padre de Elvira. Muy atentos a su provecho, fuertemente obsesionados por la preocupación de su honor, no muestran la menor consideración por los sentimientos de las mujeres que les están encomendadas. Uno y otro son tiranos en sus familias. Guillén da a escoger a Leonor entre casarse con el hombre que él le ha elegido o profesar en un convento. Nuño Hernández intimida a Elvira que ha de casarse con Fernán Pérez o incurrirá en su maldición para siempre...”, etc.

*Precedentes de la gitana Azucena
y de su venganza.*

Más inciertos y vagos antecedentes podemos señalar por ahora a la parte del drama de García Gutiérrez que se desenvuelve a base de la gitana Azucena, de su robo y de su venganza, pero no faltan y algo diremos de ellos. Sin insistir en el uso y en la importancia de las pasiones vindicativas en toda literatura de imaginación —lo cual es ocioso y no hay sino recordar las obras mismas de que venimos hablando en este estudio, como *Macías*, *Don Alvaro*, *Enrique III*, *Hernani*, etc., etc., a todas las que pone fin trágico la venganza de un ofendido—, la idea, a primera vista extravagante y en realidad de verdad no ajustada en *El Trovador* a una verosimilitud histórica inatacable, de dar por madre a un caballero aragonés, jefe de importantes milicias, una miserable gitana, ni en nuestra literatura era nueva, ni aparecía en la del período romántico como un caso singular y aislado. La *Medora* de Lope de Rueda, y *La Gitanilla* de Cervantes, obras conocidísimas, tratan de niños robados por gitanas. El

año mismo en que se estrenó *El Trovador* había traducido García Gutiérrez una obra de Scribe, *La Bohémienne*, en que la hija de un noble inglés, secuestrada por gitanos en su infancia, pasa en su poder muchos años. Un gitano llamado Merlín hace papel en la trama de la novela de López Soler *El Caballero del Cisne* (1830), cuya acción se supone en el siglo xv, contemporánea de la del drama de nuestro autor. También García de Villalta, en su novela *El golpe en vago* (1833), narra el robo de una niña de la marquesa del E. por una gitana, que la cría como hija suya. Finalmente, en *El Artista*, y por el tiempo en que se estrenaba el *Don Alvaro*, publicó el poco después jefe de partido y presidente del Gobierno, don Luis González Bravo, un *Cuento del siglo xv*, engendro del más descabellado romanticismo, en que una gitana vieja y vengativa, madre de un guerrero esforzado, aunque sin nombre, y protagonista del *Cuento*, termina la composición con una horrorosa venganza al grito de “¡Me vengué, me vengué!”, un momento antes de morir ella misma. Tales eran, entre otras, las imágenes de gitanos, de robos de niños, de maldiciones y venganzas que podían rondar la imaginación de García Gutiérrez en el tiempo de la composición de *El Trovador*.

LOS AMANTES DE TERUEL, de Hartzenbusch.

En período como este de que vamos hablando, en que pasiones arrebatadas y procelosas, conduciendo a la muerte, se habían puesto en favor con el público en las obras de imaginación y principalmente en el teatro, es natural que a las mientes de poetas que aspiraban a triunfos sobre las tablas, acudiera el antiguo tema de *Los amantes de Teruel*. Tan obvio era, que a Larra, aun para desarrollar otro asunto, y no de una semejan-

za con él demasiado próxima, se le había impuesto inconscientemente en algunos de sus rasgos más esenciales. La empresa, sin embargo, de vestir de una forma dramática a la moderna a la famosa leyenda turo-lense, estaba reservada a un alemán injerto en castellano, patrono de un taller de ebanistería, a quien agitaban los primeros impulsos de una vocación literaria: a don Juan Eugenio Hartzenbusch. Hubo de intentarla dos veces, en dos distintos esfuerzos consecutivos y la dió finalmente por realizada en 1836, el mismo año del estreno de *El Trovador*. El público madrileño la coronó de palmas y laureles en 17 de enero de 1837.

La tradición sobre los amantes.

Si esta "tradición" de los celebrados amantes presenta o no caracteres de autenticidad es cuestión curiosa. Acaso, como el señor Cotarolo opina, es tardía y procede de un cuento de Boccaccio. Pero es excepcional la celebridad que ha logrado; falso o verdadero, un testimonio material no le falta, constituido por unas momias, rodadas en Teruel de la veneración de aquel paisanaje; por un pueblo entero está prohijada, y, en fin, una tradición literaria verdaderamente copiosa, que se remonta hasta el siglo XVI, la ha consagrado artísticamente. El asunto presentaba para la escena un punto muy arduo: las muertes por puro amor y casi simultáneas de ambos protagonistas; tenía, en cambio, en su apoyo el prestigio de su antigüedad y de su difusión. Entre los dramas románticos hasta aquel momento estrenados, la nota peculiar de este a que ahora nos referimos es, sin duda, su carácter tradicional.

La época y el color local.

No acompañó al poeta una gran fortuna en la evocación del ambiente de época o en la composición de *color local* para su cuadro. A principios del siglo XIII plúgole colocarle, siguiendo en esto las huellas de otros autores, no digamos autorizados, mas sí famosos. No escatimó alusiones —más bien hubo de prodigarlas, sobre todo en la redacción primitiva— a personajes y sucesos contemporáneos. Pero el medio social que acertó a pintarnos no corresponde a la fecha que ofrece al frente; es contemporáneo: una sociedad de burgueses acomodados, razonadores, cultos y pacíficos, en que ciertamente no desentonan una sensibilidad y una delicadeza de afectos tan extremadas como las que muestran ambos protagonistas. Hasta en pormenores arqueológicos, fáciles de enmendar, deja que se le deslice la pluma. Bien que sobre algunos, poco importantes, se pase sin poner atención, como sobre aquel de las ruinas de una ermita gótica (en 1217); pero otros, como las cartas de amor de una dama, por añadidura casada, extendidas en sendos pergaminos, no pueden eximirse de hacer efecto de atrevidos anacronismos, aun más que materiales, morales.

La nota cómica.

No quiso privar el poeta a su drama de la nota humorística, mezclada y contrapuesta a su fondo serio y patético; pero aparte de que las Gracias en este punto no quisieron mostrársele propicias, tampoco entró por la vía moderna, proclamada por Victor Hugo y seguida por el Duque de Rivas, de alternar los elementos serios con los festivos en las situaciones e incidentes mismos de la obra, según la oportunidad lo pidiera y

sin acepción de personas. Retrocedió al recurso, harto tonpe, de nuestro antiguo teatro, de un personaje especial, marcado con cierta nota grotesca —el *gracioso*—, a cuyo cargo exclusivo corriera la hilaridad del espectador. Este personaje fué Mari-Gómez, la antigua y fiel servidora de la casa de don Pedro Segura. Que no tardó en darse cuenta el autor de su desacierto, lo atestigua la primera refundición que hizo de su obra, en la que hasta el nombre de este personaje hubo de cambiarse: de Mari-Gómez se convirtió en Teresa. Latinajos y bambochadas que el poeta ponía en su boca, desaparecieron casi por completo. No alteró su carácter en la sustancia; pero le sometió a las exigencias de un gusto más depurado.

El influjo del DON ALVARO.

Hartzenbusch, como sus dos inmediatos antecesores en la escena romántica, prescinde de las unidades de lugar y de tiempo; introduce una acción secundaria que coopera a la principal, pero que la complica y disloca; mezcla la prosa con el verso y admite en éste diversidad de medidas y de combinaciones estróficas. El influjo del *Don Alvaro* continuaba. Apenas hay para qué hacer mérito de la exaltación pasional que domina en el drama entero: era inseparable del asunto. La intención romántica de pintar pasiones extremas quedaba ya de manifiesto en la elección misma de aquél.

El trabajo de lima.

Entre otras notas diferenciales que sería acaso posible señalar al drama de Hartzenbusch, entre los de su escuela y su época, una es la lentitud con que hubo de llegar a la perfección relativa en que le tenemos

ahora. Solían los poetas románticos hacer gala —los del lado de acá como los del lado de allá de los Pirineos— de inspiraciones súbitas y brillantes, en que las más bellas obras de la pasión y de la fantasía salían a la luz de este mundo en pocos días y aun en horas, entre truenos y relámpagos de una tempestad del espíritu. De este modo compusieron Víctor Hugo y Zorrilla, por ejemplo, algunas de sus obras más aplaudidas. Romanticismo significaba ardor de inspiración; reflexión y madurez eran clasicismo. Ningún ingenio seguramente menos romántico que Hartzenbusch en este sentido (como en muchos otros, por cierto) y la más romántica de sus obras, si fué acaso engendrada en un momento de fiebre y de exaltación, fué pulida, hermoseada y elevada al primor artístico en que hoy la vemos en una vida no corta de meditación y de lima. Si se compara la redacción de *Los amantes*, estrenada en 1837, con la definitiva, gran efecto de torpeza y de tosquedad nos produce aquélla.

Las refundiciones.

Llevó a efecto la primera refundición en 1849. Fué la más importante. Desde entonces quedaron reducidos ya a cuatro los cinco actos de 1837. De veintitrés escenas en prosa, doce se pusieron en verso, por lo general en romance; se suprimieron interlocutores inútiles; bastantes alusiones a personajes o sucesos históricos se omitieron; se dió un giro más ingenioso a escenas esenciales del drama: no fué ya don Rodrigo de Azagra, por ejemplo, quien refería a doña Margarita la muerte de Roger de Lizana; ni hacía Margarita a su hija directamente la confidencia de su delito. Añadióse la hermosa escena del acto último, en que Isabel, ofendida y con el corazón desgarrado, otorga a su ofensora Zu-

lima un perdón generoso, que tanto la ennoblece. Caracteres, situaciones, versos, fraseología, todo logró mejora, y aún quedó abundante materia beneficiable para una nueva refundición, la que hubo de llevarse a efecto por el autor antes de 1858.

*Prosa y verso se separan de nuevo
en el teatro.*

Pocos dramas en prosa y verso fueron escritos ya para nuestra escena después de *Los Amantes*, y ninguno de gran relieve. Para el nuevo y grande poeta que hizo a poco su entrada (1839) en el campo de la literatura dramática, era el verso —como para Bretón de los Herreros en otro género, más que para Bretón todavía— la forma natural de expresión. No era de esperar —y, en efecto, no llegó a realizarse nunca— que este gran *virtuoso* del metro y de la rima, que en la literatura nuestra moderna no ha conocido su semejante, renunciase a la ventaja de la forma poética en sus composiciones dramáticas. De Zorrilla estamos hablando, a quien la suerte reservaba la gloria de poner al edificio de nuestro teatro romántico un brillante coronamiento.

Un gran poeta legendario.

El sentir unánime del gran público y de la crítica, y así la posteridad como los contemporáneos del vate excelso, le han otorgado la palma en el género de la poesía legendaria entre los ingenios españoles. Más en el pasado que en el presente vivió siempre su musa, y al conjuro de su imaginación poderosa, al sonar de sus versos incomparables, la vieja España de los romances y de las crónicas, de los castillos ruinosos y de las ciudades morunas, revivía con inefable encanto, lo mismo

en las narraciones de sus leyendas que en las movidas acciones de sus dramas. Entre unas y otras realmente la diferencia no hacía al fondo, sino solamente a la forma, y el caso se da repetidamente en sus obras de un mismo asunto tradicional desarrollado de los dos modos.

*Doble influencia sobre el teatro de don
José Zorrilla, española y francesa.*

Como en los del Duque de Rivas y García Gutiérrez, en el teatro de Zorrilla están bien patentes los dos influjos que dominan todo el drama romántico castellano: el de nuestro antiguo teatro y el del contemporáneo de Francia. Una propensión no plausible a los efectos fáciles y violentos del melodrama, muy manifiesta en algunas de sus comedias, inclinan a Zorrilla más de lo conveniente a imitar a Alejandro Dumas en los recursos dramáticos y escénicos; mas no desdice tampoco de Víctor Hugo en la pompa lírica con que realza los momentos intensos y poéticos de sus dramas. De Lope y de Calderón vienen derechamente el juego calcidoscópico de sus escenas, intrincado, veloz y tumultuoso; la variedad y animación de los incidentes, la densidad de acción, la rapidez fulgurante del diálogo, el rumbo y gentileza de sus galanes, la feminidad de sus damas y no sé qué arrogancia y sonoridad de dicción poética, con sus matices y puntas de jactancia caballerescas, que se advierte sobre todo en romances y redondillas y es nota de sabor muy castizo.

Un "cliché" que no se escatima.

Un poco de monotonía podrá acaso ser señalada en el fondo estructural de los dramas de este poeta. Competencias de intrigas son casi todos, en que dos o más personajes se disputan el triunfo a golpes de audacia, de

habilidad o de fortuna. El drama entero se desarrolla a menudo como una apuesta a los ojos del espectador intrigado y nunca imparcial, antes ganado mañosamente desde el principio en favor de una de las partes. Hay un personaje entre todos —y suele ser el protagonista— que lleva la iniciativa y la delantera. No siempre la victoria final coronará la superioridad de su juego; pero aun en el caso de que sucumba, no será sin compensación importante. Muchas notas conserva este personaje invariables a través de los nombres diferentes con que el poeta nos le presenta o de las situaciones distintas en que le pone. Comienza por sabérselo todo, y el que le da una noticia que parece va a confundirle, otra recibe de él por respuesta que le desconcierta o le anonada, demostrándole que ignoraba lo principal. El modo imperativo es el suyo, y si hay alguien que resista sus órdenes, se verá convencido al punto de que tiene la acción cogida y está sin poder moverse en las manos de su terrible interlocutor. De sorpresa en sorpresa, de golpe en golpe, va conduciendo la acción adonde le cuadra. Cuando, por no saber, inventa, o por no tener fuerza a mano se halla en la precisión de arriesgar un truco, su suerte lo suple todo y el resultado es el mismo. Audaz, rápido, irresistible, en posesión de todos los secretos, de todas las llaves, es el *Deus ex machina* que impulsa y conduce, dominándola, toda la acción de la comedia.

En el don Pedro de *El zapatero y el rey* tenemos una encarnación —la más imponente y bella, la más lograda— de este espíritu propulsor y semidiabólico que reaparece después —pongamos por caso— en el Wamba de *El rey loco*, en el Van-Dercken de *El alcalde Ronquillo*, en el Gabriel de *Traidor, inconfeso y mártir*, en el mismo don Juan Tenorio de la primera parte de este drama y en otros.

El don Pedro de Zorrilla.

A una tradición escénica tan antigua como copiosa debía ya esta figura del rey don Pedro, cuando la tomó en sus manos Zorrilla, una elaboración poética larga y afortunada, a que naturalmente seguían un prestigio y una popularidad singulares. Sin perder sus notas históricas de impulsividad desmandada, de frenesí pasional y aun de vesánica insensatez, la leyenda poética había ido señalando en ella otras varias que le daban realce: amor a la justicia, por ejemplo, arrojo personal, desdén por el aparato y oropeles del trono, y antes bien, gusto señalado por la acción directa y sencilla, personal, en que daba la cara el hombre en los actos mismos del rey. Con el gran sentido que tuvo siempre nuestro poeta de lo popular y lo legendario, conservó cuidadosamente en su drama todas estas notas y aun les añadió alguna nueva respondiendo derechamente al gusto público de su tiempo; tal es aquel espíritu nivelador y democrático con que se complace el fiero monarca en conculcar a los poderosos y en exaltar a los más humildes a costa de ellos. Era en cierta manera este rey don Pedro el pueblo mismo encarnado en un hombre que tenía su propia mentalidad, sus mismas pasiones elementales y fieras, sus amores, sus gustos, sus procederes y que reunía a todo esto el poder sin trabas del cetro; un don Pedro, en fin, del pueblo y para el pueblo, cuyo interés y cuya grandeza se acrecían con esta representación de la masa y sobre el que una secular tradición poética derramaba las irisaciones sinietras de una leyenda de sangre y de horrores.

EL ZAPATERO Y EL REY.

El zapatero y el rey de Zorrilla tiene dos partes, las dos inspiradas, las dos desiguales, cada una con su es-

pecial matiz de belleza. Sobresalen en la primera las escenas de la exposición, llenas de interés y de poesía. Don Pedro, mozo y enamorado, cortejando de incógnito, bajo la apariencia de un simple soldado, a la hija de un zapatero, descubre por acaso una conspiración contra su persona. Solo, sin más preámbulos, sin pensar en otros recursos que en su valor personal y en su propia astucia, se apercibe a luchar con los conjurados, y antes de dejar aquellos lugares o de haber revelado su nombre o rango, arriesga las primeras jugadas en que su resolución y su garbo corren parejas con su fortuna y en que su carácter se pinta enérgicamente. Lo restante del drama es más artificioso y más falso: su acción no está meditada como debiera; redundan incidentes; hay puertas falsas, efectos de luz poco convincentes, confusiones y *quid-pro-quo*s de voces y de personas que en la realidad no suceden, y termina todo con una victoria del rey don Pedro sobre sus enemigos demasiado espectacular y amañada, así como también demasiado huera. Es el desenlace de una competencia un poco infantil de meras vanidades personales: de un "juego de muchachos", como el mismo egregio poeta (excelente crítico de sus obras) dice en alguna parte.

En la segunda de *El zapatero...*, que comienza sobre las huellas de una comedia antigua (refundición, a su vez, de otra más vieja que ella), lo que destaca es la terminación, que es también lo único que tiene base histórica en esta obra: la conocida catástrofe de Montiel. La muerte trágica y alevosa del rey don Pedro le redime en cierta manera de una vida de arbitrariedades y desmanes, y la fidelidad póstuma, a todo trance, del menestral humilde, por él vengado de mortales ofensas y ennoblecido, consagra y aureola y embalsama con fragancia de flores su nombre y su sepulcro. El llanto del pueblo humilde, que plañe a su defensor, que maldice

a sus enemigos y ensangrienta sus funerales, en la voz de Blas Pérez parece oírse, en las frases más poéticas y sentidas de la obra entera, con las que el gran poeta dramático-legendario se ostenta en la cumbre de su inspiración:

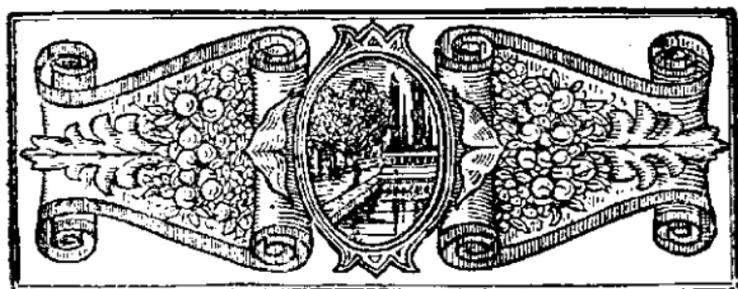
“Don Enrique, ella por él:
él puso en mí su esperanza
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.”

“Reinad, don Enrique, sí:
pero sabed con horror
que yo asesiné a mi amor
cuando con mi rey cumplí.”

“Cuando a su sepulcro helado
baje a pedirle un asilo,
dormid, le diré, *tranquilo*,
don Pedro, ya estáis vengado.”

El DON JUAN TENORIO.

No pondremos fin a este estudio sin estampar, cuando menos, el título del drama celeberrimo de Zorrilla, cuyo éxito con los públicos españoles del antiguo y del nuevo mundo ha sobrepujado con mucho al de cualquiera otra pieza dramática de nuestro teatro y es, aunque no sea más que por esto, el precioso “tulipán de cien colores” del Romanticismo en la escena: el *Don Juan Tenorio*. Pero en el examen de él no entraremos. No es éste su sitio.



ÍNDICE

| | PÁGS. |
|--|-------|
| Advertencia. | 3 |
| El Duque Rivas. | 5 |
| Aben Humeya o la rebelión de los moriscos. | 7 |
| La conjuración de Venecia. | 45 |
| Macías. | 107 |
| Antonio García Gutiérrez. | 125 |
| El trovador. | 127 |
| Juan Eugenio Hartzenbusch. | 199 |
| Los amantes de Teruel. | 261 |
| José Zorrilla. | 261 |
| El zapatero y el rey. | 263 |
| El teatro romántico español. | 289 |



